
HARLEQUIN
Jazmín
Lucy Gordon
¿Solo por conveniencia?



Lucy Gordon

¿Solo por conveniencia?



Indice

Argumento
Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce

Argumento

Boda en Venecia.

Sally Franklin fue a Venecia para encontrarse a sí misma… ¡no para casarse con el enigmático Damiano Ferrone! Sin embargo, ya fuera por la magia de la hermosa ciudad o por la atracción que Damiano ejercía sobre ella, Sally no pudo rechazar su proposición de matrimonio.

Damiano necesitaba la madre perfecta para su hijo y para ello estaba dispuesto a un matrimonio de conveniencia. Pero no tardó en ver a Sally bajo una luz muy distinta y descubrió que había conseguido mucho más de lo que soñaba… ¡una esposa de verdad!

Capítulo Uno

–¡Casanova! ¡Qué fascinante!

El joven que había hecho aquel comentario estaba inmerso en la lectura de un libro. Sally, su hermana, que estaba sentada a su lado en el avión, lo miró con curiosidad.

–¿A qué te refieres, Charlie?

–A Casanova, el gran amante. Aquí dice que procedía de Venecia –dijo él, enseñándole la guía de viaje–. Tuvo miles de amantes y se jugaba su fortuna cada noche.

–Ya entiendo por qué te atrae –dijo Sally, apesadumbrada.

A sus dieciocho años, Charlie había acumulado una suma considerable en deudas que confiaba en que su hermana pagara. Pero Sally se había revelado. Preocupada por la creciente adicción de su hermano y por los personajes que empezaban a merodear por su casa, había decidido sacarlo de Londres. En aquel momento, estaban a punto de llegar a Venecia en lo que era más una huida que unas vacaciones.

–También a ti debería interesarte. ¡Era un seductor!

–¡No digas tonterías! –lo amonestó Sally.

–¡No tienes corazón! –dijo Charlie, adoptando un aire teatral–. ¡Vas a la ciudad más romántica del mundo y ni te inmutas!

–Igual que tú no te inmutas por los problemas que causas con el juego. ¡Y no cambies de tema, hermanito, o...!

–¿O me tirarás por la ventana?

–No, te retiraré la subvención y te obligaré a trabajar.

–¿Ves cómo eres una mujer cruel?

Aunque bromeaban, la situación era compleja. Desde la muerte de sus padres, siete años atrás, Sally se había responsabilizado de Charlie, pero no se sentía orgullosa de los resultados. Charlie no daba señas de madurar.

Como Charlie decía, iban camino de la ciudad más romántica y mágica del mundo, pero en la vida de Sally no había el menor romanticismo. Aunque no era fea, su aspecto era corriente y sin ningún encanto especial. Los hombres no caían rendidos a sus pies, y el único del que ella había creído estar enamorada solo le había causado dolor. Así que no tenía la menor esperanza de que Venecia fuera a cambiarle la vida.

Por el altavoz anunciaron que comenzaba el descenso.

Pronto vieron el aeropuerto Marco Polo y las islas que constituían la ciudad de Venecia.

–¡Aquí dice que no hay coches en la ciudad! ¿Quiere decir que

tenemos que ir andando? –preguntó Charlie, alarmado.

–No, hay un aparcamiento en el límite de la ciudad al que iremos en taxi –explicó Sally–. Luego seguiremos en barco.

Afortunadamente, había numerosos taxis y pronto avanzaban hacia la ciudad de renombrada belleza. En el aparcamiento, junto al canal, tomaron un barco. Sally dio la dirección de hotel Billioni y pronto avanzaban por el Gran Canal, la hermosa vía que atravesaba el centro de Venecia. Enseguida giraron hacia un estrecho canal y se detuvieron ante unos escalones que accedían al hotel.

Tras registrarse, fueron a sus respectivas habitaciones y Sally abrió la ventana de par en par.

A sus pies quedaba el canal, apacible y misterioso. Caía la tarde y la única luz que iluminaba el agua procedía del reflejo de las ventanas de los edificios.

Lo poco que había visto hasta el momento confirmaba la reputación de la ciudad y justificaba que fuera el destino favorito de las parejas en luna de miel.

Esa reflexión la llevó a pensar en Frank a pesar de que, desde que había roto con él, había conseguido apartarlo de sus pensamientos.

Frank la había atraído, pero aunque sus besos le gustaban, Sally se había resistido a llevar su relación física un paso más adelante por mucho que él hubiera insistido.

«Vamos, Sally», solía decir, irritado, «estamos en el siglo XXI. Besarse no es suficiente».

Frank tenía razón. Podía haberse acostado con él de haberlo querido, pero, por algún motivo, no lo había hecho. Y cuando lo encontró con otra mujer, aunque le había dolido, no le había tomado por sorpresa.

«Me acusaba de ser fría y quizá tenía razón. No sé si alguna vez desearé tanto a un hombre como para perder el control. Lo dudo».

Rio quedamente. «Estoy en la ciudad de Casanova, pero ni siquiera este despertaría mi pasión. Soy demasiado sensata».

Oír a Charlie en la habitación contigua le recordó por qué tenía que mantener la cabeza fría. Había tenido que sacrificarse por él. Incluso aquel viaje era un sacrificio, pues podía significar la pérdida de una magnífica oferta de trabajo. Era contable y hasta entonces le había ido bien trabajando como autónoma; pero de pronto se había presentado la oportunidad de trabajar para una gran empresa. De haberse quedado en casa probablemente habría conseguido el puesto, pero dudaba que esperaran a su regreso para ofrecérselo.

Charlie asomó la cabeza por la puerta.

–Estoy hambriento. Vamos a cenar.

El restaurante del hotel estaba muy animado.

–Esto es solo el principio –dijo Charlie, entusiasmado, mientras

estudiaban el menú–. ¡Vamos a pasarlo en grande!

–Puede que tú sí. Yo voy a tener que vigilarte para que no hagas tonterías.

–¡Ya veremos! Estamos en la ciudad de Casanova y vas a tener que dedicarte a ahuyentar a los hombres.

Una risita hizo que alzaran la mirada. La camarera había oído el comentario.

–Es verdad que es la ciudad de Casanova –comentó.

–Por mí puede esperar –dijo Sally–. Ahora lo que quiero es comer –¡Nunca había visto tanto pescado! –dijo Charlie.

–Tenemos todo el que desee, signorino –dijo la camarera.

–Es una suerte que hable tan bien inglés –dijo Sally.

–A Venecia llega gente de todo el mundo y debemos poder comunicarnos. ¿Qué desean tomar?

–Yo tomaré el bacalao con ajo y perejil –dijo Sally.

–Yo también –dijo Charlie.

–Due baccala mantecata –dijo la camarera. Y se fue.

–¿Seguro que es eso lo que hemos pedido? –bromeó
Charlie.

–Supongo que sí.

–Empiezo a pensar que has tenido una gran idea arrastrándome hasta aquí.

–No te he arrastrado. Me preocupaban las llamadas que recibías de gente que no quería decir quién era. Excepto un hombre que se llamaba Wilton. En una ocasión lo mencionaste y no precisamente como alguien agradable.

–¿Estás segura de que esa era la única razón? ¿No querías librarte de Frank?

–Ni me lo menciones.

Charlie la miró divertido.

–Primero desprecias a Casanova y luego a Frank, los hombres deberían ponerse en guardia contigo –dijo, posando una mano sobre el hombre de Sally en un gesto afectuoso.

Durante la cena, planearon el día siguiente.

–Podemos tomar un vaporetto para recorrer el canal y ver los puentes. Luego podemos ir a la plaza de San Marcos.

–Más que una plaza es un rectángulo lleno de tiendas y restaurantes –comentó Charlie, que estudiaba un folleto.

–Suena perfecto.

Finalmente, subieron a sus habitaciones.

–Buenas noches –Charlie besó a Sally en la mejilla–. Que duermas bien.

Sally le devolvió el beso y entró en su habitación. Antes de acostarse se asomó a la ventana. Podía ver un estrecho tramo de acera

que conducía a los escalones que bajaban al agua. Oyó una voz de hombre en el interior, que sonaba enfadado.

De pronto se abrió una puerta y el hombre salió. Desde donde Sally estaba, vio que era alto y moreno, de unos treinta y cinco años; parecía guapo a pesar de su gesto adusto. Hablaba en italiano por lo que Sally no le entendió. Hasta que le oyó decir: Lei parla come un idiota, y dedujo que insultaba a alguien. Podía tratarse del portero del hotel.

Tras verlo salir del hotel de un portazo, Sally cerró la ventana y se fue a la cama.

Durante la noche llovió, pero por la mañana brillaba el sol. Charlie y Sally pasaron el día recorriendo la ciudad. Los estrechos y laberínticos corredizos estimularon la imaginación de Charlie.

–Hay tantos recovecos que si siguieras a alguien nunca lo sabría –comentó.

–¡Tienes mentalidad de delincuente! –bromeó Sally, riendo.

–Puede tener sus ventajas –dijo él sin darse por ofendido.

Después de recorrer el Gran Canal en un vaporetto y visitar el Puente Rialto, un taxi acuático los dejó al final de un estrecho canal.

–Desde aquí solo queda una corta distancia a la plaza –dijo el conductor.

Al llegar vieron que uno de los laterales estaba ocupado por la gran catedral, mientras que los otros estaban plagados de tiendas y cafés con mesas en el exterior.

–Sentémonos aquí –dijo Sally.

–¿No hará más calor dentro? –preguntó Charlie.

–No hace frío y prefiero ver pasar a la gente. Pero tú entra, si lo prefieres.

–¿Y parecer un cobarde? –bromeó Charlie–. Ni loco. Encontraron una mesa y tomaron un café.

–¡Mira qué perro tan bonito! –dijo Sally de pronto.

Miraba a un spaniel que correteaba y saltaba sobre los charcos.

–Con lo que te gustan, no sé cómo no tienes un perro – comentó Charlie.

–Porque tendría que dejarlo solo a menudo y es una crueldad. Tú no llegaste a conocer a Jacko, ¿verdad?

–¿El perro que tuviste antes de que yo naciera?

–Así es. Lo adoraba. Se parecía a ese: era alegre y exigía constante atención. Míralo –dijo Sally haciendo una mueca–. Parece decir: «vamos, mírame» –se volvió hacia el perro, que se había acercado lo bastante para oírla–. Eres una preciosidad.

El perro alzó las orejas y, súbitamente, se lanzó hacia ella, saltó sobre su regazo y le tiró el café encima.

–¡Te ha empapado la chaqueta! –exclamó Charlie.

–¡Vaya! Bueno, no importa. Ha sido culpa mía, por llamarlo.
–Y te ha llenado de marcas de pezuñas.
Súbitamente, un grito agudo atravesó el aire.
–¡Toby! ¡Toby!
Un niño cruzaba la plaza hacia ellos, sacudiendo las manos y gritando. Tras él iba una mujer de mediana edad, evidentemente furiosa.
–¡Toby! –Gritó el niño–. Vieni qui!
Al llegar junto al perro, se abrazó a él con tanto ímpetu, que estuvo a punto de tirar a Sally.
La mujer habló entonces al niño en tono de reprimenda, y empujó al perro violentamente.
–No pasa nada –dijo Sally con firmeza–. Ha sido un accidente. No tiene la culpa.
Al oírla hablar en inglés, la mujer cambió de lengua.
–Es un perro incorregible. Nadie lo ha educado y ya es hora de que hagan algo con él.
–¡No es malo! –gritó el niño, abrazando con más fuerza al perro.
–Claro que lo es –dijo la mujer–. Signor, appello a voi.
El hombre al que apelaba se materializó de la nada. Al mirarlo, Sally se preguntó si no era el mismo que había visto la noche anterior.
–¡Papa! –gritó el niño
Así que el hombre de gesto adusto era el padre de aquel pequeño. Sally decidió intervenir.
–Ha sido un malentendido –dijo, confiando en que hablara inglés–. No sé lo que ha visto, pero…
–He visto que el perro se lanzaba sobre usted y le manchaba de arriba abajo –dijo con severidad.
–Ha sido culpa mía. Lo he llamado y él ha venido a saludarme.
Aliviada, vio que el hombre asentía.
–Es muy generosa. Gracias. ¿Le ha hecho daño?
–En absoluto. No tiene la culpa de que haya llovido –Sally acarició la cabeza del perro–. ¿Verdad que no?
El perro ladró como si contestara.
–¿Ve? Está de acuerdo conmigo.
El niño rio. El hombre se relajó y posó la mano sobre los hombros de este. La única persona que seguía contrariada era la mujer. El hombre le dijo algo en italiano y ella, tras dedicarles una mirada airada, se fue.
–Odia a Toby –dijo el niño, pesaroso.
–¿Cómo es posible odiarlo? Es precioso –dijo Sally.
–Ensucia la casa, justo después de que ella haya limpiado – dijo el hombre–. Pietro, creo que debes disculparte.
El niño asintió, tomó aire y miró a Sally mientras mantenía un

brazo alrededor de Toby.

–Sentimos lo que ha pasado, signorina.

–No te preocupes. Ha sido un accidente –Sally se inclinó hacia el perro–. Espero que Toby no se haya hecho daño.

Como si quisiera tranquilizarla, Toby le lamió la cara. Ella respondió chocando su nariz contra su hocico y Pietro rio encantado.

–Permítame que les invite a un café –dijo el hombre–. Luego les acompañaré al hotel y, como es lógico, pagaré por la limpieza de la chaqueta.

–Es muy amable.

–¿Dónde se alojan?

–En el hotel Billioni. Tengo la impresión de haberle visto allí anoche. Llamaba idiota a alguien. ¿Es el manager?

–Soy el dueño.

–Ah, es un hotel muy agradable.

–Pero necesita algunas reformas, lo sé –el hombre le tendió la mano–. Me llamo Damiano Ferrone.

–Yo soy Sally Franklin –dijo ella, estrechándole la mano.

–¿Y su acompañante es su marido?

–¡No! Es mi hermano, Charlie.

–¿Están de vacaciones?

–Sí. Hemos decidido explorar mundo. No es habitual elegir enero, pero...

–Venecia está preciosa en cualquier estación, aunque puede que llueva un poco –dijo Damiano, indicando con la mirada las manchas en la chaqueta de Sally.

–Si sirve de excusa para conocer a un perro tan encantador, da lo mismo –dijo ella–. Adoro a los perros.

–Lo he notado. Se ha convertido en la persona favorita de mi hijo.

Rieron y a Sally le llamó la atención la dulzura que adquiría el rostro de Damiano al hablar de su hijo. –¿A su madre no le gustan los perros?

–No tiene madre. Mi primera mujer murió al darlo a luz, hace nueve años. Tuvo una madrastra, pero nos abandonó.

–¿No suele visitarlo?

–Nunca.

–¿Pietro la echa de menos? ¿Tenían una relación estrecha?

–No, pero es la única madre que ha tenido. Cuando la relación acabó...

Un grito de alegría les hizo volverse hacia Charlie y Pietro, que jugaban con el perro.

–Yo tuve un perro tan alegre y atolondrado como ese – comentó Sally.

–Toby pertenecía a su madre. Es lo único que le queda de ella.

–Por eso lo quiere tanto. ¡Sí, ven aquí! –dijo Sally, alzando la voz. Y Toby corrió de nuevo a su regazo mientras Pietro daba saltos de alegría.

Damiano sonrió afectuosamente a su hijo.

–Creo que Toby intenta decirle algo.

–Parece que le caigo bien –dijo Sally.

–Tanto como para invitarle a cenar. Por favor, acepte.

Pietro la miró expectante y asintió con la cabeza vehementemente.

–Nos encantaría –dijo Sally–. ¿Verdad, Charlie?

–Muy bien.

–Antes pasaré por el hotel a cambiarme –dijo Sally.

–No hace falta –dijo Damiano.

–¡Pero mire cómo estoy! –Sally se inclinó y pegó su cara al hocico de Toby–. ¡Todo por tu culpa!

–Lo siente mucho –dijo Pietro–. Pero tiene que venir ahora, ¿verdad, Toby? –añadió, animando al perro.

Este ladró y todos rieron.

–Está bien, si Toby lo ordena no puedo negarme –dijo Sally.

La cara de Pietro y de Damiano se iluminó, y Sally se dejó llevar por su entusiasmo. Para alguien que acostumbraba a planearlo todo, hacer algo improvisadamente resultaba especialmente novedoso. Damiano le ofreció el brazo y ella lo tomó.

Un taxi los llevó por el Gran Canal.

–¿Vive lejos?

–Puede ver mi casa desde aquí.

Sally se quedó boquiabierta al ver el edifico al que se aproximaban.

–¡Es un palacio!

–Es otro de mis hoteles. Yo vivo en un edificio contiguo.

Aunque era más pequeño, era igualmente espectacular. Una escalera central conducía a los pisos superiores, desde donde unas cristaleras dejaban pasar la luz.

En cuanto entraron, la mujer que estaba en la plaza de San Marcos, se aproximó a ellos.

–Ya conocen a Nora –dijo Damiano–. Ella lleva la casa. Les servirá de guía.

Sally tuvo la impresión de que parecía desconcertada, pero los saludo amablemente y la acompañó a una habitación.

–Puede acomodarse aquí. Esa puerta da a un cuarto de baño.

Se trataba de una habitación amplia con mobiliario antiguo y lujoso. En una pared colgaba el retrato de una mujer elegantemente vestida con un traje del siglo XVIII. Parecía haberse tomado un cuidado especial en acicalarse, y Sally pensó que probablemente se habría esforzado para agradar al hombre que había encargado el

retrato.

–¿Quién es? –preguntó.

–La duquesa Araminta Leonese, hace trescientos años –dijo Nora, sonriendo–. Era una mujer excepcional. El duque se casó con ella a pesar de la oposición familiar, que quería que se casara con una aristócrata.

–¿No era una famosa actriz? –preguntó Charlie.

–Así es. Y en aquellos tiempos...

–Debió causar un gran escándalo –comentó Sally.

–Así es –Nora fue a marcharse, pero al oír a Charlie mascullar que estaba sediento, dijo–: Sígame, signore.

Al quedarse sola, Sally se miró en un espejo. Tenía la chaqueta sucia y la ropa que llevaba debajo, aunque limpia, era de lo más convencional, y se preguntó qué efecto produciría en aquel exquisito ambiente. Pero al instante descartó ese pensamiento, diciéndose que no tenía sentido preocuparse por algo que ya era inevitable.

Fue hasta un pequeño balcón y vio un estrecho canal por el que circulaba una góndola. Sonriendo, volvió al interior. Y lo que vio la dejó paralizada Una figura menuda pero de aspecto imponente la miraba fijamente. Tenía una cabeza monstruosa, con cuernos, y unos ojos grandes y amenazadores. Finalmente habló:

–¡Soy yo, Pietro!

Capítulo Dos

La criatura se quitó la máscara y, efectivamente, apareció la cara de Pietro.

–¡Menos mal! –exclamó Sally, sentándose.

Dada la corta estatura del monstruo, debía haberlo adivinado, pero el susto había sido tal que no había podido pensar.

–¿Te he asustado? –preguntó Pietro. Se acercó a Sally, sonriendo–: Quería enseñarte mi máscara.

–¡Da mucho miedo! –dijo Sally.

–Me la voy a poner para Carnaval. Todo el mundo se disfraza –dijo él, colocándosela de nuevo y mirándola.

–Aaaaaahhh –gritó Sally con una teatral expresión de terror que hizo reír a Pietro.

–¿Qué pasa? –Preguntó Damiano desde la puerta–. Pietro, ¿no crees que has asustado bastante a nuestra invitada?

–No se preocupe, soy lo bastante fuerte –dijo Sally.

–Puede que sí, pero no sabe la de travesuras que puede hacer Pietro.

–¿No es eso lo que tienen que hacer los niños? –dijo Sally–.

Si siempre fueran buenos serían muy aburridos.

–Si eso es lo que piensa, le aseguro una continua diversión – dijo Damiano mirando a su hijo con sorna. Señaló la puerta y añadió–: Fuera. Y pórtate bien un rato –cuando se quedó a solas con Sally, dijo–: Tengo que hacer una llamada, pero cuando esté lista puede venir al comedor. Ya están poniendo la mesa.

Unos minutos más tarde apareció Charlie.

–¡Qué suerte hemos tenido! –comentó, animado.

–Sí, son encantadores.

–No me refiero a eso. Damiano es rico; podemos pasarlo en grande.

Sally miró a su hermano con desaprobación.

–Charlie, se cuál es tu idea de pasarlo bien –dijo con firmeza–. Haz el favor de portarte bien, si es que sabes.

–Según tú, no –dijo él con fingida inocencia–. ¡Y no esperarás que aprenda ahora, en Venecia!

–¿En qué estaría pensando yo cuando te traje a la ciudad del placer?

–Querías que lo pasara bien y no pienso decepcionarte.

–Eso me temo. Ahora déjame para que me arregle.

–Pero si no tienes ropa para cambiarte.

–No, pero al menos tengo un poco de maquillaje –dijo Sally.

Aunque en aquel ambiente era más consciente que nunca de que su

aspecto no pasaba de ordinario.

Muchas mujeres envidiaban su delgadez, pero a ella no le gustaba. Y aunque Frank solía decirle que le gustaba así, la mujer que había visto en sus brazos era voluptuosa.

A pesar de retocarse, no pudo quitarse de la cabeza que la duquesa la observaba desde la pared con compasión, como si le dijera: «¿Eso es todo lo que puedes hacer?».

–Sí –dijo Sally, desafiante–. No todas somos una belleza.

Pronto llamaron a la puerta y Pietro apareció con otra máscara, menos aterrorizadora. Tomó la mano de Sally y la condujo al comedor.

La cena consistió en una selección de platos venecianos. Damiano fue un anfitrión atento y considerado, y Sally disfrutó al máximo del momento. No recordaba la última vez que alguien le había tratado tan bien.

Charlie también lo pasaba bien y bombardeaba a Damiano con preguntas sobre qué hacer en Venecia.

–Hay un montón de cosas –dijo Damiano–: Palacios, monumentos...

–Me refería a sitios animados –dijo Charlie.

–Por supuesto está La Fenice –dijo Damiano–. Siempre que he ido lo he pasado bien.

–¿Va mucha gente?

–Unas mil cada noche.

–¡Qué maravilla! ¿Y qué hacen?

–Se sientan en silencio para disfrutar la función –dijo Sally antes de que Charlie siguiera haciendo el ridículo–. Es el teatro de la ópera.

–¿Ópera? –dijo Charlie, horrorizado–. ¡Pero eso es muy serio!

–No siempre –dijo Damiano–. Algunas son cómicas. Puede que consiga entradas para alguna.

–Por mí no te molestes –dijo Charlie precipitadamente.

Sally y Damiano intercambiaron una mirada risueña de complicidad.

–¡Qué bueno está todo! –dijo Charlie, ansioso por cambiar de tema.

–Se lo diré a la cocinera –dijo Damiano.

Pietro no paró de hablar durante la cena. Había sentido una inmediata afinidad con Sally al ver cómo los había defendido a él y a Toby.

–No sé cómo puedes comer con la máscara –comentó Sally. A modo de respuesta, Pietro mordió una salchicha–. ¿Qué se supone que eres?

–Un mono –dijo Pietro–. Tengo otra, de ratón.

–Cuando terminemos de cenar puedes enseñármela.

Pietro miró a su padre y con un estudiado aire de docilidad que no engañó a Sally ni por un momento, dijo: –Sí, signorina.

–¿Signorina? Mis amigos me llaman Sally. Y nosotros somos amigos, ¿no?

Pietro asintió con la cabeza enfáticamente y siguió comiendo, aunque pronto volvió a parlotear y dominar la conversación. Su padre protestaba de vez en cuando, pero parecía dispuesto a consentirlo. Cuando dijo que era hora de ir a la cama, Pietro exclamó:

–Por favor, papá.

Y Damiano no insistió. Hasta que, a pesar de sus esfuerzos por permanecer despierto, fue evidente que el niño se estaba quedando dormido.

–Vamos, Pietro –dijo–. Da las buenas noches

–Buenas noches, Sally –dijo el niño, volviéndose a esta.

–Buenas noches, Pietro. Buenas noches, Toby.

–¿Volverás a visitarnos?

–Claro que sí –contestó Damiano por ella.

Pero Pietro asió la mano de Sally con fuerza como si no lo creyera.

–¿Qué te parece si subo contigo y nos despedimos arriba? – dijo ella.

–Muy bien –dijo Damiano con dulzura.

Pietro abrazó a su padre y tomó de nuevo la mano de Sally.

En cuanto entró en el dormitorio de Pietro, Sally vio las fotografías de dos mujeres en la mesilla. Una era hermosa y tenía un rostro amable. La otra no era tan guapa, pero parecía inteligente y agradable. Sally supuso que se trataba de las dos esposas de Damiano.

Cuando Pietro se metió en la cama, abrazó efusivamente a Sally antes de tumbarse.

–¿Seguro que vendrás a vernos?

–Sí.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

Sally permaneció con Pietro hasta que se durmió. Le dio un beso y salió sigilosamente.

El comedor estaba vacío. En la pared del fondo había una puerta abierta y al cruzarla, Sally se encontró en una gran sala con cristaleras que se abrían al canal. Damiano estaba sentado junto a la puerta de un pequeño balcón. Hizo un gesto indicando una butaca a su lado.

–Confiaba en que me acompañara –dijo él, alzando una copa de vino–. He venido preparado.

Señaló una copa sobre la mesa y la rellenó.

–En otra estación podríamos sentarnos fuera, pero anuncian lluvia –comentó.

–¿Dónde está Charlie? –preguntó Sally.

–En la habitación de al lado, viendo la televisión. Hay un buen partido de fútbol, así que estará entretenido un rato.

A Sally le gustó el mensaje implícito: así podrían charlar ellos dos tranquilamente.

–Lo ha tomado por sorpresa con lo de la ópera –comentó.

–Está claro que no es eso lo que le interesa de Venecia.

–¿Cómo lo ha adivinado? –dijo Sally. Y los dos rieron.

–¿Y por qué ha venido? Me parece demasiado activo como para que le guste ir a ver monumentos.

–Así es –Sally suspiró–. De hecho, es demasiado activo. Solo tiene dieciocho años y…

–Lo entiendo. Tengo un hermano menor que a veces me saca de mis casillas. Y yo tampoco era un santo a esa edad.

–¿Y ahora? –Sally no pudo resistirse a coquetear.

–¡Desde de luego que no! Siga hablándome de Charlie.

–Se ha pasado de la raya y he tenido que tomarlo por el cuello y obligarle a obedecerme.

–Creía que era su hermana, no su madre.

–Mis padres murieron hace años, así que soy como su madre. Cuido de él desde que tenía once años.

–¿No tiene familia que la ayude: tíos, abuelos?

–Nadie. Charlie es todo lo que tengo.

Damiano frunció el ceño.

–¿Eso significa que no tiene una vida propia? –preguntó.

–Trabajo como contable y ahora que Charlie es mayor tengo más tiempo. Hasta ahora he sido autónoma y he trabajado mucho. Pero acabo de tener una entrevista y creo que van a contratarme.

–¿Eso es todo? ¿No está casada?

–No.

–Ni... disculpe mi indiscreción, pero seguro que hay un hombre en Inglaterra esperándola.

–No –dijo Sally, a la vez que Frank se le pasaba por la cabeza por un instante.

–¿Ninguna vida sentimental? –preguntó Damiano en un tono que no daba ninguna pista sobre lo que pensaba.

–La he tenido, pero nunca nada importante –dijo Sally.

–¿Los hombres no estaban a la altura de sus expectativas?

–O yo no llegaba a la suyas. También es posible.

–Así que está concentrada en obtener ese nuevo trabajo – Signore...

–Por favor. Dejémonos de formalidades. Tus amigos te llaman Sally. Y los míos a mí, Damiano.

–Damiano –dijo Sally–. No había oído ese nombre antes.

–Mis enemigos dirían que me va bien. Procede del latín, damianus, que significa «conquistar y someter». Incluso puede significar «matar».

–¿Tienes enemigos?

–Unos cuantos. Un hombre de negocios que no los tiene, no está

haciendo bien las cosas.

–Entonces habrá más de uno que jure vengarse.

Damiano sonrió.

–Veo que sabes de qué estoy hablando.

–¿Alguna vez lo consiguen?

–¿Crees que lo admitiría?

–Aprendo continuamente. Intentaré recordarlo. Puede que me venga bien en mi futura vida laboral.

–A tu salud.

Damiano alzó la copa y brindaron. Desde el exterior llegó el sonido de una canción. Salieron al balcón y vieron a una joven pareja en una góndola, absorta en su amor mientras el gondolero cantaba.

Cuando terminó la canción, alzó la mirada y al ver a

Damiano y Sally, gritó:

–El mundo pertenece a los amantes.

–Sí, sí –confirmaron los enamorados. Y saludaron al balcón. –Dios mío, creen que… –empezó Sally.

–Pasa siempre. No te ofendas.

–No me ofendo –dijo Sally precipitadamente.

¿Cómo podía ofenderse porque la creyeran la amante de un hombre tan guapo?

–¿Por qué el gondolero te ha hablado en inglés?

–Puede que sus pasajeros fueran ingleses. Vienen muchos. Es curioso que sean tan contenidos en su país. Aquí se sienten liberados y expresan sus emociones libremente.

Como si quisieran confirmar sus palabras, los amantes se dieron un apasionado beso.

En ese momento pasó un vaporetto con un grupo de animados turistas, cantando y gritando.

–Da la sensación de que Venecia tiene dos personalidades. Una apacible y tranquila, y la otra exuberante y ruidosa.

–Así es. De hecho tiene cien personalidades –dijo Damiano. Y tras volver al interior, comentó–. Igual que los ingleses.

–Parece que nos conoces bien.

–Mi primera mujer era inglesa –dijo Damiano, poniéndose serio–. Pietro se parece mucho a ella y yo aliento esa parte de su personalidad.

–¿Por eso habla mi lengua?

–Sí, confío en que sea bilingüe.

–Es un niño encantador.

–Así es. Quiero agradecerte que le hayas hecho tan feliz. No sabes lo que significa verlo reír y jugar como ha hecho hoy.

–¿No es lo habitual?

–Me temo que siente que sus dos madres lo abandonaron. Como te

he dicho, su madre murió y su madrastra nos dejó.

–¡Pobrecito! ¿No ha venido a verlo nunca?

–Nunca. Según dijo, Pietro viviría mejor sin ella, pero en realidad era por su propia conveniencia. Nunca lo amó. Así que Pietro solo me tiene a mí.

–Y él lo es todo para ti, ¿verdad?

–Claro. Tanto por él como por… –Damiano dejó la frase inconclusa.

–¿Por su madre? –preguntó Sally con dulzura.

–Así es, por Gina –dijo Damiano–. Apenas pasamos tiempo juntos. Pietro nació prematuramente, y estuvo a punto de no sobrevivir. A Gina solo le preocupaba él. La sostuve en mis brazos, rogándole que no me abandonara, pero no sirvió de nada. Agonizaba y solo le importaba su niño. Le prometí que lo cuidaría y protegería el resto de mi vida, y que hacerlo feliz sería mi prioridad.

Sally tenía la extraña sensación de que el mundo había cambiado. Quizá se debía a la ciudad, pero había algo más.

Apenas conocía al hombre que le hablaba con voz pausada y, sin embargo, estaba abriéndose a ella como si la conociera de toda la vida.

–¿Tu promesa la tranquilizó? –preguntó.

–Creo que sí. Me dijo; «que Dios te bendiga», pero no pudo añadir nada más, aunque lo intentó con todas sus fuerzas. Siempre me preguntaré qué quiso decirme.

–En el fondo de tu corazón debes saberlo –dijo Sally–. Estoy segura de que quería decirte que te amaba.

Damiano la miró con una ternura que conmovió a Sally.

–Debes de ser la persona más amable del mundo –susurró él.

–No me conoces –dijo ella, súbitamente desconcertada con la intensidad de las emociones que sentía.

–Te equivocas. He sabido cómo eras en cuanto te he visto.

Sally sentía lo mismo respecto a él, pero por otro lado tenía la impresión de que era un hombre misterioso y contradictorio; que aun conociéndolo de toda la vida, nunca llegaba a comprenderlo del todo. Una vocecita la tentó a buscar al hombre que era en realidad, quizá a encontrarlo y…

Bruscamente bloqueó ese pensamiento, indignándose consigo misma. Pronto se despedirían y no volverían a verse.

Su siguiente comentario brotó de sus labios improvisadamente.

–Crees que me conoces, pero ni siquiera yo me conozco.

Damiano sonrió.

–Eso nos pasa a muchos. Has venido al lugar adecuado. He sido muy descortés al prometer a Pietro que volverías a vernos sin habértelo preguntado antes...

–Te perdono –dijo Sally, sonriendo–. No podías preguntármelo delante de él.

–Eres muy comprensiva. Así que la próxima vez que nos veamos, puede que consiga presentarte a ti misma.

El tono de Damiano fue entre risueño y provocador, como si quisiera que Sally eligiera con cuál quedarse. El sonido de las campanas de San Marcos sacó a Sally de su ensimismamiento.

–¡Qué tarde es! –exclamó, mirando el reloj.

–El tiempo vuela cuando estás distraído –comentó Damiano.

Un ruido en el piso superior los sobresaltó. Alzaron la mirada y vieron a Pietro, asomado a una ventana.

–Deberías estar en la cama –dijo Damiano.

–Quería ver a Sally –dijo Pietro con descaro–. ¿Estás bien, Sally? ¿Te cuida bien papá?

–No lo hace mal. Pero es hora de que me vaya.

–Avisaré a mi chófer y os llevaremos –dijo Damiano. Hizo una breve llamada y añadió–: Estará aquí en unos minutos.

Sally levantó la cabeza para despedirse de Pietro, pero este había desaparecido y la ventana estaba cerrada.

Tras recoger a Charlie, fueron a la puerta. Allí los esperaba Pietro, vestido.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Damiano–. Se supone que estabas en la cama.

–Si vamos a acompañar a Sally debemos ir todos –dijo Pietro.

–Está bien –accedió Damiano, abriendo la puerta. Y cuando Sally pasó a su lado, susurró–: Al menos está bien educado y le caes tan bien que quiere ser un anfitrión perfecto.

Sally rio quedamente.

–Yo creo que busca cualquier excusa para trasnochar. ¿No lo hacías tú de pequeño?

–Es posible. En marcha.

Damiano la ayudó a subir al barco y fueron por el Gran Canal hasta el hotel. Estaba iluminado y se oía el rumor de música. Parecía una escena de otro mundo. Parte de Sally lamentaba marcharse; otra parte, se alegraba. Damiano le había hablado de presentarla a sí misma. ¿Qué le habría contestado de no haber sido interrumpidos?

No tenía ni idea.

Capítulo Tres

Al llegar al hotel Billioni, Damiano ayudó a Sally a bajar y en cuanto entraron, la recepcionista acudió solícita.

Sally oyó murmurar a Charlie:

–¡No es posible!

–¿El qué? –preguntó ella.

Entonces vio, a través de una puerta abierta, lo que había alarmado a su hermano: un hombre al que ella reconoció, de unos treinta años, desaliñado y sin afeitar. No sabía cómo se llamaba, pero lo había visto rondando su casa, y sabía que no era de fiar.

–Charlie, ¿quién es? ¿Charlie? ¿Dónde estás?

Pero Charlie había desaparecido. Damiano estaba hablando con la recepcionista, así que Sally decidió ir al encuentro del hombre.

–Lo he visto con anterioridad –le dijo–. En Inglaterra.

–Sí, soy Ken Wilton, estoy buscando a su hermano. ¿Dónde está?

–¿Qué quiere de él?

–Me debe mucho dinero y quiero recuperarlo

Aquello confirmó los peores temores de Sally, pero alzó la barbilla y dijo:

–Ha pagado todas sus deudas.

–Eso cree –dijo el hombre, despectivamente–. Supongo que usted le dio el dinero.

–Sí. Más que suficiente para pagar lo que debía.

–¿Eso le ha dicho? Pues yo le digo que tiene una mucho mayor, y que estoy aquí para saldarla. Así que vaya a buscarlo. Él sabe quién soy.

–No pienso hacer nada de eso. No le creo.

El hombre se aproximó.

–Me preguntó cuándo se convencerá de lo contrario.

Sally dio media vuelta, pero el hombre la sujetó por el brazo con fuerza.

–¿Dónde está su hermano?

Sally consiguió soltarse, pero el hombre la siguió y la empujó violentamente, tirándola al suelo. Sally notó un intenso dolor en la cabeza al golpeársela contra la pared.

A mismo tiempo oyó un gritó.

–¡Sally! ¡Sally!

Súbitamente, Pietro apareció a su lado e intentó abrazarla. Entonces oyó la voz de un hombre y Damiano llegó a su lado. Un portero lo siguió. Damiano dio unas órdenes y se arrodilló junto a Sally, incorporándola y sujetándola en sus brazos.

–¿Qué te ha hecho? –preguntó.

–La ha tirado –gritó Pietro–. Le oído que le gritaba y luego le ha pegado. ¡Sally, por favor, no te mueras! –suplicó, llorando desconsoladamente.

Sally sintió al instante el impulso de protegerlo.

–Estoy bien, Pietro, te lo prometo. Solo es un chichón.

–Ya veremos lo que dice el médico –dijo Damiano–. Voy a llevarte a mi casa. No puedes arriesgarte a que vuelva ese rufián.

–Es Charlie a quien busca –musitó Sally–. Charlie…

–Estoy aquí –dijo este, apareciendo a su lado–. No han podido atraparlo.

–Cuanto antes nos vayamos, mejor –dijo Damiano. Se levantó y tomó a Sally en brazos–: No te preocupes, estarás a salvo.

–Es Charlie quien corre peligro –susurró Sally.

–Te prometo que no le pasará nada.

Sally accedió instintivamente y se relajó en los brazos de Damiano, que solo se detuvo para dar nuevas órdenes.

–Van a recoger tus cosas y a enviarlas a mi casa –explicó.

–La cuenta...

–Ya está pagada. No te preocupes por nada.

A Sally le dolía la cabeza y no pudo hacer otra cosa que apoyarla en el hombro de Damiano. Sintió que la bajaban al barco. Damiano se sentó a su lado y Pietro y Charlie enfrente. Damiano hizo una llamada.

–El médico estará en casa cuando lleguemos –dijo. Y pasándole el teléfono a Pietro, añadió–: Llama a Nora y dile que prepare dos dormitorios.

Sally no entendió una palabra de lo que decía, pero pudo percibir la tensión en su tono.

–Cuidaremos de ti –dijo cuándo colgó.

–Gracias –dijo Sally, emocionada por la evidente angustia del niño.

Tal y como había dicho Damiano, el médico los esperaba. Damiano la llevó a un dormitorio, la echó en la cama y se retiró a un lado.

El médico dijo que el golpe en la cabeza no era preocupante, pero que Sally debía descansar durante unos días.

–Aquí la atenderemos. Le ruego que vuelva mañana –dijo Damiano.

–Por supuesto. Les dejo unos analgésicos. Debe tomar un par ahora. Después, descanso y alimentarse bien es todo lo que necesita.

–Va a ponerse bien, ¿verdad? –preguntó Prieto, ansioso–. No se va a morir, ¿verdad?

–Claro que no –dijo el médico amablemente–. Solo necesita estar tranquila.

Pietro sonrió, pero no parecía plenamente convencido.

Sally alargó la mano hacia él.

–Estoy mejor de lo que parece –dijo para tranquilizarlo–. No te preocupes.

A modo de respuesta, Pietro se echó en sus brazos.

–¡Cuidado, Pietro, no la sacudas! –lo amonestó Damiano.

–No pasa nada. No me hace daño –dijo Sally.

Nora le llevó un vaso de agua y Sally tomó los analgésicos. Luego la dejaron sola, y bien por el efecto de las pastillas o por la conmoción, Sally se quedó dormida.

Cuando despertó, Damiano estaba sentado en la cama, observándola.

–¿Cómo te encuentras? –preguntó.

–Mejor. Ya no me duele la cabeza. Siento causarte tantas molestias.

–No digas tonterías –dijo Damiano con una dulzura que contrastaba con sus palabras. Señaló unas bolsas que había en el suelo–. Ya han llegado tus cosas.

–La factura...

–Ya he dicho que está pagada. Te asaltaron en mi hotel, así que lo menos que puedo hacer es pagar la cuenta. No vuelvas a mencionarlo.

–¿Qué ha pasado con ese hombre, Wilton?

–Escapó. Pero el personal de seguridad del hotel dará con él.

–¿Cómo sabrán qué aspecto tiene?

–Tenemos grabaciones de las cámaras de seguridad –dijo Damiano–. Ellos lo persuadirán para que no vuelva a molestarte.

Sally prefirió no preguntar qué significaba «persuadirlo».

Estaba segura de que Wilton tenía sus propios métodos de «persuasión». De pronto la asaltó el miedo que hasta entonces había bloqueado el estado de shock. Empezó a temblar y apretó los puños con fuerza para intentar evitarlo.

–Ven aquí –dijo Damiano. Y la estrechó en sus brazos–. Tranquila –susurró–. Estoy aquí y voy a cuidar de ti.

Sally lo creyó. Se sentía protegida y a salvo como no lo había estado nunca. Apoyó la cabeza en el hombro de Damiano diciéndose que podría permanecer allí para siempre. Tras unos minutos, Damiano la reclinó delicadamente sobre las almohadas.

–Necesito saberlo todo –dijo–. Librarnos de ese tipo es solo el primer paso. ¿Qué más puedes contarme?

Sally vaciló, preguntándose si debía hablar de Charlie.

–Ya has hecho bastante... –comenzó.

–Eso tengo que decidirlo yo –la interrumpió Damiano en un tono que no admitía discusión–. Quiero saber que hay detrás de esto y vas a decírmelo.

Sally suspiró.

–Yo estoy a salvo. Es Charlie quien corre peligro. No creo que

Wilton lo deje en paz.

–De eso me ocupo yo, no lo dudes.

–¿Dónde está Charlie?

–Instalado en la habitación contigua. Háblame de él. Antes has insinuado que era un poco irresponsable.

–No es mal chico, pero es irreflexivo. Juega mucho, y pierde.

–Y tú pagas sus deudas para sacarlo de apuros –dijo Damiano.

–Sé que no está bien, pero no puedo hacer otra cosa.

–Aunque sabes que a la larga no estás haciéndole ningún favor. Nunca va a aprender si no se enfrenta a la realidad.

–Lo sé –dijo Sally, mortificada–. Pero solo me tiene a mí para protegerlo, y en parte es culpa mía. –No digas eso. Deja de culpabilizarte.

–Hace siete años me atropellaron. De camino al hospital para visitarme, un camión chocó con el coche de mis padres.

Murieron al instante.

–¿Por eso te culpas? –preguntó Damiano, atónito–. ¿Cómo va a ser culpa tuya que te atropellaran?

–Si no llega a ser por mí no habrían estado en la carretera, y un niño de once años no se habría quedado huérfano. Desde entonces soy su única familia –¿Cuántos años tenías tú?

–Veintiuno.

–Solo veintiún años, y te quedaste sin vida propia.

–No, yo no lo veo así. Uno hace sacrificios por las personas a las que ama.

–Pero no tiene por qué vivir en una prisión. ¿No es así como vives, en una celda cuya llave son las necesidades de Charlie?

¿Podía ser verdad? Sally nunca lo había visto así, pero Damiano era muy intuitivo.

–También tú organizas tu vida en torno a Pietro –comentó.

–Es lo normal en un padre respecto a un hijo. Pero una hermana tiene derecho a su vida. Algún día Charlie se marchará y te dejará sola, sin marido, sin amante, sin hijos.

–Pero tengo una carrera profesional, así que no me quedaré tan sola.

–Te equivocas. Tener solo una carrera profesional no basta.

–¿Qué otra cosa puedo hacer? Charlie me necesita, pero no consigo hacerle entender que debe tener cuidado y ser responsable. Cree que me preocupo por nada.

–Eso suelen pensar los jóvenes de su edad.

–No puedo abandonarlo.

–¿Y puedes defenderlo? Cuando hombres como Wilton lo buscan, ¿puedes ahuyentarlos?

Sally negó con la cabeza.

–Supongo que no –sonrió con sorna y añadió–. Si algún día quieres un trabajo de guardaespaldas, tengo una vacante.

–Lo tendré en cuenta –dijo Damiano, sonriendo a su vez–. Pero cuando vuelvas a Inglaterra, y si Wilton vuelve a molestarte…

–¡Calla! –protestó Sally–. La cabeza me da vueltas. No sé qué hacer.

–Puede que el destino te indique el camino.

–Es una idea reconfortante, pero no se puede confiar en el destino. Uno mismo tiene que resolver sus problemas, solo que ahora mismo no sé cómo.

–Ten paciencia y espera a ver qué pasa. Ahora debes comer. Nora ha preparado la comida y Pietro va a traértela. Está decidido a ser uno de tus enfermeros. No te importa, ¿verdad?

–Claro que no. Lamento mucho que viera lo que pasó. Cuidarme le sentará bien.

–Gracias, sabía que lo comprenderías.

La puerta se abrió y Charlie asomó la cabeza.

–¿Puedo pasar?

Se acercó a la cama y abrazó a Sally.

–Lo siento, hermanita. Te he metido en un lío. Si no fuera por mí…

–Estaría sola –dijo Sally en el tono animado que siempre usaba con él–. No te sientas culpable.

–Deberías abandonarme y…

–¿Y dejar que caigas en las garras de ese tipo? No, Charlie. Crece, madura. Vamos a hacer esto a mi manera.

Charlie hizo un cómico saludo marcial.

–Sí, señora. Sí.

Sally intentó imitarlo, pero hizo una mueca de dolor al mover el brazo.

–Se acabó –dijo Damiano–. Tienes que descansar.

–Así es –dijo Charlie.

Sonrió a Sally y ella le devolvió la sonrisa. Como le había dicho a Damiano, Charlie estaba mimado y era irresponsable, pero también era afectuoso y bueno. Cuando madurara, esa faceta de su carácter prevalecería.

–Te dejo. Descansa –dijo Charlie. Y le dio un beso.

Cuando abrió la puerta, apareció Pietro con un plato que dejó sobre la mesilla. Nora lo siguió con una bandeja, pero le cedió el protagonismo al niño.

–¿Estás mejor? –preguntó él con ansiedad.

–Mucho mejor.

–¿Me lo juras?

–Te lo juro. ¡Qué bien huele! –dijo Sally. Pero cuando dio el primer bocado, gritó de dolor.

–¿Qué pasa? –preguntó Damiano al instante.

–Me duele la boca donde me golpeé. Tendré que tener más cuidado comiendo.

Afortunadamente, la comida era blanda y pudo comerla. Pietro no le quitó ojo de encima.

Entretanto, Nora deshizo sus maletas y cuando acabó, tanto ella como Pietro se fueron.

–¿No puedes comer un poco más?

–No. Estaba delicioso.

Damiano retiró la bandeja y se sentó en la cama, a su lado.

–Duérmete –dijo. Y la cobijó en sus brazos.

Sally se sintió invadida por una deliciosa calma. Alzó la mirada y encontró el rostro de Damiano más dulce y amable que nunca. Sus labios estaban a apenas unos centímetros cuando él susurró:

–Soy tu amigo; puedes confiar en mí. No lo olvides. Es una orden.

Sally rio quedamente.

–Si es una orden, tendré que obedecerla.

Damiano asintió y, por un instante Sally creyó que sus labios iban a tocar los de ella. Contuvo el aliento, sin saber si quería o no que la besara. Pero los labios de Damiano rozaron los suyos tan levemente que apenas los notó.

–Lo siento. No debía haberlo hecho –musitó él–. ¿Te he hecho daño?

–No –susurró ella.

–Buenas noches, Sally. Hablaremos por la mañana. Seguro que te encuentras mejor. Entretanto, no tienes nada de qué preocuparte. Yo os cuidaré a Charlie y a ti.

Sally lo vio salir. Luego cerró los ojos y se preguntó qué le estaba pasando. Tenía la sensación de haber sido transportada a un universo paralelo en el que todo era misterioso.

Se preguntó cómo se sentiría en un lugar así. Hacía años que valoraba la seguridad y las certezas por encima de todo, desde que, siendo una niña, había intuido que había sido una desilusión para sus padres.

El nacimiento de Charlie, lo confirmó. La felicidad que sintieron al tener un hijo, le demostró que una hija siempre ocuparía para ellos un segundo lugar.

Para competir con la atención que él recibía, se aplicó en el colegio con todas sus fuerzas, consiguiendo, gracias a su don para los números, ser la primera de la clase. Y aunque la halagaban, Sally siempre supo que Charlie tenía un lugar preeminente en su corazón.

Mientras que otras hermanas habrían rechazado a su hermano, su generosidad innata la había protegido de la amargura. Y el encanto natural de Charlie la había conquistado. Era travieso, descarado e

impertinente. Pero sus travesuras siempre le arrancaban una carcajada.

La muerte de sus padres la había convertido en la cabeza de familia. Se había aplicado a la labor con tal intensidad que a menudo se peleaban, porque Charlie la acusaba de ser más estricta que sus padres.

«Crees que todo es cuestión de números», le había dicho a los trece años. «Solo crees que el mundo está bien si te salen las sumas».

Ella no había sabido cómo explicarle que su severidad provenía del temor a no cumplir bien con su misión. Y no había podido negarle que la certeza que encontraba en las cifras le resultaba reconfortante.

De pronto se encontraba en una situación en la que nada era previsible, en la que las sorpresas se sucedían. Pero lograría sobrellevarlo. Era eficiente, organizada y fuerte. Esas características la habían ayudado a lo largo de su vida y le seguirían ayudando en el futuro.

Desde el exterior llegó una canción. Sally se levantó cuidadosamente y fue hasta la ventana. A sus pies vio una góndola con otra pareja de enamorados. Y a Damiano sentado en el balcón.

Tras observarlo unos instantes, cerró la ventana y se quedó apoyada en ella con el corazón palpitante.

A la mañana siguiente, Nora se mostró muy atenta, llevándole el desayuno y asegurándose de que tomara las pastillas. Charlie fue a verla. Luego Damiano y Pietro. El niño pareció tranquilizarse al verla mejor y la abrazó.

–Tengo que ir al colegio –dijo, dando un suspiro–. Pero no te habrás ido cuando vuelvas, ¿verdad?

–Por supuesto que no –dijo Damiano–. Vamos, te acompaño al colegio.

–No hace falta –dijo Pietro–. Puedo ir solo.

–Pero…

–No soy un niño pequeño, papá –dijo. Y sin esperar respuesta, salió.

Sally miró a Damiano.

–Se está haciendo independiente –comentó.

–Supongo. No le gusta que lo acompañe al colegio. Me preocupaba que estuviera remoloneando, pero sus profesores dicen que es muy listo y trabajador.

–¿Está lejos o es peligroso?

–No, apenas a un par de calles. Puede ir solo sin problema, pero a mí me gusta ir con él. Hace unos días que prefiere ir solo.

–Ya le has oído: no es un niño pequeño.

–Pero si solo tiene nueve años…

–Va a ser como su padre –dijo Sally, bromeando–. Cuando sea mayor querrá hacer las cosas a su manera.

–No estoy seguro de que sea una suerte parecerse a mí – dijo Damiano con un toque de tristeza.

–Todo depende de a qué te refieras.

–Me refiero a muchas cosas que no quiero explicar. En cuanto a hoy, quiero que te quedes en la cama. Hasta que venga el médico, no te muevas de aquí.

–¿Y Charlie?

–Déjalo en mis manos. Quiero que me acompañe al hotel de aquí al lado. Voy a hacer algunos cambios, un pequeño teatro, un casino. Y puede que tenga alguna sugerencia.

–Así que estará bajo tu protección –dijo Sally–. Gracias.

–No te preocupes de nada. Haré que te traigan algunos periódicos en inglés para que te entretengas.

Sally pasó la mañana ojeando la prensa y dormitando. El médico dijo que podría levantarse al día siguiente.

En cierto momento, se acercó a la ventana y vio a Charlie y a Damiano enfrascados en una conversación, en un callejón lateral.

«Está a salvo», pensó, aliviada. «¡Gracias a Dios que conocimos a Damiano!».

Volvió a la cama y durmió una hora más. Cuando se despertó, oyó que llamaban a la puerta.

–Adelante.

Era Pietro, con una taza.

–Té –anunció, orgulloso–. ¡Cuidado!

La advertencia iba dirigida a Toby, que entró como una exhalación y saltó sobre la cama, obligando a Pietro a echarse a un lado para no verter el té.

–Tranquilo –dijo Sally. Y con una impostada severidad amonestó al perro–: ¡Eres un petardo de animal!

–¿Petardo? –preguntó Pietro, dejando el té en la mesilla–. ¿Qué quiere decir?

–Tiene varios significados, pero uno de ellos es «molesto».

–Ah, irritante.

–Eso es. Eres muy irritante –dijo Sally, señalando al perro con un dedo que este le lamió–. No entiende que le estoy riñendo –dijo, riendo.

–Porque te quiere.

–Y yo a él –Sally abrazó a Toby–. Me recuerda a mi Jacko.

–¿Tienes un perro?

–Hace años. Murió. Fue el primero en quererme de verdad.

–¿Y tus padres? –preguntó Pietro, mirándola con solemnidad.

–También. A su manera. Pero tener una hija los desilusionó.

–Eso es injusto –dijo Pietro, airado.

–La vida no es siempre justa –dijo Sally–. Hay cosas que debemos aceptar. En cualquier caso, yo siempre tuve a Jacko para consolarme. Era de mi padre, pero él y yo estábamos muy unidos. Podía decirle las cosas que no le contaba a nadie.

Pietro asintió con la cabeza.

–Lo entienden todo.

–Seguro que tú hablas mucho con Toby –en tono de broma, Sally añadió–: ¿Te da buenos consejos?

–No, pero me escucha –dijo Pietro.

Un tono de tristeza en su voz hizo que Sally posara una mano en su hombro.

–¿Qué pasa, Pietro? ¿Eres desgraciado?

Él no contestó. Por su expresión confusa, Sally supo que no estaba seguro de si confiarle sus sentimientos.

–¿No me lo puedes contar? –preguntó ella con dulzura–. Escucho muy bien. Casi tan bien como Toby.

Pietro sonrió, pero seguía indeciso.

–Vamos –insistió Sally–. Por favor, cuéntamelo.

Capítulo Cuatro

Al ver que Pietro vacilaba, Sally dijo:

–¿No quieres confiar en mí? Igual puedo ayudarte.

Pietro negó con la cabeza.

–Nadie puede ayudarme. No se puede cambiar lo que ya ha pasado.

–Eso es verdad. Pero sí puedes cambiar cómo te lo tomas. ¿Tienes problemas en el colegio? Yo solía meterme en muchos líos.

Sally intuyó que había dado en el clavo.

–Es el colegio, ¿verdad? ¿Qué pasa? –preguntó con delicadeza.

–Se ríen de mí –dijo Pietro, dando un suspiro.

–¿Por qué?

–Por ella.

–¿Te refieres a tu madrastra?

–Sí, a ella. Era el día del concierto del colegio y yo iba a cantar una canción. Papá y ella iban a venir, pero solo vino papá y me dijo que ella se había ido.

Sally respiró profundamente.

–¿No lo sabías?

–No. Estaba en casa cuando fui al colegio. Papá vino al concierto solo, y se rieron de mí.

–¿Quiénes?

–Los de la clase. Les hizo gracia la cara de tonto que puse. Sobre todo a Renzo. Los demás lo admiran, y si él se ríe, todos se ríen.

«El matón de la clase», pensó Sally. «Conozco unos cuantos».

–Pero ya habrá dejado de reírse –comentó, esperanzada.

–Siempre encuentra alguna excusa. Dice que si mi madre se ha ido, debo ser un monstruo.

–¿Se lo has contado a tu padre?

–¡No, no! –gritó Pietro, súbitamente agitado–. No debe saberlo.

–¿Por qué no?

–No puedo decirle que todo el mundo piensa que soy un idiota.

–Pero se pondría de tu lado.

–Pensaría que soy débil, y a papá solo le gusta la gente fuerte. Prométeme que no se lo dirás –dijo Pietro con lágrimas en los ojos–. ¡Prométemelo!

Sally lo abrazó con el corazón encogido. Su súplica la colocaba en una situación incómoda. ¿Cómo podía mentir a Damiano sobre la infelicidad de su hijo? Al mismo tiempo, ¿cómo iba a negarse a prometer a Pietro algo que le pedía tan desesperadamente? Mortificada, alzó la cabeza.

Y vio a Damiano.

Los observaba fijamente desde la puerta, atónito. Instintivamente, Sally alzó una mano y le indicó que se fuera. Él obedeció al instante.

–Está bien, te lo prometo –dijo Sally–. Creo que tu padre debería saberlo, pero eres tú quien debe decírselo.

–No puedo. Pensaría que soy un estúpido.

Pietro se separó de Sally con cara de determinación, como si se avergonzara de haberse mostrado tan vulnerable.

–Me voy. No olvides el té.

–Muchas gracias, Pietro.

Pietro se fue y Sally aguzó el oído para ver si se encontraba con Damiano, pero no oyó nada. Damiano apareció al cabo de unos segundos. Cerró la puerta y miró a Sally en silencio. Por la expresión de su rostro, era evidente que intentaba recuperarse del golpe.

–¿Te ha visto Pietro? –preguntó ella.

–No. Me he escondido. ¡Menudo cobarde!

–No se trata de cobardía. Pietro se habría llevado un disgusto, y no es de cobardes tener en cuenta los sentimientos de tu hijo –Sally dio una palmadita en la cama–. Siéntate. Tenemos que hablar.

Damiano prácticamente se desplomó sobre la cama y ocultó el rostro entre las manos.

–No tenía ni idea –se lamentó–. No sabía… –¿Lo has oído?

–Todo.

–Pero sabías que sufría por la desaparición de su madrastra.

–Sí, pero no porque se hubiera marchado una noche tan importante para él.

–¿No tenías ninguna sospecha de que fuera a marcharse?

–En absoluto. Yo pasé la mañana en el trabajo y fui al colegio desde allí. Solo pensé que se había retrasado. Pero al llegar a casa encontré una carta en la que decía que se iba.

–¿Y no dejó nada para Pietro?

–Nada. Ni una palabra. Una vecina cuyo hijo iba al colegio de Pietro se enteró de su marcha y supongo que fue la que lo contó en el colegio. Pero Pietro jamás me ha dicho que tuviera problemas –Damiano miró a Sally angustiado–. ¿Por qué no me lo ha dicho? Sabe que le quiero.

–Porque también quiere que le respetes y no quiere parecer débil.

–¡Pero si solo es un niño!

–¿Ha su edad te considerabas un niño?

–No –gruñó Damiano–. Como él, en su situación habría tenido demasiado orgullo como para pedir ayuda. Sin embargo, a ti te lo ha contado y te ha pedido que no me lo cuentes.

–No lo culpes –se apresuró a decir Sally.

–No lo culpo. Me culpo a mí mismo por no ser un buen padre –

Damiano agachó de nuevo la cabeza–. ¿Qué puedo hacer? No sé por dónde empezar.

Conmovida, Sally alargó una mano hacia él y Damiano se inclinó hasta casi apoyar la cabeza en su hombro. Sally suspiró, pensando que padre e hijo parecían, por un instante, la misma persona.

Pero Damiano se incorporó enseguida y, sin mirarla, se dio una palmada en la rodilla.

–Creo que sé lo que puedes hacer –dijo ella–. Háblale de tu infancia. Si se abrió a mí fue porque le hablé de los problemas que tuve en el colegio. Eso le ha hecho creer que podría entenderlo. Intenta pensar en algo que te hiciera sentir en desventaja y a lo que tuvieras que enfrentarte. Así se dará cuenta de que puedes comprender lo que siente.

Damiano reflexionó unos segundos antes de asentir con la cabeza.

–Entiendo lo que quieres decir. Pero no se me ocurre nada que…

–Si no recuerdas ninguna ocasión en la que te sintieras desamparado, invéntatela.

–¿Sugieres que mienta?

–Sí, a veces es mejor una mentira que nada.

Damiano sonrió con tristeza.

–¡Menos mal que estás aquí para aconsejarme! No estarás pensando en marcharte, ¿verdad? Cuanto más te quedes, mejor.

–Por ahora, me quedo. No quiero volver a Inglaterra mientras Wilton ande suelto.

–Aquí estás a salvo. Y he prometido proteger a Charlie.

–Gracias.

Damiano fue hacia la puerta. Antes de salir se detuvo y preguntó.

–Si no llego a enterarme, ¿habrías mantenido la promesa que le has hecho a Pietro de no decírmelo?

–Habría intentado convencerle de que te lo contara él.

–¿Y si no lo hubieras logrado? –al ver que Sally vacilaba, Damiano añadió–: No me lo habrías contado, ¿verdad?

–No sé. Se siente profundamente traicionado por tu esposa. Romper mi promesa le hubiera hecho sentirse traicionado de nuevo. No sé qué habría dicho.

–Lo suponía –dijo Damiano, lacónico. Y se fue sin añadir palabra.

Sally tomó el té lentamente y decidió levantarse. Antes de que lo hiciera, Charlie llamó a la puerta.

–Nora pregunta si quieres cenar aquí o abajo –dijo.

–Voy a bajar –cuando Charlie hizo ademán de irse, Sally lo detuvo–: Quiero saber una cosa, ¿cómo ha sabido Wilton dónde estabas?

–Conoce a un detective que le debe dinero y que le paga buscándonos a los demás.

–Así que te han estado vigilando. ¿Qué pasará ahora?

–Nada, Damiano ha contactado con un amigo para que lo eche del país. Damiano tiene mucho poder. Hemos tenido suerte al conocerlo.

–Desde luego –musitó Sally. Y a continuación preguntó–:

¿Por qué dijo Wilton que todavía le debes dinero?

–Solo un poco.

–¿Cuánto es poco?

–Pues…

–¿Ni siquiera lo sabes? –preguntó Sally, irritada.

–Tengo que calcularlo. Pensaba pagarle cuando lo reuniera.

–¿Y cómo pensabas hacerlo?

–Trabajando.

–¿Cuántas veces te he oído decir eso? ¡Tengo que conseguir dinero para ayudarte!

–Tranquila, Damiano va a resolverlo.

–¿Crees que podemos dejarlo todo en sus manos?

–Es lo que él ha dicho. No sé por qué no podemos aceptar su ayuda.

¿Por qué no? Una voz interior advirtió a Sally que debía ser cauta respecto a Damiano. Estaba acostumbrado a tener el control, a dar órdenes y a ser obedecido. Solo respecto a Pietro estaba dispuesto a ceder las riendas y a admitir que necesitaba ayuda.

Recordó que le había preguntado si habría mantenido la promesa que había hecho a Pietro, y que ella le había respondido en tono levemente retador; algo a lo que, evidentemente, Damiano no estaba acostumbrado.

–Avisa que bajaré en un minuto –dijo.

Se vistió rápidamente y al bajar encontró a Damiano en su despacho.

–Me alegro de que te encuentres mejor –dijo al verla.

–Estoy hambrienta.

–Eso es una buena señal.

–También quiero hablar contigo sobre Charlie. Me ha dicho que has quedado en ayudarlo con sus deudas. No tenemos derecho a...

–No es cuestión de derechos, sino de ayudarse entre amigos –dijo Damiano–. También tú me estás ayudando.

–Sí, pero no quiero que pienses que nos aprovechamos de ti. Las deudas de Charlie son mi responsabilidad, no la tuya.

–¿Estás molesta porque me he entrometido?

–No. Estoy confusa y asustada –admitió Sally–. Y no quiero que pagues las deudas de Charlie.

Ante sus asombrados ojos, Damiano perdió su máscara solemne y puso una expresión risueña.

–Hagamos un trato –dijo–. Yo me ocupo de las deudas de Charlie,

pero te pasaré una factura.

–¿Para qué…?

–Será una factura abultada porque cobraré intereses. Pero así no te sentirás en deuda conmigo. ¿Te parece bien?

–Pe-pero... Claro –balbuceó Sally.

–Deberías verte la cara, Sally. No pensarás que hablaba en serio –dijo Damiano, sonriendo.

–Pero…

–Solo quería demostrarte que estás siendo absurda.

–Me da la sensación de que estás tomando el control y...

–Y prefieres ser tú quien lo tenga –concluyó Damiano por Sally.

Sally se quedó muda porque era precisamente lo que acababa de estar pensando sobre él. Pero al ver que Damiano sonreía, suspiró.

–Tienes razón. Es solo que…

–Aunque no lo hayas elegido, te toca cuidar de Charlie.

–Lo que me ha convertido en una mandona.

–No te preocupes. Para que veas que te perdono, te pasaré solo la mitad de la factura.

–Muy bien. Y yo te pasaré a ti otra por el doble.

–Veo que aprendes rápido. Y como ya te he dicho que me gusta pagar mis deudas, voy a empezar por enseñarte Venecia. Te va a encantar.

–No lo dudo.

–Empezaremos mañana.

Damiano cumplió su palabra. Al día siguiente Pietro no tenía que ir al colegio y después de desayunar, salieron de excursión.

–¿Hay algo en concreto que queráis ver? –preguntó.

–He oído que la calle Malipiero es muy interesante –dijo Charlie.

Sally miró con curiosidad a Damiano que, sonrió, y articuló con los labios: «Casanova».

Después de esa visita, Pietro eligió los lugares que le gustaban más y luego Damiano los llevó a un restaurante.

–Hora de volver a casa –anunció.

–Sí, Toby debe estar preguntándose dónde estamos –dijo Sally.

–Se lo he dicho y me ha entendido –dijo Pietro.

Sally sacudió la cabeza.

–Algunos perros no comprenden que se los deje solos.

Pietro asintió y Sally resultó estar en lo cierto, ya que Toby los saludó entre ladridos y cabriolas y se lanzó hacia ellos.

–Te quiere –dijo Pietro, riendo–. Dice que eres uno de los nuestros.

–Sí –dijo Damiano–. Lo es.

Pero Sally pensó con tristeza que eso era imposible. Pronto

aquellos deliciosos días acabarían, dejándola solo con recuerdos felices. Disfrutaría de lo que quedaba y luego volvería a la realidad, y con suerte, a un nuevo trabajo.

–¿Puedo pedirte un favor? –preguntó a Damiano.

–Claro.

–Tengo que mandar unos correos desde mi portátil…

–Te lo conectaré.

De pronto Pietro dio un gritó de alegría.

–¡Tío Mario!

Un hombre joven abrió sus brazos con una sonrisa resplandeciente y Pietro se lanzó hacia él.

Por su parecido con Damiano, Sally dedujo que se trataba del hermano que le había mencionado. Los dos hombres se fundieron en un abrazo e intercambiaron saludos en italiano.

–Debemos hablar en inglés –dijo, llevando a Mario hacia Sally–. Tenemos invitados. Sally, este es mi hermano Mario. Mario, Sally Franklin. Es la nueva mejor amiga de Pietro –un ladrido le hizo añadir–: Y de Toby.

Mario rio y estrechó la mano de Sally.

–Encantado –dijo, mirándola apreciativamente de arriba abajo.

–¿Cómo es que vuelves tan pronto? –preguntó Damiano.

–El trabajo ha terminado antes de lo esperado –dijo Mario, hablando como si midiera sus palabras–. Así que he aprovechado para haceros una visita.

–Instálate y luego hablamos.

Mientras Mario subía, Damiano explicó:

–Es periodista. Trabaja en Roma, pero viaja mucho. El último trabajo era cerca de aquí y quedó en que vendría a visitarnos. Ahora, conectemos tu portátil.

Damiano dejó a Sally sola para darle privacidad. Ella revisó sus correos y vio que no tenía noticias del trabajo. Al cabo de un rato, llegó de la cocina un olor delicioso y decidió bajar a investigar.

–Tiene que enseñarme a hacer ese plato –dijo a Nora.

–Y usted a mí alguna receta inglesa. ¡Vaya por Dios!

–¿Qué pasa?

–Signor Ferrone se ha dejado esta carta.

–Yo se la llevaré.

Sally tomó la carta y fue al despacho de Damiano, que encontró vacío. Cuando iba a dejarla sobre el escritorio, algo la detuvo. La habitación era apacible e impersonal, excepto por un detalle. Sobre el escritorio descansaba la fotografía de una mujer, que Sally identificó como una de las que había visto en el dormitorio de Pietro.

No había rastro de la otra esposa de Damiano, pero aquella fotografía estaba colocada de forma que quien se sentara al escritorio

pudiera verla.

–¿Puedo ayudarte en algo?

La voz de Damiano en el umbral de la puerta la sobresaltó.

–Venía a darte esto –dijo, alzando el sobre–. Perdóname, no estaba husmeando.

Él tomó el sobre y miró hacia la fotografía.

–Es la madre de Pietro –dijo.

–Era muy hermosa.

–Así es. Antes de casarse conmigo quiso ser modelo. Tenía un futuro prometedor, pero lo dejó todo por mí.

Damiano habló con la misma dulzura que Sally le había oído usar cuando hablaba de Pietro.

Sally pensó que era muy triste que Gina no hubiera vivido para disfrutar de aquel hombre, que la adoraba y la habría tratado con generosidad.

–Pobre Pietro. ¡Qué lástima que no llegara a conocerla! ¡Y pobre Gina, que no llegó a saber que tenía un hijo maravilloso!

Damiano la observó como si acabara de oír algo revelador.

–Nunca lo había visto desde ese punto de vista –musitó–. Su pérdida fue tan grande como la de él.

–Y la tuya. Te fueron arrebatos años de felicidad. Y ella nunca supo que había tenido un hijo precioso.

–Sí lo sabe –dijo Damiano con voz queda–. Se lo digo todo el tiempo.

–¿Tú...?

–Gracias por traerme la carta –dijo Damiano en un tono firme que indicó que quería cambiar de tema–. En cuanto a los planes para esta tarde…

Sally aceptó las sugerencias que le hizo mecánicamente, mientras intentaba asimilar lo que acababa de descubrir. Gina era tan real para Damiano que seguía hablando con ella. Y pensó que había sido muy afortunada al tener un hombre que la amara tan profundamente.

–¿Qué te parece la idea?

–Muy… ¿Qué?

–Que cenemos en casa. Me gustaría charlar con Mario y saber si hay algún motivo por el que ha vuelto antes de tiempo.

–Me dijiste que solía desesperarte.

–Así es. Es un poco atolondrado. Y siempre pone de excusa que soy su modelo.

–También me dijiste que de joven no habías sido un santo – dijo Sally con sorna–. ¿Qué hombre lo es? Y piensa lo aburrido que habrías sido de otra manera.

–¡Qué mujer tan comprensiva!

–Sí, Mario, ¿qué quieres? –el hermano de Damiano había aparecido

en la puerta.

–La cena está lista y yo estoy muerto de hambre.

–Muy bien. Vayamos.

Sally no supo si se lo imaginaba, pero pensó que Damiano se sentía aliviado de dar fin a la conversación. Intuía que le había dicho algo que pocas personas debían saber, y que se debatía entre hacerle confidencias o mantener su reserva.

También ella dudaba si quedarse más días y ver cuál de esas facetas prevalecía. Pero suponía que nunca llegaría a averiguarlo. Se marcharía pronto y siempre le quedaría la duda.

La llegada de Mario animó la velada. Pietro adoraba a su simpático tío, y Charlie, quizá percibiéndolo como un igual, se sintió inmediatamente cómodo con él. A ambos les entusiasmaba el fútbol y pasaron gran parte de la cena comparando los equipos ingleses y los italianos.

Pero cuando terminaron y fueron a la habitación contigua, Mario se sentó junto a Sally, diciéndole con picardía:

–¿Te importa que te imponga mi presencia?

–Intentaré soportarlo –dijo ella.

–Me alegro, porque quiero decirte una cosa. ¿Por qué mi hermano sospecha que he hecho algo malo?

–¿Se equivoca?

–Tengo que admitir que he metido la parta por hablar de más. Pero ahora me alegro. Si no, no te habría conocido –dijo Mario con coquetería.

–Yo también –dijo Sally. Y al ver que Mario la miraba halagado, añadió–: Eres el amigo ideal para Charlie.

–Ah, sí, Charlie. Es un chico muy agradable.

–¿Por qué crees que Damiano piensa mal de ti?

–Porque siempre lo ha hecho y porque ha tenido mucho éxito y espera lo mismo de mí. Pero eso es imposible.

–¿Los hoteles son su único negocio?

–Y la propiedad. Heredó una pequeña fortuna de su madre y la ha multiplicado en pocos años.

–¿Vendiendo y comprando propiedades en Venecia?

–Y en Roma, Florencia, Milán. No me puedo quejar. Solo somos hermanos por parte de padre, por eso yo no heredé. Pero fue honesto y me dio una parte de la herencia. Luego la invirtió por mí y he tenido ganancias. Aunque no soy rico, vivo con holgura.

–¡Qué suerte! –dijo Sally, riendo

–Tienes razón. Como te he dicho, Damiano es un gran hombre, y me encantan sus propiedades, sobre todo los hoteles.

–Sí, nosotros nos alojamos en el Billioni.

–Ese es uno de los más modestos. El mejor es el palacio Leonese,

aquí al lado.

«Así que Damiano es aún más importante de lo que sospechaba», pensó Sally.

Notó que le husmeaban las rodillas.

–Toby ha venido a darte las buenas noches –dijo Pietro–. Está dolido porque no le has hecho caso. Es culpa del tío Mario.

Sally abrazó al perro.

–Lo siento, Toby. ¿Me perdonas?

¡Guau!

–Prometo jugar contigo mañana.

¡Guau, guau!

–Y puede que yo también –dijo Mario.

¡Guau, guau, guau!

Sally bromeó, apuntando con el índice al perro y exclamando:

–¡No le digas esas cosas al tío Mario!

–No sería la primera vez –dijo este–. No le caigo bien.

–¿Hay alguien a quien sí? –dijo Damiano con sarcasmo, desde el otro extremo de la sala.

Todos estallaron en una carcajada y Sally vio que Damiano sonreía contento. Intercambiaron una mirada y Sally creyó ver que asentía con la cabeza antes decir a Pietro:

–Hora de irse a la cama.

–¡Papá!

–A la cama.

–No protestes –dijo Sally manteniendo el tono de broma–. Debes obedecer a tu padre sin rechistar, tal y como estoy segura que haces siempre.

–Eso sí que sería un milagro –dijo Damiano sonriente–. Vamos, a la cama.

Sally acompañó a Pietro para darle las buenas noches. Al volver, encontró a Charlie y Mario enfrascados en una conversación y decidió no interrumpirlos. Quería hablar con Damiano, pero lo oyó hablar por teléfono en su despacho y tuvo que reprimir un absurdo sentimiento de frustración.

Estaba ansiosa por averiguar más cosas sobre él, pero había otras maneras de conseguirlo. Fue a su dormitorio y lo buscó en Internet.

Una fotografía lo mostraba de pie, cruzado de brazos y mirando de frente a la cámara. El texto lo describía como un hombre decidido y firme. Había una lista de sus propiedades, incluido el palacio Leonese. Entrando en la página correspondiente, averiguó que originalmente había sido el palacio de un duque que se había visto obligado a venderlo al arruinarse. En el presente era un hotel de lujo, con teatro, salón de baile y una gran sala para bodas. Todos los años se organizaban allí bailes de Carnaval.

Un murmullo de risas la hizo aproximarse a la ventana a tiempo de ver a Charlie y a Mario caminando por el callejón.

«¡Almas gemelas!», pensó. «Al menos Charlie tiene un amigo que lo vigile. Este sería un buen lugar para nosotros dos».

Capítulo Cinco

Sally descubrió pronto que Mario era divertido y seductor.

–¿Cómo es que he tenido la suerte de coincidir contigo? – preguntó a la mañana siguiente, sentándose junto a ella en el desayuno.

–Charlie y yo tuvimos un accidente y tu hermano fue tan amable como para acogernos unos días.

–Espero que sean unas semanas –dijo Mario.

–Sally está enseñándome inglés –dijo Pietro–. Ahora sé palabras raras.

–¿Como cuál? –preguntó Mario.

–Petardo.

Mario rio y preguntó a Sally:

–¿Por qué se la has enseñado?

–Iba dirigida a Toby. Aunque tenga diez años se porta como un cachorro.

–Petardo, petardo, Toby es un petardo –dijo Pietro entre risas.

–Tú también –dijo Mario, revolviéndole el cabello–. Sally, veo que Pietro va a aprender mucho contigo.

–Seguro, tiene espíritu de institutriz –dijo Charlie, suspirando melodramáticamente–. No te imaginas la de veces que me llama bobalicón.

–¿Qué es eso? –preguntó Pietro.

–Es alguien que es un poco tonto y además, simple –dijo Sally–. ¿Qué palabra usaríais en italiano?

–Insignificante –dijo Damiano.

–Eso es –dijo Mario. Y alzando su vaso, añadió–: Por todos los petardos bobalicones.

Al alzar su vaso, Sally cruzó una mirada con Damiano y le pareció que articulaba con los labios: «gracias». Sonrió y de la misma manera, contestó: «un placer».

La conversación continuó animadamente y llegaron al tema del carnaval, que empezaría en unos días.

–Son dos semanas fantásticas, seguidas de la Cuaresma.

–Que es cuando la gente debe comportarse virtuosamente – recordó Sally.

–Así es. Por eso la gente aprovecha antes de que llegue – dijo Mario.

–¡Quiero ir con el tío a comprar máscaras! –dijo Pietro.

–¡Como tienes tan pocas! –bromeó Damiano.

–Ya las he usado todas –protestó Pietro–. Quiero una de mayor.

–¿Por qué no venís con nosotros? –preguntó Mario a Sally y a

Charlie–. Lo pasaremos en grande.

–Contad conmigo –dijo Charlie.

–Y conmigo –dijo Sally.

–¿No deberías descansar un poco más? –preguntó Charlie.

–Estoy perfectamente –dijo Sally. Y con la mirada indicó a su hermano que no pensaba perderlo de vista. Charlie hizo una mueca, aceptando el aviso.

–Nos iremos en cuanto acabemos de desayunar –dijo Mario.

–¡Yo tengo que ir al colegio! –protestó Pietro.

–Entonces iremos por la tarde –dijo Sally. Y todos estuvieron de acuerdo.

Después de desayunar, Damiano siguió a Sally fuera del comedor.

–Estás maquinando algo, ¿verdad? –preguntó.

–¿Yo? –preguntó Sally fingiendo inocencia. Pero añadió–: Quiero ir a recoger a Pietro al colegio por si puedo hacerme una idea de lo que está pasando.

–¿No debería ir yo contigo?

–¿Tú qué crees?

–Espero que me lo digas tú.

–¿Para que confirmes que soy una mandona?

Damiano tomó las manos de Sally.

–Estoy dispuesto a arriesgarme.

–Entonces no vengas. Te contaré lo que averigüe y decidiremos el siguiente paso.

–Como quieras –dijo Damiano con un aire sumiso que no engañó a Sally.

–¿Por qué no vienes a comprar una máscara?

–No sé si es una buena idea. Tengo ya bastantes personalidades como para crear más confusión –Damiano bajó la voz y añadió–: Pero estoy deseando ver la que eliges tú.

–Quizá no me compre ninguna. No creo que me disfrace.

Damiano sacudió la cabeza.

–Dudo que puedas resistirte un vez veas la variedad de disfraces que hay y las distintas personalidades que te ofrecen.

–Veremos quién acierta –dijo Sally.

–Yo siempre tengo razón –bromeó Damiano.

–Yo también –dijo Sally.

–Eso demuestra que tenemos mucho en común. Recuerdo que la primera noche me dijiste que no te conocías bien.

–Es verdad, tengo la sensación de ser muchas personas. Tiene que ver con ser actriz.

–Creía que eras contable.

–Y lo soy. La interpretación no es más que un hobby. Me gusta porque me da libertad.

–La libertad de ser otra persona –dijo Damiano.

–Así es. A veces es aburrido ser la misma.

–¿Y cuántas quieres ser?

–Depende. Siento que hay tres versiones de mí. La contable es severa y sensata, pero en mi interior hay alguien que secretamente quiere cometer locuras.

–¿Solo secretamente?

–De vez en cuando se escapa. Tengo la impresión de llevar siempre una máscara. Soy pragmática en la superficie, pero la gente se sorprendería de cómo soy por dentro.

–Si es así, has venido al sitio adecuado. Venecia es una ciudad con muchas máscaras. Tienes que encontrar la que te va bien. O puede que sea más de una.

–Supongo que todos cambiamos de máscara según con quien estemos –reflexionó Sally.

–Y algunas nos gustan más que otras.

Sally tuvo una revelación.

–Y cuando encontramos nuestra favorita, descubrimos quién somos realmente.

Damiano asintió con la cabeza.

–Iba a decir eso mismo. ¡Qué bien nos entendemos! Ahora he de trabajar. Pasadlo bien –dijo, y entró en el despacho.

Al pasar junto a comedor, Sally oyó discutir a Mario y a Pietro, y se asomó para ver qué pasaba. Pietro, sujetaba la correa de Toby.

–Él también quiere una máscara –dijo el niño con vehemencia–. Podemos llevarlo con nosotros.

–Ni habar. Acuérdate cómo se portó la última vez. Dámelo y vete al colegio.

Pietro obedeció a regañadientes.

–Odio negarle algo –dijo Mario–. Siento tanta pena por él por lo que hizo Imelda... ¿Te lo han contado?

–¿Era la madrastra de Pietro? Sé que lo abandonó.

–Era un monstruo, y acabó yéndose con otro hombre.

–¿Fue infiel a Damiano?

–Desde luego. Más de una vez.

–¿Él lo sabía?

–Sí. Si no se divorció de ella fue por Pietro. Pero no le digas que te lo he dicho.

–Lo prometo.

–Le dijo que se había quedado embarazada, pero en cuanto se casaron anunció que «había sido un error». Para entonces, ya tenía lo que quería.

–¿Y qué pasó?

Mario miró a su alrededor para asegurarse de que no podían oírlos,

antes de decir:

–Damiano solo ha amado a Gina.

–¡Pero murió hace mucho tiempo! ¿No crees que…?

–Sí, lo normal sería que se le hubiera pasado, pero no es así. En una ocasión le pregunté sobre ello y me dijo que jamás volvería a amar porque nada podría compararse con la perfección que había alcanzado con ella. Imelda jugó el papel de madre un tiempo, pero siempre tuvo celos de Gina, y terminó trasladando los celos a Pietro, por ser su hijo. Empezó a tratarlo mal y, finalmente, lo abandonó. Damiano se enfureció tanto que en lugar de divorciarse de ella, anuló el matrimonio. La borró de su vida. Es lo que hace con la gente que le ofende.

–Me lo imagino –musitó Sally.

A media tarde, Sally, Charlie y Mario salieron.

–El colegio de Pietro está cerca –comentó Mario–. Deben estar a punto de salir.

Sally cruzó los dedos para que Pietro no hubiera tenido ningún problema. Al verlo en la entrada, saludándolos sonriente, supo que sus ruegos habían sido escuchados. Desde unos metros de distancia, un grupo de niños lo observaban con cierto nerviosismo.

–Ese es Renzo –dijo Pietro, señalando.

–¿Por qué parece tan enfadado?

–Porque le he dado una lección –dijo Pietro, animado.

–¿Cómo?

–Llamándolo «petardo bobalicón». Los demás se han reído porque no sabía lo que significaba y se lo han llamado varias veces a coro. Se ha puesto furioso.

–Bien hecho –dijo Sally–. Así se trata a los matones.

Al marcharse, Pietro saludó al grupo y la mayoría de los chicos le devolvieron el saludo.

Recorrieron los estrechos callejones en un ambiente animado hasta que llegaron a las tiendas que ofrecían deslumbrantes máscaras y espectaculares vestidos.

Sally había leído que el Carnaval se remontaba al siglo XII, cuando Venecia luchaba contra un estado invasor. Para celebrar la victoria, hicieron una fiesta en la plaza de San Marcos, y siguieron celebrándola anualmente hasta que otro estado la conquistó y prohibió el Carnaval y el uso de máscaras.

–Por eso las máscaras son tan importantes –explicó Mario–. Los conquistadores las temían porque les impedía identificarnos. Si puedes ocultar quién eres, tienes mucha más libertad para defenderte.

–Libertad para ser quién eres de verdad –musitó Sally.

–Si es que sabes quién eres –dijo Mario–. O puede que la máscara ayude a descubrirlo –Y vuestros enemigos no querían que eso sucediera –dijo Sally.

–Así es. Por eso prohibieron el Carnaval. Solo se recuperó hace cuarenta años. Los cínicos dicen que no es más que una atracción para los turistas, pero es el símbolo de nuestra victoria y de nuestro orgullo como venecianos.

Sally estudió las máscaras sorprendido por la enorme variedad que había.

–¡No sé cuál elegir!

–Tienes que comprar una media máscara para acentuar tu belleza –dijo Mario.

Sally estuvo a punto de preguntar «¿qué belleza?». Mario le tendió una para que se la probara. Se trataba de una media máscara que cubría solo los ojos, la nariz y los pómulos, dejando la boca libre. La parte superior estaba decorada con flores y plumas.

Se miró en un espejo y le asombró encontrarse con una hermosa mujer que la miraba. Pero, ¿era realmente ella? Se quitó la máscara y, al mirar a su alrededor, se quedó paralizada.

–¿Qué son todas esas caras blancas? –preguntó.

Mario tomó una de ellas. Se trataba de una máscara completamente blanca, excepto por la boca, cerrada, que estaba pintada de rojo. Solo quedaba un hueco para los ojos. –Estas máscaras tienen dos nombres –explicó Mario–. Uno es volto, que en italiano quiere decir «cara». El otro es larva, que es el nombre en latín de «fantasma».

–¡Qué apropiado! –dijo Sally, inspeccionándolas con curiosidad–. Parecen el rostro de un muerto.

–Son populares porque es imposible saber quién está detrás. Son muy útiles si no quieres ser reconocida –dijo Mario con picardía.

–¿Qué crees que voy a hacer?

–Lo mismo que todo el mundo. No te ofendas.

–No me ofendo, pero ándate con ojo, descarado.

–Sí, señora –dijo Mario, sonriendo.

Cuando Sally volvió a ponerse la máscara, él la miró con abierta admiración. Impulsivamente, Sally se la quitó y se puso una de las blancas. Si la primera le proporcionaba un glamour del que carecía, la fantasmal ocultaba su personalidad completamente.

–Voy a comprar las dos –dijo.

Charlie y Pietro recorrían la tienda, entusiasmados. Pietro eligió una máscara extravagante con una nariz enorme. Charlie, dos máscaras y dos disfraces. Tras pagar, Sally señaló la puerta.

–Fuera.

–Pero también quiero…

–¡Fuera!

–Mandona.

–Todas las mujeres lo son –dijo Mario, divertido–. El truco está en ponerte de su lado.

Guiñó un ojo a Sally y esta rio. Era imposible no dejarse llevar por su encantadora personalidad.

–¿Vas a comprar un disfraz? –preguntó él–. Damiano va a dar una fiesta en el hotel. Di que vendrás conmigo, anda, dilo.

–Está bien. ¿Qué tipo de disfraz necesito?

–Basta con que sea un vestido largo.

Sally encontró lo que quería casi de inmediato. Era un vestido de satén azul, con una larga falda que comenzaba justo después del busto.

–Perezco una heroína de la Regencia –dijo, satisfecha con la elegante austeridad que le proporcionaba.

Aquella tarde, Mario y Pietro mostraron sus máscaras durante la cena.

–¿No te parece que es excesiva para ti? –preguntó Damiano, mirando la máscara de Pietro, que parecía una gárgola.

–Ayer lo habría sido –explicó Sally–. Pero hoy realza al nuevo Pietro, el héroe del día.

Damiano observó a su hijo y notó en él un aire triunfal.

–Cuéntame, ¿has luchado con un león?

–No, con un matón –dijo Sally–. No con puños, sino con palabras, que son mucho más efectivas. Hay un chico en el colegio que le ha estado causando problemas, pero a partir de hoy va a tener mucho más cuidado.

–¿Qué tipo de problemas? –preguntó Damiano a Pietro, fingiendo no saber nada.

–Renzo se reía de mí –explicó Pietro, encantado de contárselo a su padre al poder presentarlo como una victoria–. Y los otros lo imitaban. Pero hoy le he llamado petardo bobalicón y no lo ha entendido.

–Pietro ha tomado a su enemigo por sorpresa, como debe hacerse –dijo Sally.

–Así es –confirmó Damiano.

Sally lo miró con complicidad, dándole a entender que aprovechara la oportunidad para hablar con su hijo. Damiano pareció entenderla, porque continuó:

–Ese Renzo me recuerda a algunos chicos cuando yo tenía tu edad. Ridiculizarlos es lo mejor para bajarles los humos. Bien hecho, hijo. Estoy orgulloso de ti.

Aunque Pietro no contestó, la forma en que miró a Damiano fue más expresiva que cualquier comentario. Ganarse el orgullo y respeto de su padre le causaba una felicidad que hacía centellear sus ojos.

Damiano, por su parte, no pudo disimular su emoción.

–Voy a acostarme temprano –dijo Sally–. Necesito descansar. Buenas noches a todos.

Antes de llegar al pie de la escalera, oyó a Damiano a su espalda.

–Sally, espera.

Al volverse, vio que se acercaba con el rostro iluminado.

Damiano posó una mano en su brazo como si temiera que fuera a irse.

–¿Acaso eres una maga? –preguntó él–. Estaba volviéndome loco pensando en cómo resolver lo de Pietro, pero tú solo has tenido que sacudir tu varita mágica para arreglarlo.

–No creas. Renzo volverá a la carga en cuanto se recupere.

–Pero Pietro podrá enfrentarse a él, gracias a ti.

–Y a ti. ¿Has visto su cara cuando lo has halagado? Hoy has dado un paso de gigante hacia él.

–Gracias a ti. No entiendo por qué te has ido. Debías disfrutar de tu victoria.

–No. Esto es algo entre Pietro y tú. Es hora de que me retire.

–¿Retirarte? ¿A Inglaterra? –preguntó Damiano, desconcertado.

–No. Me refiero a que es un momento para vosotros dos y yo no debo estar en medio.

–Pero en algún momento volverás a Inglaterra –dijo Damiano como si pensara en alto.

–¿Es tu manera de decirme que ya me he quedado demasiado tiempo? –preguntó Sally en broma.

–Por supuesto que no. Cuanto más te quedes, mejor.

–Si sigues así, vas a acabar ofreciéndome un trabajo.

Damiano miró a Sally en silencio.

–Puede que sí –dijo finalmente.

–¿Crees que sería una buena institutriz?

Damiano la observó de nuevo en silencio antes de decir:

–Creo que harías bien cualquier cosa que te propusieras.

–Me siento halagada. Ahora deberías volver junto a Pietro porque estoy segura de que tiene muchas cosas que contarte. Y puede que tú a él también.

–He dicho que harías bien cualquier cosa y acabas de demostrarlo.

–Vuelve con Pietro –repitió Sally–. Y no digas que soy una pesada porque ya lo sé. Y me resulta muy útil.

Damiano sonrió.

–Estoy seguro de que es un arma que utilizas siempre que te conviene.

–Hago lo que quiero cuando me conviene. ¿Tú no?

–Desde luego. Buenas noches, querida amiga.

–Buenas noches –dijo Sally. Y subió precipitadamente. Algo en la calidez y la ternura de la sonrisa de Damiano hizo que necesitara alejarse de él con urgencia.

De soslayo, vio que él la observaba desde el pie de la escalera, y que en lugar de sonreír, fruncía el ceño con consternación.

A Sally le costaba imaginar que Damiano se sintiera confuso, pero aun así, aquella expresión quedó grabada en su mente y la mantuvo despierta parte de la noche.

Al día siguiente, Damiano dijo:

–Sally, eres la única que no me ha enseñado su máscara.

–No se la enseñes –dijo Mario–. Sorpréndelo.

–Eso pensaba hacer –dijo Sally.

–No por mucho tiempo –dijo Damiano–. Esta noche hay un baile de máscaras en el hotel al que espero que acudas.

–No faltará –dijo Mario, tomando a Sally por la cintura–. Me ha prometido acudir conmigo de acompañante.

–Ya veo –dijo Damiano con sorna–. Me pregunto cómo le has arrancado esa promesa.

–Usando mis encantos, por supuesto.

–¿De verdad? –dijo Sally, siguiendo la broma con expresión de inocencia.

–Avísame si quieres que te proteja de mi hermano –dijo Damiano.

–Gracias, pero puedo cuidar de mí misma –dijo Sally, sonriendo.

–¿Puedo ir al baile? –preguntó Pietro, excitado.

–Solo una hora –contestó Damiano–. Luego tendrás que ir a la cama.

–Estoy deseando ir –dijo Sally.

Era verdad. La vida le estaba proporcionando nuevas experiencias, y Sally se entregaba a ellas con entusiasmo. Pasó las siguientes horas arreglándose para la noche.

Confirmó que las máscaras permitían experimentar con distintas personalidades. El espectacular vestido, la exótica máscara con plumas y lentejuelas, no tenían nada que ver con ella y, sin embargo, las llevaba con toda naturalidad, como si siempre le hubieran pertenecido. La única parte de sí misma genuina que quedaba a la vista era su boca, y esta de pronto parecía la de una mujer hermosa. Se sonrió en el espejo y murmuró:

–No te conozco, pero eres yo y yo soy tú, y creo que nos vamos a llevar bien.

Llamaron a la puerta.

–Soy yo –dijo Mario. Llevaba un elegante traje de terciopelo marrón oscuro, con una media máscara de león. Gruñó alzando las

manos como garras.

–¡Qué miedo! –dijo Sally, riendo.

–Espero no asustarte.

–No es fácil hacerlo.

–Por eso puedes manejar a Damiano. Lo normal es que de miedo.

–Supongo que debe ser difícil tenerlo de jefe.

–¿Te ha ofrecido trabajo?

–Ha insinuado que sería una buena institutriz para Pietro.

–¿Institutriz? Está loco. Siempre lo ve todo desde el puno de vista de Pietro. No le hagas caso.

–No pensaba hacerlo. Hoy solo quiero pasarlo bien.

–Esa es la actitud. Vayámonos.

Damiano y Charlie los esperaban en el piso bajo. Damiano vestía un elegante traje del siglo XVIII en terciopelo negro. Pietro apareció vestido de monstruo.

–Vamos a exhibirte –dijo Sally, tomándole la mano y llevándolo a la cocina, donde Nora y el resto del servicio le aplaudieron.

Los hombres los siguieron con la mirada hasta la cocina.

–¡Caramba! –exclamó Mario, lleno de admiración, sin apartar la mirada de Sally. Cuando desapareció tras la puerta, preguntó a Charlie–. Seguro que eres su hermano, ¿no?

–Claro.

–Así que no sois... pareja, ¿verdad?

–¿Bromeas? –Exclamó Charlie–. Si no fuera mi hermana, me pondría nervioso.

–¿Por qué? Es fantástica.

–Es una mujer de negocios; su vida gira en torno a los números. Todas sus decisiones son sensatas.

–¿Qué tiene de malo ser sensato? –preguntó Damiano.

–Depende de para qué –dijo Charlie.

–¿Y cómo es con los hombres? –preguntó Mario.

–Desconfía de ellos y los trata con frialdad –Charlie sonrió–: Así que si estás pensando lo que creo que estás pensando, luego no digas que no te he avisado. Es una chica dura.

–Supongo que habrá habido excepciones –dijo Mario.

Charlie hizo una mueca.

–Sé que hubo un hombre, pero no tengo detalles de lo que pasó. El caso es que rompieron. Creo que lo encontró con otra y eso la ha hecho aún más «sensata». Le he oído decir que el amor verdadero no existe.

–Yo mismo he dicho eso muchas veces.

–Sí, pero ¿a cuántas mujeres se lo has oído decir?

Mario sonrió.

–Tienes razón. Eso la convierte en un reto.

Un ruido en la cocina indicó que Sally volvía con Pietro. Charlie fue a su encuentro, riendo, y cuando no podía oírlos, Damiano dijo a Mario:

–Si no me equivoco nunca has podido resistirte a un reto.

–Algunos son más interesantes que otros. Este es especial.

–Ándate con cuidado. Sally te queda grande.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque la conozco.

–Si fuera así, no pensarías en ella como una posible institutriz.

–¿Eso es lo que te ha dicho? –preguntó Damiano con aspereza.

–Me ha dicho que has insinuado que podrías emplearla para Pietro. Quieres que se quede, ¿verdad?

–Pero no en ese papel –dijo Damiano en voz baja. Luego alzó la voz y dijo–: ¿Todo el mundo listo?

Capítulo Seis

Entraron en el hotel por una puerta secreta en el despacho de Damiano que daba acceso al salón de baile, donde fueron recibidos con gritos de alegría.

La sala estaba profusamente iluminada y llena de personajes con máscaras dramáticas. Mario tomó a Sally por la cintura y la llevó hasta la pista. Era un gran bailarín y Sally se sintió más ligera y grácil que nunca. No le faltaron parejas. Varios amigos de Mario exigieron ser presentados y le pidieron que bailara con ellos. El único que no se acercó fue Damiano.

–No suele bailar en estas ocasiones –dijo Mario–. Tiene que ocuparse de los invitados, o al menos esa es su excusa.

Pasaron al lado de Damiano, que los observaba atentamente. Mario lo saludó con la mano y él respondió con una inclinación de cabeza que desilusionó a Sally.

Cuando terminó el vals, vio que Pietro y Damiano discutían y fue hacia ellos.

–He dicho que después de una hora tendrías que irte a la cama –oyó decir a Damiano.

–No quiero –dijo el niño, enfurruñado.

–Pero tienes que descansar para estar en plena forma para el Carnaval –dijo Sally–. Vamos, yo te acompaño.

Pietro le tomó la mano sin protestar y volvieron a casa. Damiano los acompañó hasta las escaleras y se detuvo. El sonido de cantos y risas lo llevó hacia la ventana.

–Alguien lo está pasando en grande –comentó. En el canal vieron varias góndolas deslizándose sobre el agua. Dirigiéndose a Sally, añadió–. Todavía no has ido en góndola, ¿verdad?

–No, estoy deseándolo.

–¡Qué mejor momento que el presente! Pietro, ¿te importa decirle a Nora que te ayude a acostarte para que pueda llevar a Sally de paseo?

Sally pensó que Pietro protestaría, pero asintió entusiasmado, evidentemente contento con la idea de que se fueran juntos.

–¿No deberías volver al baile? –preguntó Sally.

–Ya he cumplido con mi deber. Ahora quiero pasarlo bien.

A Pietro debió parecerle una buena idea, porque abrazó a Sally y subió corriendo las escaleras.

Damiano entró en su despacho y volvió con una chaqueta abrigada que puso sobre los hombros de Sally diciendo:

–No quiero que te enfríes.

–¿Encontraremos un gondolero?
–Tengo uno que está siempre disponible.
Era evidente que Damiano había dado la orden, ya que para cuando salieron del edificio la góndola los estaba esperando. Damiano ayudó a subir a Sally, y en cuanto se acomodaron, partieron.
En primer lugar recorrieron el Gran Canal, lleno de vida y luces a pesar de lo avanzado de la hora. La ciudad vibraba con la anticipación de los días por venir. Se oía música y risas por todas partes, y cuando Sally alzó la mirada hacia el cielo estrellado, se sintió embargada por una de las sensaciones más maravillosas que había experimentado en su vida.
No se daba cuenta de que Damiano la observaba, pensativo. Los sucesos de los días precedentes lo habían sorprendido en más de una ocasión, y lo habían empujado hacia una decisión que no pensaba haber tomado nunca. Aquella noche, al ver girar a Sally en brazos de su hermano había llegado a la conclusión de que debía dar el paso.
Al pasar por debajo del puente Rialto, Sally dejó escapar un suspiro de felicidad y al inclinarse hacia atrás, sintió el brazo de Damiano sobre sus hombros.
–Te envidio –dijo él–. Descubrir Venecia es una experiencia que nunca se olvida.
–¡Desde luego! –dijo ella con otro suspiro–. Pienso volver a menudo.
Damiano guardó silencio. Se aproximaban a San Marcos y la góndola tomó el canal lateral que los llevaba al hotel. Cuando ya estaban cerca, Damiano preguntó:
–¿Estás segura de que tienes que marcharte?
–Tengo que volver a mi trabajo.
–¿Por qué, si tienes una vida nueva ante ti?
–¿Tú crees? Yo no lo veo así.
Habían llegado a las escaleras en las que iban a desembarcar. Damiano la ayudó a bajar y avanzaron por el estrecho callejón.
–¿De verdad no lo entiendes? –preguntó él–. ¿No notas cuánto te necesita Pietro? ¿Ahora que eres tan importante para él vas a abandonarlo?
–Claro que no. Le escribiré desde Inglaterra y vendré a visitarlo.
–No es suficiente. Te quiere como madre.
–Pero no lo soy.
Damiano se detuvo y la miró de frente.
–Podrías serlo si nos casáramos.
Sally lo miró atónita, pensando que había oído mal. Damiano la miraba fijamente.
–Esa es una broma de mal gusto –dijo con voz trémula.
–No es una broma. Mi hijo ha perdido a dos madres.

Perderte lo destrozaría.

–Entonces, ¿por qué has dejado que se apegara tanto a mí?

–No habría podido impedirlo. Lo comprendí el día que fui a tu habitación y lo encontré en tus brazos. Fue a refugiarse en ti porque supo instintivamente que eras lo que quería. Tampoco he planeado lo que has hecho para que se enfrentara al chico que lo maltrataba, ni la forma en que me has ayudado a estrechar lazos con él. Ha estado todo en tus manos, no en las mías.

–Pero el matrimonio... No puedes hablar en serio.

–Sé que nos conocemos solo desde hace unos días, pero a veces eso es suficiente. Enseguida me di cuenta de que encajabas aquí perfectamente. Y no me refiero solo a Pietro. Eres justo lo que necesitamos.

–Lo que necesitas tú –musitó Sally.

–Y Pietro

–¿Y mis necesidades no se tienen en cuenta?

–Claro que sí. Tú necesitas una vida que no esté dominada por el temor de que a Charlie le pase algo. Y sabes que yo puedo dártela. Se quedará con nosotros y trabajará para mí, así podré vigilarlo.

–¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Te ofreces a asumir la responsabilidad de mi vida... –Es lo normal cuando uno se casa.

–En un matrimonio normal ese es un sentimiento recíproco, pero tú no vas a dejar que me ocupe de tu vida.

Para sorpresa de Sally, Damiano reflexionó antes de decir:

–Puede que no, al menos conscientemente. Pero eres una mujer tan inteligente que sabrás hacerlo sin que me entere.

–Si eso llegara a pasar, no lo soportarías.

–Puede que sí o puede que no. Dependería de las tácticas que usaras.

–¡No sigas! Estás intentando meterte en mi mente y manipularla.

–No estoy en tu mente, Sally, pero confío en llegar a estarlo algún día. Estoy seguro de que es un lugar fascinante.

Sally pensó que Damiano bromeaba para desarmarla. Y estaba a punto de conseguirlo. Pero podía oír sirenas de alarma en su interior. Damiano era todo lo que una mujer podía desear. Era atractivo y encantador. Pero no estaba dispuesta a caer víctima de unos sentimientos que podían anularla. Dio un paso atrás.

–Sally…

–Estoy hablando en serio. Me siento halagada por la oferta, pero no puedes disponer de mí a tu conveniencia.

Damiano alargó la mano hacia ella, pero Sally dio media vuelta y se alejó. Él la observó a la vez que intentaba dominar la agitación que sentía. Y recordó las palabras de Charlie: «su vida gira en torno a los números. Todas sus decisiones son sensatas... Desconfía de los

hombres y los trata con frialdad… Le he oído decir que el amor verdadero no existe».

Intuía que la opinión de Charlie, aunque inmadura, era en parte verdad, y sospechaba que no había elegido la mejor forma de hacer aquella propuesta a Sally. Pero no había sido capaz de encontrar las palabras adecuadas.

–Sally –gritó–. Vuelve.

Ella se giró lentamente y caminó hacia él. Entonces vio algo que la perturbó. Pietro los estaba observando desde el balcón, con los ojos exorbitados y el rostro en tensión.

–Oh, no –susurró.

Damiano tomó aire bruscamente y dijo en voz baja.

–Tiene miedo de que estemos discutiendo. Después de lo que pasó, no puede soportar las peleas.

–¿Quieres decir…?

–Imelda. Tuvimos unas cuantas escenas desagradables y Pietro vio más de una. No quiero hacerle daño –tomó la mano de Sally–. No me rechaces. Aproxímate.

Sally obedeció y vio en el rostro de Damiano una tensión igual a la de su hijo.

–Sonríe –dijo él.

–En la oscuridad no va a ver si sonrío o si estoy enfadada.

–Tienes razón. Tenemos que hacer algo que pueda ver – Damiano la rodeó por la cintura–. Apoya la cabeza en mi hombro –susurró.

Ella lo hizo a la vez que seguía mirando a Pietro de reojo. Este seguía observándolos y Sally pensó que parecía más relajado.

–Rodéame con los brazos. Tiene que resultar convincente.

Sally volvió a obedecer a la vez que notaba que la cabeza le daba vueltas. Podía oír el acelerado latir del corazón de Damiano, igual que el suyo. Quería huir y volver a un lugar en el que se sintiera segura, donde mantuviera el control de su vida; pero al mismo tiempo, quería permanecer así el resto de su vida, no escapar jamás.

El calor de los brazos de Damiano resultaba reconfortante y acogedor. ¿Cómo había podido llegar a enfadarse con él?

–¿Todavía puedes ver a Pietro? –preguntó él.

Sally alzó la mirada.

–Sí, sigue ahí, observándonos.

–Mírame –susurró Damiano.

Sally lo hizo y descubrió sus labios cerca de los de ella.

–Tiene que ser feliz por nosotros –dijo él con dulzura, acariciándole el rostro con su aliento–. Ayúdame a hacerle feliz, Sally. Di que sí.

–Pero…

–Dilo por él…

–Está bien. Sí.

Damiano agachó la cabeza lentamente y le rozó los labios. No fue un beso apasionado, solo un gesto de cara al niño. Sally reprimió el impulso de estrecharse contra él y pedirle más. Damiano alzó la cabeza, pero ella siguió sintiendo la huella de sus labios. Se separó pausadamente de él, mirando hacia Pietro. Había desaparecido.

Sally intentó recuperar el control de su mente, pero el beso de Damiano había despertado su cuerpo, que le susurraba que los pensamientos racionales eran irrelevantes. Solo importaba la ternura que la invadía y que amenazaba con destruir el sentido común que siempre había regido su vida.

–No –musitó–. No.

–Has accedido –le recordó Damiano.

–He accedido a hacer feliz a Pietro, pero no a casarme contigo. Deja de acorralarme.

–Di que sí.

–Ya te he dado mi respuesta.

Los ojos de Damiano le indicaron que la sentía temblar en sus brazos y que sabía el poder que ejercía sobre ella. Ya nada sería igual. Él la besaría apasionadamente y la anularía. Sally se puso en guardia con una mezcla de miedo, de rabia y de deseo.

–Está bien. Necesitas tiempo para pensar, Y quizá yo también –dijo Damiano.

–¿Qué-qué has dicho? –balbuceó ella.

–Se trata de una decisión importante que no puede tomarse de improviso. Eres una mujer de negocios y supongo que quieres valorar las ventajas y los inconvenientes. Hablaremos más tarde.

Sally se quedó desconcertada. Se había preparado para un ataque apasionado y se encontraba con que Damiano adoptaba una actitud racional. Habría querido abofetearlo.

Cayó una gota de lluvia.

–Entremos –dijo Damiano, conduciéndola hacia la puerta de la casa.

Sally había asumido que Pietro los estaría esperando, pero no fue así.

–Qué tacto –comentó Damiano–. Nos ha dejado solos para que hagamos… lo que queramos.

Sally pensó que debía marcharse de Venecia. No soportaba la idea de hacer daño a Pietro, pero era mejor no darle esperanzas. Sin embargo, otra voz la animaba a casarse con Damiano y a concentrarse en conquistar su amor.

–Has visto la cara de Pietro –insistió Damiano–. Imagina lo que significaría perderte.

–Lo sé, lo sé –dijo ella, desesperada–. Quieres lo mejor para él,

pero ¿cómo puedes estar seguro? ¿No te casaste por segunda vez por él y fue un fracaso?

–Eso fue un terrible error –dijo Damiano–. Pero te he observado con Pietro y sé que le haces feliz. Transformarías su vida. A cambio, yo protegeré a tu hermano.

–Charlie está madurando y pronto cuidará de sí mismo.

–¿Pronto? ¿Dentro de diez años? Si se queda aquí estará a salvo. ¿Puedes asegurar tú su seguridad?

–No –musitó Sally–. ¿Pero podemos basar un matrimonio solo en eso?

Damiano la miró con expresión retadora, recordándole en silencio cómo había temblado en sus brazos.

–Si queremos, podemos hacer que funcione. Te doy mi palabra de que seré fiel. Siempre cumplo mi palabra.

–Como buen hombre de negocios.

–Las mismas reglas sirven para la vida real –dijo Damiano–. Tú eres contable y deberías saberlo. Si alguien es honesto y digno de confianza para llevar tus cuentas, también lo es en otros ámbitos.

Sally se sentía sumida en una total confusión, y rezó para tener una revelación divina.

Pero no la hubo. Estaba en sus manos tomar una decisión. Damiano le había recordado que tenía una visión muy clara de la vida y, sin embargo, en aquel momento la tenía borrosa y no sabía qué dirección tomar. Un camino tortuoso se abría a su paso, tentador, peligroso, prometedor. Y al final siempre aparecía Damiano, con los brazos tendidos hacia ella.

–Di que sí –dijo él–. Di que te casarás conmigo, Sally, sabes que debes hacerlo.

–Yo-yo no... No puedo…

–¡Sally, Sally! –gritó súbitamente Pietro desde lo alto de la escalera–. Es tu móvil. No deja de sonar.

–Gracias, ya voy.

–Déjalo sonar –dijo Damiano –No, tengo que contestar.

Sally necesitaba escapar de la poderosa capacidad de Damiano de sumirla en la confusión. Corrió arriba y al contestar oyó una voz masculina.

–Sally, soy Jim.

Jim era el amigo que la había animado a solicitar el puesto de trabajo, y en cualquier otra ocasión, Sally habría estado encantada de oír su voz. –Jim, lo siento pero…

–Es solo un momento. Tengo buenas noticias. El trabajo es prácticamente tuyo. Deberías volver lo antes posible.

–No puedo.

–Súbete en el primer avión. Es tu gran oportunidad.

Sally tomó aire y al volver la cabeza hacia un lado vio que Damiano la observaba desde la puerta.

–No puedo –dijo de nuevo.

–¿Por qué no?

–Porque..., porque estoy pensando en casarme –las palabras escaparon de la boca de Sally por sí mismas, como si las hubiera hecho brotar la mirada de Damiano–. Jim, ¿sigues ahí?

–Sí. Estoy intentando asimilar la noticia. ¿Casarte, tú?

–¿Tan increíble te parece?

–Sí, especialmente cuando una de las empresas más importantes de Londres te ofrece un trabajo. Es la gran oportunidad que siempre has esperado. Puede que no vuelva a presentarse.

«Oportunidad que siempre has esperado», le repitió a Sally una vocecita interior. «No vuelva a presentarse».

–¿Sally? ¿Me escuchas? Si no vuelves, siempre te arrepentirás.

–Siempre –musitó Sally.

Damiano seguía observándola. Se miraron y Sally se sintió envuelta en un silencio que resonaba en el universo.

–Sally, ¿sigues ahí? –preguntó Jim con impaciencia.

–Sí, estoy aquí. Y ten-tengo que decirte que me voy a quedar. Adiós.

Al tiempo que apagaba el teléfono, Damiano posó las manos en sus hombros.

–No me lo esperaba –dijo él.

–Yo tampoco. Pero de pronto me ha parecido... inevitable. Y no sé por qué.

Una nueva personalidad la había invadido, con una voluntad férrea a la que había tenido que sucumbir. Y aunque llevaba una máscara distinta, eran sus ojos los que miraban a un mundo súbitamente transformado.

–Yo sí. Porque es cierto que es inevitable, no finjas no comprenderlo. Hemos estado sintonizados desde el primer instante. Encajas con Pietro, conmigo, con todo. ¿Puedes negarlo?

–No –dijo Sally–. Incluso la primera noche sentí que nos entendíamos perfectamente.

–Y así fue.

–Sobre algunos temas.

–Sabes que tengo una personalidad maquinadora, pero tú siempre estarás un paso por delante. Yo te tengo más miedo del que tú puedas tenerme nunca.

Sally observó a Damiano.

–Eso suena como una buena base para un matrimonio. Reconozco que podría arriesgarme.

–Me alegro. Además, tengo la virtud de mantener mi palabra. Y te

aseguro que de este matrimonio saldrás ganando.

–Te creo.

Damiano se inclinó hacia ella y Sally se abrazó a su cuello, esperando un apasionado beso. Pero él se limitó a besarla en la mejilla antes de dar un paso atrás.

–Tenemos que recorrer un largo camino –dijo en voz baja–.

Y nos llevará un tiempo. Hay cosas que pueden esperar a que estés lista.

Sally lo entendió: no habría pasión entre ellos hasta que Damiano estuviera seguro de que era suya. Y quizá tenía razón. Aunque la excitaba más de lo que le habría gustado admitir, prefería guardarse esa información para sí. Damiano había dicho que ella siempre iría un paso por delante de él y Sally pensaba mantenerse así. Al menos por un tiempo.

Capítulo Siete

Sally pensó que recordaría el resto de su vida la cara de Pietro cuando Damiano le dijo:

–¿Te gustaría que Sally se quedara con nosotros para siempre?

–¿Para siempre? –preguntó Pietro, atónito

–Para siempre –repitió Damiano–. Pregúntaselo a ella.

Sally se puso en cuclillas para ponerse a su altura.

–Me voy a quedar todo el tiempo que quieras –dijo.

–Para siempre jamás –dijo Pietro.

–Ese será el tiempo que me quede.

Pietro la miró con incredulidad.

–¿Y serás mi mamá?

–Si tú quieres, sí.

–Vamos a casarnos –dijo Damiano.

El grito de alegría de Pietro atravesó el techo, y en una fracción de segundo se abrazaba a Sally con tanta fuerza que casi le cortó la respiración. Ella le devolvió el abrazo, emocionada por su reacción.

La alegría se duplicó cuando Damiano se agachó y abrazó a ambos. Po unos instantes los tres permanecieron así, como la familia que querían ser.

–¿Cuándo será la boda? –preguntó Pietro cuando se separaron–. ¿Mañana?

–Me temo que no –dijo Damiano. Ante la cara de desilusión de Pietro, explicó–: Sally tiene que conseguir unos papeles de Inglaterra. Pero no te preocupes, no la dejaremos ir.

–Claro. Ahora es nuestra –dijo Pietro.

–Y de Toby –bromeó Sally.

–¡Voy a ir a contárselo! –dijo Pietro. Y salió corriendo.

–Es maravilloso verlo tan contento –dijo Sally cuando ya no podía oírlos–. ¿Qué papeles debo solicitar?

–Tu partida de nacimiento y un documento que certifique que estás soltera. Los enviarán a la embajada italiana para que los traduzcan y luego nos los mandarán a nosotros.

–Lo mejor será que vaya lo antes posible.

–No es necesario –dijo Damiano–. Tengo un abogado en Londres que puede ocuparse de todo.

–Pero...

–He dicho que no. Aquí tienes que hacer muchas cosas.

Sally refunfuñó.

–Así que temes que no vuelva. ¿Tan poco confías en mí? –Confío en ti plenamente. Pero podría pasar algo que te retuviera. Mira –

señaló la ventana, desde la que se veía a Pietro hablar animadamente con Toby–. Nunca lo había visto tan feliz. No quiero que pase por la angustia de creer que no vas a volver –miró a Sally fijamente–. ¿Y tú?

–Tampoco –dijo Sally dando un suspiro–. No lo había pensado.

–Si me das los detalles, contactaré con mi abogado ahora mismo.

A partir de ese momento los acontecimientos se aceleraron. Damiano mandó un correo a su abogado, que aquella misma noche llamó diciendo que tenía los documentos y que los llevaría en persona.

–Cuando los tengamos, iremos al juzgado de paz para que publiquen las amonestaciones –dijo Damiano–. Y podremos casarnos a los pocos días.

–Todo este lío y formalidades porque soy inglesa –comentó Sally.

–Claro –dijo él–. Eres altamente sospechosa. Siempre lo he sabido.

–Si es así, no sé cómo te arriesgas.

–Siempre he sentido debilidad por los personajes sospechosos.

–Yo también. Son mucho más interesantes que los normales.

Los dos estallaron en una carcajada y Sally sintió una calidez y un bienestar que le hizo albergar esperanzas.

Dos días más tarde, entregaron los documentos y fijaron la fecha para la ceremonia, inmediatamente después del Carnaval. Se celebraría en el salón de bodas del palacio Leonese.

–Necesitarás comprarte ropa –comentó Damiano–. Encontrarás lo que quieras en la tienda del hotel. No te preocupes por la cuenta.

Para cuando Sally fue a la tienda, Helena, la encargada, había hecho una selección de elegantes prendas, entre las que había un vestido de boda de satén crema. Al verse con él, Sally se quedó sin respiración. «Cenicienta vestida para el baile», se dijo. «Pero, ¿qué pasará cuando llegue la medianoche?».

Recordó que Damiano había anulado su anterior matrimonio, y aunque Sally estaba segura de que Imelda se lo merecía, las palabras de Mario, «la borró de su vida», resonaron en su mente como una ominosa advertencia.

Sin embargo, volvió a mirarse en el espejo y al encontrarse con la nueva mujer en la que se estaba convirtiendo, olvidó toda preocupación…

–Precioso –dijo Helena–. Ahora necesita un vestido para el baile de celebración.

Sally se probó tres. Uno era sencillo, pero moderno; otro tenía un corte recto que le daba el aire de una mujer severa; el tercero era más llamativo, con un escote pronunciado, muy distinto a su estilo habitual.

–Me quedo con este –dijo.

–Me alegro –dijo una voz a su espalda.

Sally se volvió y vio a Charlie.

–He venido a ver qué tal te iba. ¿También venden ropa de caballero?

–Por supuesto –dijo Helena–. Si quiere seguirme…

Como podía esperarse de él, Charlie eligió varias prendas. Todo le sentaba bien, especialmente el traje con el que llevaría a Sally al altar.

–¿Cuánto cuesta? –le preguntó Sally.

–No lo he preguntado. Paga Damiano.

–Claro –dijo Sally con un suspiro–. ¿Cómo no lo había pensado antes?

–No tengo ni idea –dijo Charlie poniendo cara inocente–. Has tenido un golpe de suerte, así que aprovéchalo.

Sally pensó que si se refería solo al dinero tenía razón, pero respecto a todo lo demás, no sabía qué pensar.

Cuando terminaron, Helena les preparó la cuenta y Sally estuvo a punto de marearse. Aun así la firmó. Tenía la sensación de haber perdido el control sobre sus actos.

–Se lo mandaremos todo mañana por la mañana –dijo Helena.

–¿No pudo llevarme algo para enseñárselo a Damiano?

–No, hazle esperar –dijo Charlie–. Si un hombre está tan loco como él lo está por ti, debes hacerle sufrir un poco.

Sally pensó en aquellas palabras con melancolía. Solo ella sabía que no eran verdad. Para protegerse, se dijo que ella tampoco estaba loca por Damiano y que eso los colocaba en el mismo nivel.

Damiano llegó a casa más tarde que ellos, y Sally fue a su encuentro para hablar con él sobre Charlie.

–¿Qué tal ha ido? ¿Has encontrado lo que querías? – preguntó él.

–Sí, gracias. Esta es la cuenta. Es abultadísima, pero Charlie...

–Le he dicho que se comprara lo que quisiera. Tenía que estar elegante para la boda.

–Supongo que sí, pero me parece excesivo.

–No te preocupes, en un par de días tendrás tu propio dinero en una cuenta corriente.

Damiano le dio unos papeles que Sally estudió, primero con una sonrisa y luego con horror. Damiano había depositado en ella una cantidad de dinero exorbitante.

–¿Qué pasa? –preguntó él–. ¿No es bastante?

–Es demasiado. Yo no te he pedido dinero.

–Eso es lo de menos. Es lógico que dé una asignación a mi esposa.

–Yo tengo dinero y pienso traerlo de Inglaterra.

–Muy bien. Pero yo me considero en deuda contigo y siempre pago mis deudas.

–Protegiendo a Charlie. No quiero tu dinero. Te lo devolveré en una transferencia.

–Y yo daré al banco orden de que no la acepten –dijo Damiano, impacientándose.

–Eso me convertiría en una idiota.

–No tanto como a mí si te niegas a aceptar lo que te doy. Esa suma es un regalo de boda. Después, haré un ingreso mensual. ¿No te das cuenta de que si lo rechazas me convertirás en motivo de habladurías? ¿Qué pensaran de mí?

–¿Tu reputación depende de que me des dinero?

–Depende de mí comportamiento, de mi valor y de mi dignidad. Y tú pareces dispuesta a arrastrar las tres por el barro.

–¿Y qué hay de mi reputación?

–Me estoy comportando como lo debe hacer un novio con su novia. ¿O te has olvidado de que eres mi futura esposa?

–Bueno, en cierta manera yo...

–En todas las maneras. Vamos a jurarnos devoción mutua para el resto de nuestras vidas.

En cualquier otro hombre aquellas palabras habrían representado una declaración de amor. Pero Sally sabía que en el caso de Damiano, el amor no entraba en la ecuación.

–¿Por qué te molesta tanto? Si lo hiciera otro hombre lo interpretarías como un gesto de generosidad, pero al ser yo, te resulta sospechoso. ¿Qué pensabas? ¿Qué intentaría atraparte manteniéndote pobre?

–No, pero... Con esa cantidad de dinero, podría huir.

–Pero no lo harás. En cambio, si no tuvieras dinero, te dedicarías a pensar en cómo escapar.

Que Damiano le diera aquel dinero para que se sintiera libre fue para Sally una prueba más de que la conocía.

–Cómo te he dicho, hago tratos justos y mantengo mi palabra. Tengo la seguridad de que tú también –concluyó él.

–Cla-claro. Gracias –balbuceó Sally.

Damiano no estaba seguro de haberla convencido, pero no la presionó. Se fue al despacho como si quisiera huir de ella. Por su parte, Sally fue a su dormitorio y estudio los papeles del banco a la vez que se preguntaba una vez más porqué estaba actuando de una manera tan poco común en ella.

Charlie apareció al cabo de un rato.

–Hola. ¿Dónde has estado?

–Mario me ha estado enseñando la ciudad. Conoce los mejores sitios.

–¿Incluidos los moralmente cuestionables?

–Uno o dos, pero no me ha dejado entrar por si su hermano se enfadaba. Le he dicho que no tenía por qué enterarse, pero dice que Damiano lo sabe todo. De hecho, uno de esos sitios le pertenece.

–¿Y aun así Mario no te ha dejado entrar?

–No, dice que Damiano se habría enfurecido. ¡Es un tirano! Ten cuidado o te dirá lo que puedes o no hacer. Seguro que te da poco dinero para que... –Charlie calló al ver los papeles que había sobre la mesa–. ¿Qué es eso?

–Me ha abierto una cuenta.

–¿Y te ha ingresado esa cantidad? ¡Madre mía, lo tienes en el bote!

–No digas tonterías –dijo Sally, irritada–. Ni él está enamorado de mí ni yo de él. Solo lo hace para ser justo conmigo.

–¿Justo? Escucha, Sally, no tienes por qué quedarte. Con ese dinero podrías marcharte. ¿O lo usa para retenerte?

–No. Me ha dado total libertad. Es un hombre honesto. Y sabe que yo no me iría con su dinero.

–Así que te quedas para conseguir más. Seguro que tiene de sobra.

–¡Vete de aquí! –Exclamó Sally, furiosa con la vulgaridad de la sugerencia–. ¡No aguanto que lo retuerzas todo para justificar tu propio egoísmo!

Charlie fue hacia la puerta. Antes de salir se volvió y con una sonrisa burlona, dijo:

–Está claro que te tiene exactamente donde quiere.

Y se marchó antes de que Sally le tirara algo a la cabeza. El empeño de Charlie en pensar mal de Damiano hacía brotar en ella un instinto protector que desconocía tener.

En parte la culpa era de él, por ocultar sus sentimientos y mostrarse a los demás con una severa máscara. Con ella a veces la dejaba caer aunque fuera brevemente, permitiendo entrever una personalidad mucho más atractiva y dulce. Pero pronto volvía a ocultarla.

Sally se preguntó si algún día conseguiría que aquellas otras facetas emergieran a la superficie para siempre.

Damiano le tenía preparada otra sorpresa. Después de desaparecer varias horas con Mario y Charlie, le dijo que habían estado en el hotel.

–El encargado del Leonese se marcha –le contó mientras tomaban una copa junto al canal–. Le he pedido a Mario que ocupe su puesto por un tiempo. Lo ha hecho antes y tiene talento. Hoy hemos ido con Charlie. Creo que podemos encontrar un trabajo para él. Le he presentado al personal y se los ha ganado al instante. Tiene futuro como encargado de hotel.

–¿De verdad lo…?

–Tendrá que empezar desde abajo y aprender italiano. Pero le pagaré un buen sueldo y vivirá con nosotros. Y Mario se ocupará de él hasta que se vaya. Se llevan muy bien.

–Sí –dijo Sally–. Mario es su héroe. Lo ha llevado a muchos sitios…

–A los que no debería ir –dijo Damiano–. Mario y su lado aventurero…

–Es justo lo que le gusta de él.

–Sí. Pero también es su ángel de la guarda. Charlie está a salvo con él.

Así que Damiano estaba manejando las cuerdas de los jóvenes como si fueran títeres. Pero Sally no podía culparlo. De hecho, había encontrado la mejor solución posible para Charlie. Para recompensarlo debía mantener su parte del trato y hacer los mismo con Pietro.

–Gracias –dijo–. Es lo ideal para Charlie. Mario puede inculcarle sensatez de una manera que yo no podría.

–Aquí vienen –dijo Damiano al oír sus voces–. Que no se enteren que estamos hablando de ellos.

–¿Crees que sospecharían que estamos organizándoles la vida? –preguntó Sally con sorna–. ¿Cómo se les puede pasar eso por la cabeza?

–Hay quien siempre piensa lo peor –dijo Damiano, sonriendo–. Sobre todo de mí. Vayámonos.

Sally vio de reojo a Charlie escuchando atentamente a Mario y se sintió aliviada.

Lo que Mario le había contado de su hermano le había hecho volver a buscar a Damiano en Internet. Descubrió que, además de ser un exitoso hombre de negocios, tenía amigos poderosos en política, que solían alojarse en el Leonese cuando acudían a Venecia.

Todo el mundo sabía que iba a casarse y sentía curiosidad por su futura esposa, así que nadie declinó la invitación a la fiesta de Carnaval.

–¿Viene toda esta gente? –preguntó Mario, mirando la lista de asistentes.

–Eso parece –dijo Damiano.

–Supongo que están ansiosos por conocer a Sally.

–Pero no me van a ver –dijo ella–. Tengo un vestido y una máscara que les impedirá satisfacer su curiosidad.

Había elegido un vestido de satén dorado con una elegante decoración de pedrería. La máscara era blanca, con dibujos dorados alrededor de los ojos, y le cubría el rostro casi por completo, dejando una pequeña abertura para la boca. Unas plumas también doradas flotaban alrededor de su cabeza.

–¡Qué gran disfraz! –dijo Mario cuando se encontraron al pie de la escalera para ir al baile–. Nadie sabrá cómo eres.

–Lo que la convierte en una verdadera veneciana –dijo Damiano, mirándola con admiración.

Él llevaba un traje del siglo XVIII de terciopelo negro con una casaca larga y botas hasta la rodilla. Su máscara era de color carne y solo le cubría la mitad de la cara, de manera que, a cierta distancia, podría parecer que no la llevaba. «Tal y como pasa con él en la vida real»», pensó Sally.

Mario se paseó delante de ellos con un pantalón y un jubón de cuadros rojos, verdes, azules y amarillos.

–Soy arlequín –dijo, haciendo una reverencia a Sally–. En parte sirviente y en parte criado.

–Y en parte idiota –dijo Damiano con una sonrisa–. Ten cuidado con él. Arlequín siempre hace travesuras y luego desaparece. Ya te imaginas por qué mi hermano lo ha elegido.

–Charlie ha comprado uno muy parecido –dijo Sally, riendo– . Mario le dijo que era el mejor para poder hacer maldades.

–No es cierto –dijo Mario en tono teatral–. Damiano, esta dama dice disparates. No le creas ni una palabra.

–¿Ves a lo que me refiero? –dijo Damiano–. Perverso.

–Hago lo que puedo –dijo Mario, encantado con hacer reír a Sally–. ¿Qué te parece esto? –se puso la máscara, que era de cuero y solo dejaba la boca al descubierto. Un cuerno afilado le salía de la frente.

–¿Qué es eso? –preguntó ella.

–El cuerno del demonio –dijo Mario, animadamente–. Solo uno porque soy un demonio a medias.

–Más que suficiente –dijo ella.

–Pero un segundo cuerno podría ser útil –dijo Charlie.

–Tú ya eres bastante diablo sin ayuda de nada –dijo ella en un tono afectuoso. Volviéndose a Mario, añadió–: ¿No estarías más seguro si no se te viera la boca?

–Pero entonces tendría los placeres restringidos –dijo él.

–Ah, claro. Y eso sería un drama.

Damiano estaba mirando por la ventana, observando a los invitados que llegaban.

–Ya está aquí casi todo el mundo. Es hora de que vayamos.

Capítulo Ocho

Cruzaron juntos la puerta que conectaba con el hotel y en el salón de baile los recibieron con vítores.

Damiano condujo a Sally hacia la pista e inauguró el baile con un vals. La música envolvió a Sally, que sintió que no tenía voluntad propia y que bailaba en un lejano universo en el que un hombre misterioso le sonreía desde detrás de su máscara.

–¿Por qué pareces tan tensa? –preguntó él–. Van a creer que te obligo a casarte conmigo.

–En estos tiempos eso no sería posible.

–Pero yo tengo fama de manipulador y de autoritario. Tú misma me has acusado de ello.

–De manipulador sí, pero no de autoritario. Eres demasiado listo.

El comentario arrancó una carcajada a Damiano, y las parejas que bailaban cerca de ellos se alegraron de ver una pareja tan feliz.

Damiano era un gran bailarín y Sally descubrió que bailaba en sus brazos mejor de lo que lo había hecho nunca. Fue una desilusión tener que cambiar de pareja por cortesía. En brazos de otro hombre, Sally echó de menos la fuerza y el calor del cuerpo de Damiano.

Tras un tiempo, vio a arlequín cruzar la pista hacia ella.

–¿Bailamos? –preguntó, haciendo una reverencia.

–No sé si debería bailar con el demonio –bromeó Sally.

–Esta noche soy tu sirviente.

–Creo que prefiero un payaso.

En respuesta, Mario dio un salto en el aire que terminó en otra reverencia.

–Si es así, seré un payaso.

Sally rio y comenzaron a bailar. Como Damiano, Mario era un excelente bailarín, y la estrechó en sus brazos con fuerza.

–No deberías sujetarme tan cerca –dijo ella en cierto momento.

–Me limito a mostrar mi respeto por mi cuñada –dijo él teatralmente–. ¿Me acusas de comportamiento inapropiado?

–No, claro que no –pero a la vez que contestaba, Sally vio una intensidad en la mirada de Mario que la perturbó–. Creo que deberías soltarme.

Mario suspiró y aflojó el abrazo diciendo:

–Está bien.

Cuando la condujo fuera de la pista, añadió:

–Discúlpame, Sally, no pretendía… Lo cierto es que creo que mi hermano es el hombre más afortunado del mundo. No te enfades conmigo.

–No estoy enfadada –dijo Sally.

Y era verdad. No estaba acostumbrada a ser admirada por los hombres y le resultaba halagador. Y pensó que no había visto nunca aquella mirada en Damiano, ni confiaba en verla. Cuando la velada llegaba a su final, Damiano pidió silencio.

–Quiero agradeceros que hayáis venido a honrar a mi futura esposa –dijo–. Como podéis ver, soy muy afortunado y le doy las gracias por estar dispuesta a soportarme.

Alzó la copa y todos le imitaron. Luego continuó el baile. Muchos de los invitados eran conocidos del mundo de los negocios que ansiaban presentar sus respetos a la novia de un hombre poderoso.

–¿Qué tal lo llevas? –preguntó Damiano en cierto momento.

–Perfectamente. Todo el mundo es muy amable, pero hace un poco de calor. Voy a salir a tomar el aire.

Sally habría querido que Damiano la acompañara, pero alguien reclamó su atención y salió sola al jardín.

Fue consciente de las miradas de curiosidad de aquellos que querían ver a la mujer que había conquistado al hombre de corazón de piedra. Las otras procedían de los pocos que, al no reconocerla, se preguntaban quién era aquella figura enmascarada. Algo que ella misma empezaba a preguntarse.

El jardín estaba tranquilo y Sally disfrutó de unos minutos de anonimato.

Cuando ya volvía al salón, oyó dos voces a unos metros hablando en inglés, y se paró a escuchar.

–Tengo que admitir que me ha sorprendido que Damiano vaya a casarse de nuevo en estas fechas –dijo una mujer.

Sally escuchó expectante.

–¿Te refieres al Carnaval? –Dijo un hombre–. ¿No te parece apropiado para una boda?

–El Carnaval trae muchos recuerdos a Damiano. Fue cuando por fin conquistó a Gina después de haberse dado por vencido. Yo estaba en la fiesta cuando ella llegó, y vi la cara de Damiano al darse cuenta de que había vuelto por él. Al principio no podía creerlo, pero su rostro se iluminó al acercarse a ella con los brazos abiertos.

–¿De verdad? No es propio de él mostrarse emotivo.

–Te lo juro –dijo la mujer–. Nunca había visto a un hombre tan feliz. Ella se echó en sus brazos y desaparecieron. Lo siguiente que supimos fue que iban a casarse.

–Y entonces ella murió.

–Sí. Su felicidad duró poco. Me pregunto qué siente ahora. ¿Podrá interpretar el papel de enamorado cuando los recuerdos lo torturan?

–¿No estás siendo un poco sentimental? –preguntó el hombre con sorna.

–Puede que sí. Quizá esté locamente enamorado de su nueva novia y haya olvidado a Gina.

Sally se alejó precipitadamente por temor a ser descubierta. Temblaba de pies a cabeza.

«Locamente enamorado de su nueva novia». Nada podía estar más alejado de la verdad. En todo caso, su nuevo matrimonio era una afirmación de su amor por Gina. Por su hijo, Damiano estaba dispuesto a todo, incluso a casarse con una mujer a la que no amaba.

Él la esperaba junto a la puerta cuando entró.

–¡Por fin! Empezaba a preocuparme.

–Perdona, no debía haberte dejado solo.

Damiano la tomó de la mano.

–Pareces cansada –dijo con dulzura–. ¿Por qué no te vas discretamente y yo me ocupo de las despedidas?

Sally pensó que era una buena idea, que le convenía estar sola y reflexionar después de lo que había escuchado. Y en el fondo de su corazón, estaba segura de que Damiano estaba deseando perder de vista a su novia y dejar de hacer el papel de enamorado.

Una vez en su habitación, Sally se quitó la máscara y el vestido y se miró en el espejo.

«Esa soy yo», se dijo. «La de verdad». Suspiró ante la imagen delgada y el rostro vulgar. Pensó en la fiesta en la que había sido oficialmente la estrella aunque en el fondo solo era un personaje secundario, la sustituta que conseguía el papel porque la primera actriz no estaba disponible.

Pero pronto recuperó su habitual sentido común y suspiró de nuevo, pero de impaciencia consigo misma. «Deja de lloriquear», se dijo. «Has llegado a un acuerdo y Damiano lo está cumpliendo. Así que deja de quejarte».

Po la ventana vio a la gente partir y que se apagaban las luces. Finalmente, oyó a Damiano subir las escaleras e ir a su dormitorio. Sally esperó en tensión y se alegró al oír que llamaba a su puerta. Cuando la abrió, vio que se había quitado el traje y que iba en pijama y bata. Llevaba dos copas de vino y le tendió una. Sally la tomó y le indicó que entrara.

–Siento haber salido huyendo.

–No pasa nada. Has estado maravillosa. Todos te han admirado.

Sally asumió que estaba siendo cortés. Al ver que Damiano cerraba de pronto los ojos como si se sintiera agotado, se conmovió.

–Esta es una época triste para ti, ¿verdad? –preguntó con dulzura.

Damiano abrió los ojos.

–¿A qué te refieres?

–Sé que intentas parecer animado por la boda y por mí – Sally hizo una pausa, sin saber si insistir en el tema. Pero el deseo de saber más

sobre Damiano era incontenible–. Pero sé que el Carnaval tiene un significado especial para ti por Gina – añadió con voz queda.

–¿Cómo lo sabes?

–He oído a alguien hablar de ella esta noche. Sé que vino en tu busca una noche de Carnaval.

Damiano dejó escapar un suave quejido y agachó la cabeza como si el recuerdo fuera abrumador. Sally pensó en dejarlo estar, pero el deseo de que confiara en ella fue más poderoso que su habitual discreción.

–Debió ser un encuentro maravilloso –dijo.

–Sí. No podía creérmelo. Incluso ahora… –Damiano calló bruscamente–. No debería hablar de ella cuando voy a casarme contigo. Disculpa que sea tan desconsiderado.

–No hay nada que disculpar –insistió Sally–. Te he animado yo. No estamos enamorados, Damiano. Los dos lo sabemos. Pero podemos ser buenos amigos. ¿Hablas de ella con alguien?

Damiano negó con la cabeza.

–Entonces, habla conmigo –dijo Sally–. Deja que sea tu mejor amiga, la persona en la que confías. Puede que te haga sentir mejor.

Damiano la observó como si no estuviera seguro de haber oído bien.

–¿Lo dices de verdad? –preguntó finalmente.

–Sí. Ahora y siempre.

–Gracias –musitó Damiano, tomándole las manos y besándoselas–. Gracias.

–Ahora que sabemos que podemos hablar libremente –dijo ella–, cuéntame que pasó entre vosotros. Gina era inglesa, ¿verdad? ¿Cómo os conocisteis?

–Su hermano tenía una tienda en una de las islas. Un día entré y me enamoré de ella a primera vista. Quise casarme con ella, pero Gina aspiraba a ser modelo y volvió a Inglaterra porque le habían ofrecido un trabajo. Tuvo una buena carrera, no tan exitosa como esperaba, pero lo bastante como para seguir intentándolo. En su tiempo libre, venía a verme. Pero mientras que yo la adoraba, ella siempre mantuvo cierta reserva. Así pasaron varios años.

–¿Años?

–Sí. A menudo me decía que debía romper, que no podía vivir pendiente de ella, pero era incapaz de hacerlo. Confiaba en que algún día mi amor significaría tanto para ella que acabaría por corresponderlo. Entonces se fue por un largo periodo y pensé que la había perdido para siempre. Hasta que una noche, se produjo el milagro. Vi una máscara en el baile y supe al instante que ella era la persona que estaba detrás. Fue como una aparición mágica. Esa noche ella fue mía. Echados el uno al lado del otro, supe que los sueños se

convertían en realidad. Se entregó a mí con todo su corazón. Desde ese momento nos pertenecimos en cuerpo y alma. Le rogué que se casara conmigo y celebramos la boda en cuestión de días. Ese fue el periodo más feliz de mi vida. Cuando se quedó embarazada pensé que el Cielo nos bendecía. El futuro se presentaba como un camino de eterna felicidad. Y entonces…

Damiano no pudo seguir. Agachó la cabeza y aunque Sally no pudo verle el rostro, sabía que se había transformado en una mueca de dolor que no estaba segura de querer ver. Había hablado de ser amigos. Pero confiaba en que alguna vez su relación pudiera adquirir otra dimensión.

Damiano alzó la cabeza y vio lágrimas en sus ojos.

–Y entonces murió –concluyó él–. Por mi culpa.

–No digas eso.

–Yo le di el hijo que la mató al nacer. Siempre me torturará ese pensamiento.

Sally intentó encontrar las palabras que pudieran consolarlo, pero no las había. Damiano cargaba con un sentimiento de culpabilidad que, aunque injustificado, lo atormentaba día y noche. Sally sintió dolor por él y por la imposibilidad de confortarlo.

–Una parte de mí murió con ella –continuó él–. De no ser por Pietro, me habría muerto.

–Él siempre representará vuestra unión. Y mientras lo tengas a él, nunca la perderás completamente.

–Gracias –musitó Damiano–. Gracias, querida Sally –le besó las manos una vez más.

–Me tienes a mí y siempre me tendrás –dijo ella.

–Siempre –repitió él–. Hubo un tiempo en que esa palabra me atormentaba, pero tú me has devuelto la fe.

Sally posó sus labios en los de Damiano y por un instante esperó a su respuesta, preguntándose si la abrazaría y convertiría sus afectuosas palabras en actos. Pero Damiano retrocedió.

–Buenas noches –susurró–. Mañana seguiremos hablando.

Se puso en pie y fue hacia la puerta.

–Buenas noches –dijo de nuevo. Y salió.

Sally se quedó inmóvil, intentando poner en orden sus pensamientos. Por un instante había tenido la tentación de abrazarlo, pero el instinto le había aconsejado en contra. Perdido en los recuerdos de Gina, el gran amor de su vida, Damiano no estaba en condiciones de entregarse a ella.

Pero llegaría el momento, se dijo. Y si tenía paciencia, sería aún más dulce.

A partir de ese momento, los acontecimientos se aceleraron. Se fijó la fecha de la boda y se reservó la capilla del hotel. Mario iba a ser el padrino y Charlie la acompañaría al altar.

Damiano la presentó a Luisa, que se iba a encargar de la organización. Era una mujer madura, simpática y con un gran sentido del humor. Sally y ella se cayeron bien al instante.

–Permite que te enseñe la capilla. Es preciosa.

Luisa no mentía. Sally miró admirada hacia el alto techo de madera, tratando de imaginarse en aquel escenario.

–Todo el mundo quiere casarse en esta capilla –dijo Luisa–. No te imaginas la de famosos que han celebrado aquí su boda –y pasó a enumerar una lista.

–¿También él? –Preguntó Sally, incrédula–. Pero si es una estrella de cine.

–Puedo enseñarte el registro.

Luisa llevó a Sally a una sala lateral y abrió un gran libro con fotografías de boda. Sally las ojeó y repasó los nombres entre curiosa y divertida.

Pero al final del todo vio una en la que un novio y una novia se miraban a los ojos, absortos el uno en el otro. Eran Gina y Damiano.

A Gina la reconoció sin problema, pero el cambio en Damiano la sorprendió. Era un hombre joven, con aspecto dulce y vulnerable. La adoración que sentía por su mujer se reflejaba en su rostro.

Sally pensó en el hombre en el que se había convertido, de rostro adusto, emocionalmente reprimido, tan distinto del joven de la fotografía.

–¿Hay alguien ahí?

Sally cerró el libro bruscamente para que Damiano no la encontrara viéndolo.

–Estoy aquí –dijo, volviendo a la capilla–. ¡Es preciosa! ¿No crees que es demasiado para mí? Podríamos casarnos en otro sitio.

Sutilmente, le estaba ofreciendo la posibilidad de celebrar la ceremonia en un lugar que no estuviera habitado por el fantasma de Gina.

–No, debe ser aquí –dijo él–. Si no, Pietro pensaría que no era una boda de verdad.

Y Sally se dijo que era una tonta por haber olvidado que todo tenía lugar en beneficio de Pietro.

Luisa entró en ese momento.

–Permite que te enseñe la habitación donde te cambiarás el día de la boda. Está aquí al lado.

Se trataba de dos habitaciones contiguas en las que Sally sería atendida por una doncella y una maquilladora del hotel. Luego pasaría a interpretar su papel, poniéndose una máscara que no llegaba a

quedarle bien del todo.

Luisa la llevó a la joyería del hotel, donde midieron el dedo de Sally para encontrarle una alianza. Luego le entregaron una para caballero. Luisa firmó por Damiano y se quedó ambas.

Sally tenía la sensación de estar en medio de una maquinaria perfectamente engrasada en la que ella se sentía centrifugada.

Luisa la acompañó a casa de Damiano.

–Esta es la alianza que le darás –dijo, entregándole una caja pequeña–. Te deseo toda la felicidad del mundo.

Luego fue al despacho de Damiano para darle la de Sally.

A solas en su dormitorio, Sally estudió el anillo, un aro sencillo de oro, y pensó que Damiano guardaría como un tesoro el que Gina le había dado.

A la media hora, Damiano llamó a su puerta.

–¿Ha ido todo bien? –preguntó.

–Perfectamente.

–Me alegro. Deja que te enseñe lo que he pensado en cuanto a dormitorios.

La acompañó al suyo, que pronto compartirían.

–Puedes conservar el que estás usando en este momento – explicó él–, por si quieres retirarte a él cuando no me aguantes.

–Gracias –dijo ella con una tímida sonrisa–. Supongo que con el tiempo aprenderé, pero siempre está bien tener la opción.

–Eres muy lista.

Sally comprendió el mensaje. El dormitorio de Damiano sería oficialmente el de la pareja para evitar habladurías. Solo ellos dos conocerían la realidad de su matrimonio.

Mirando la cama doble, se preguntó si sería la misma que había compartido con Gina. «Puede que confíe en que me vaya a mi dormitorio lo más a menudo posible», se dijo.

Cuando bajaron, encontraron a Pietro con cara de preocupación.

–¿Pasa algo? –preguntó Sally.

–No habéis preparado la luna de miel –dijo él–. Tengo muchos folletos para que podáis elegir.

Era el único detalle en el que no habían pensado. Por la expresión de Damiano, intuyó que la pregunta lo tomaba desprevenido, y Sally tuvo una súbita inspiración.

–No vamos a ir a ninguna parte porque no lo pasaríamos bien sin ti –dijo–. Y tú no puedes venir porque estás en el colegio. Así que nos vamos a quedar y en tu tiempo libre, me pasearás por Venecia. ¡Todavía me falta mucho por conocer!

Pietro dio un grito de alegría y miró a su padre, esperando su confirmación. Damiano asintió con la cabeza y miró a Sally, agradecido. Era evidente que había tomado la decisión correcta.

Una vez Pietro se marchó para darle la noticia a Toby, Sally dijo:

–Supongo que debería habértelo consultado antes, pero no sabía qué hacer.

–Estoy totalmente de acuerdo contigo –dijo Damiano. Y añadió con sorna–: Pero la próxima vez que me acuses de tratar a los demás como marionetas, te recordaré esto.

–Tienes razón, debe ser que tengo un gran maestro. Y estoy segura de que todavía tengo mucho que aprender.

–Empiezo a pensar que no tengo nada que enseñarte. Ha sido una idea fantástica. Ahora todo está en su sitio.

–Todo –repitió Sally, preguntándose qué significaba exactamente esa palabra. Y añadió–: Tengo que irme. Debo contestar algunos correos.

–Yo también. Nos vemos en la cena.

Capítulo Nueve

La noche previa a la boda, Damiano le dijo a Sally:

–Según una vieja tradición veneciana, cuando la novia recorre la nave hacia el altar, se encuentra con un niño que necesita ayuda. La novia lo ayuda y así demuestra que va a ser una buena madre. Aunque es muy antigua, algunas novias siguen cumpliéndola.

–¿Y quieres que yo lo haga por Pietro? –preguntó Sally –Pietro quiere que lo hagas. Significaría mucho para él.

–Lo haré encantada.

–Vamos a decírselo.

Encontraron a Pietro sentado en la cama.

–Ha dicho que sí –dijo Damiano.

Pietro abrazó a Sally. Ella lo estrechó con fuerza y su mirada se encontró con la de Damiano, cuyos ojos reflejaban la felicidad que sentía por su hijo.

–Buenas noches, hijo mío –dijo.

–Buenas noches, papá. Buenas noches, mamá.

Era la primea vez que la llamaba de aquella manera y a Sally se le humedecieron los ojos.

–Buenas noches, hijo mío –dijo con la voz quebrada.

El rostro de Pietro se iluminó y se abrazó a ella con renovada fuerza.

–Ahora a dormir –dijo ella.

–Sí, mamá –Pietro se tumbó.

–Le encanta llamarte así –dijo Damiano cuando dejaron el dormitorio.

–Y a mí que lo haga. Dudo que muchas madrastras sean tan bien recibidas.

–Para él eres más que eso. Eres su madre.

–Porque es lo que soy.

Sally pensó que Damiano añadiría que también sería su esposa, pero no lo hizo.

–Ven conmigo un momento –dijo, en cambio.

Al llegar a la puerta de su dormitorio, entró y salió con una caja grande.

–Todavía no te he hecho un regalo de boda –dijo–. Vayamos a tu habitación.

Una vez allí, abrió la caja y le mostró un collar de diamantes.

–¡Es precioso! –exclamó Sally–. Pónmelo.

Damiano se lo colocó mientras ella se miraba en el espejo e intentaba convencerse de que aquella mujer era ella.

–No tenías que haberte molestado –dijo con voz susurrante.

–Es la manera de darte las gracias por lo que estás haciendo. Cuando veo la felicidad en el rostro de mi hijo, siento yo mismo una felicidad que no creí que fuera posible volver a sentir. Y todo gracias a ti. Acéptalo con mi eterna gratitud.

–Pe-pero yo no tengo nada para ti –tartamudeó Sally.

–Ya me has hecho el mejor regalo del mundo –dijo Damiano. Y añadió–: Te queda perfecto. Me gustaría que lo lucieras mañana. Todo el mundo se dará cuanta de cuánto significas para mí.

Le quitó el collar y lo devolvió a la caja.

–Duerme bien –dijo–. Mañana será un día muy intenso. Buenas noches.

Le besó la mejilla y se marchó. Sally lo acompañó hasta la puerta y lo siguió con la mirada por el pasillo. Luego fue hasta la ventaba para intentar poner sus pensamientos en orden.

Un día intenso, había dicho Damiano. Pero era más que eso. Era el comienzo de un nuevo universo, en el que se estaba sumergiendo con una temeridad inhabitual en ella.

Iba a dejar su país para instalarse en una tierra extraña, casándose con un hombre al que había conocido hacía apenas unos días. Y, sin embargo, cada fibra de su ser tenía la convicción de que había tomado la decisión correcta.

En el canal apareció una góndola con dos amantes estrechamente abrazados, ajemos al mundo que los rodeaba.

Sally los observó hasta que se perdieron de vista. Luego cerró la ventana y se fue a la cama.

Damiano y Sally no iban verse antes de la ceremonia. Ella desayunó con Charlie y luego fue a la habitación del hotel en la que iba a cambiarse. Una doncella la ayudó a vestirse y luego fue el turno de la maquilladora. Cuando terminó, asintió con satisfacción al ver el resultado de su trabajo.

–Una novia preciosa –dijo. Y se marchó.

A solas, Sally tuvo que admitir al mirarse al espejo que la mujer que la miraba estaba más guapa de lo que había estado nunca.

«Pero, ¿quién es?», pensó. «¿Yo, o solo una máscara?».

Llamaron a la puerta y la abrió asumiendo que era Mario.

Pero fuera había una mujer de rasgos duros y gesto severo. Por un instante Sally se quedó desconcertada. Entonces recordó las dos fotografías que había visto junto a la cama de Pietro, y al darse cuenta de quién era, ahogó un grito de sorpresa.

–Deduzco que sabes quién soy –dijo la mujer con una sonrisa desdeñosa.

Aunque había envejecido no cabía duda de que se trataba de Imelda.

–Así es –dijo Sally, haciendo un esfuerzo para hablar a pesar de su desconcierto–. Eras la mujer de Damiano.

La mujer rio con amargura.

–Algo así. ¿Vas a dejarme pasar o me tienes miedo? Quizá deberías.

–No te temo –mintió Sally.

Se echó a un lado e Imelda entró como si tuviera todo el derecho a estar allí.

–Eso pensaba yo, que era su mujer –continuó–. Pero pronto tuve que aceptar la verdad: que él me veía como una sirvienta con la que solo se había casado para impedir que huyera.

–Haces que suene como un monstruo –protestó Sally–. Pero no es así. La gente le importa…

–Puede que algunas personas. Estaba loco por Gina. Y sigue estándolo. Y Pietro es todo lo que le queda de ella, así que también lo ama. Pero los demás no somos más que objetos útiles que maneja a su antojo.

Sally se enfureció.

–Quizá no sea el único. Tú abandonaste a un niño vulnerable cuando te convino.

–Porque tenía que salvarme antes de que fuera demasiado tarde. Ahora estoy aquí para avisarte antes de que cometas el mismo error que yo. Si te casas con él, te arrepentirás. Te está usando como me usó a mí. A mí no me amaba, y a ti tampoco.

Sally la miró fijamente con expresión fría y serena a pesar de que sentía una tormenta interior.

–Me alegro –dijo–, porque yo no lo amo a él. Lo nuestro es un acuerdo justo entre iguales.

Imelda rio despectivamente.

–Eso dices ahora, pero él conseguirá que lo ames cuando le interese.

–No lo conseguirá. Me conoces tan poco como él. No corro ningún peligro.

–Eso crees –dijo Imelda–. Pero nadie está a salvo con él. Hace lo que haga falta para conseguir sus objetivos.

–También yo –dijo Sally–. Soy tan mala persona como él, o incluso peor.

–¿Crees que puedes superarlo? Me gustaría verlo.

–No te hagas ilusiones –dijo una voz detrás de ellas.

Damiano estaba en el umbral de la puerta. Ante sus atónitas miradas, entró e, ignorando a Imelda, dijo a Sally:

–Es hora de ir a la capilla. Te estamos esperando. Confío que no

hayas cambiado de opinión.

–En absoluto –dijo Sally imprimiendo a su voz un tono animado–. Cuando he tomado una decisión la cumplo hasta el final.

Damiano se volvió a Imelda.

–Siento desilusionarte. Sally y yo nos entendemos demasiado bien como para que alguien pueda entrometerse entre nosotros.

–Le has oído decir que no te ama –dijo ella con desdén.

–Sí. Y también que lo nuestro es un acuerdo justo entre iguales. Ahora, quiero que te vayas.

Imelda hizo una mueca y dio media vuelta para marcharse. En ese momento apareció Pietro. En cuanto vio a Damiano y a Sally su rostro se iluminó y corrió hacia ellos, gritando:

–Papá, mamá.

Damiano y Sally se tensaron por temor a cómo reaccionaría al ver a la mujer que lo había abandonado. Pero sin tan siquiera mirarla, se echó en brazos de Sally.

–Todos te están esperando. Charlie ha dicho que igual te habían entrado nervios de última hora y habías huido.

–Jamás huiría de ti –dijo Sally.

–¿Y de papá?

–De él, a lo mejor –dijo ella–. De ti, nunca.

Pietro rio y miró a su padre para ver cómo reaccionaba. Damiano le sonrió.

La única que no parecía feliz era Imelda, cuyo rencor pareció multiplicarse.

–Te crees muy lista, ¿verdad? Pero pronto comprobarás el error que has cometido –masculló–. Espera y verás.

Y tras esas palabras se marchó. Pietro la observó sin inmutarse.

–La has manejado a la perfección –dijo Damiano a Sally lo bastante bajo como para que Pietro no le oyera.

–¿Has escuchado lo que hemos dicho?

–Todo.

Así que le había oído decir que ni lo amaba ni lo amaría nunca. Para otra pareja eso habría sido un desastre, pero en su caso, les daba fortaleza.

–Un acuerdo justo entre iguales –repitió Damiano–. Lo has expresado perfectamente. Y ahora ha llegado el momento de que nos casemos. ¿No era ese el acuerdo?

–Así es. Justo y entre iguales –dijo Sally, tendiéndole la mano. Damiano se la estrechó.

–Siento lo que ha sucedido. No deberías haber conocido a Imelda así.

–No te preocupes. No me ha dicho nada que no supiera.

–¿Quieres decir que sabes hasta qué punto soy un monstruo?

–Desde luego. Pero yo también lo soy. Quizá deberías huir tú de mí mientras puedas.

Damiano negó con la cabeza y, tomándole la mano, dijo con dulzura.

–Ya es demasiado tarde. Aunque no celebráramos la boda, yo te pertenezco y tú me perteneces a mí –le apretó la mano con fuerza–. No se te ocurra escapar. Nunca.

–No quiero escapar –dijo Sally–. Quiero algo totalmente distinto.

–Espero que me incluya.

–¿A quién si no?

–Esa es la respuesta perfecta –Damiano agachó la cabeza y posó sus labios delicadamente sobre los de ella. Cuando los separó, sonreía.

–Voy a asegurarme de que no me dejas ahora mismo –dijo con ternura.

Como si los hubieran invocado, Mario y Charlie aparecieron en la puerta.

–¡Os están esperando! –dijo Mario–. Y tú –se dirigió a Pietro–, ve a ocupar tu posición con... ya sabes qué.

Pietro salió como una exhalación.

–¿Qué significa «ya sabes qué»? –preguntó Sally.

–Ya lo verás –dijo Charlie con picardía.

–Así es –dijo Mario, precediendo a los demás.

Tras asentir con la cabeza, Damiano siguió a su hermano

–Vamos hermana –dijo Charlie–. Ha llegado la hora de que te lleve al altar.

Sally lo tomó del brazo y fueron hacia la capilla. Se oía música y por las puertas abiertas, Sally vio que el novio y el padrino habían ocupado su puesto. La capilla rebosaba de amigos y conocidos.

–¿Lista? –preguntó Charlie.

–Sí –dijo con vehemencia.

Avanzaron por el pasillo. Damiano la miraba fijamente como si estuviera embelesado por la visión que se aproximaba. Pero Sally se preguntó si la veía a ella o al fantasma de Gina y si, cuando llegara a su altura y se encontrara cara a cara con la verdad, vería la desilusión reflejada en sus ojos.

Pero antes de llegar, Sally vio otra cosa.

–Pietro –susurró.

El niño se interpuso en su camino con expresión ansiosa. Y no estaba solo. A su lado, Toby meneaba la cola enérgicamente.

–¿Te han dejado venir con Toby? –preguntó Sally en un susurro.

–No. Me he colado sin que lo vieran –dijo Pietro.

–¿Qué hace ese perro aquí? No se admiten animales –se oyó decir a un hombre que, uniformado, se aproximaba a ellos. –Pero es mi amigo –protestó Pietro.

–Y el mío –dijo Sally–. Forma parte de la familia. ¿Cómo podría casarme si no está mi familia al completo?

El guarda se quedó paralizado y pareció inquietarse al ver que el novio se acercaba. Damiano preguntó en tono risueño:

–¿Haya algún problema?

–¿Verdad que Toby puede quedarse? –preguntó Sally–. Se portará perfectamente.

–Pero… –empezó el guarda.

–Es una decisión de la señora Ferrone –dijo Damiano, mirando a Sally para indicarle que ya tenía el estatus oficial de su esposa–. Si a ella le parece bien, no hay ningún problema.

–Y si Pietro y Toby están contentos, yo también.

El guarda se fue apresuradamente y los invitados sonrieron, y algunos aplaudieron, mostrando su aprobación por lo bien que Sally había hecho su papel.

La ceremonia se celebró en inglés por deferencia a Sally. Esta había estudiado los papeles que Luisa le había dado y se consideraba preparada. Aun así, una pregunta la hizo vacilar:

–¿Estás aquí para contraer matrimonio de forma libre y voluntaria?

«De forma libre y voluntaria». Sally miró a Damiano preguntándose si él podía contestar esa pregunta sinceramente.

Pero cuando lo hizo, su rostro no reflejó la mínima duda. Y un segundo más tarde, ella contestaba de la misma manera.

A continuación tenían que intercambiar las alianzas, y Sally descubrió que le habían reservado otra sorpresa. Cuando Mario, actuando de padrino, sacó la alianza para su hermano, miró primero a Prieto. Tras asentir, Mario le dio la alianza y fue Pietro quien se la entregó a Damiano.

Fue la mejor manera de hacerle sentir plenamente aceptada en la familia. Damiano sonrió a su hijo y luego a Sally, como si quisiera asegurarse de que lo había comprendido. Sally sonrió a Pietro, agradecida.

Pero entonces el rostro de Damiano se ensombreció. Tomó la mano de Sally y le puso la alianza al tiempo que recitaba las palabras con las que le prometía amor y fidelidad. Y Sally no pudo evitar preguntarse si estaba pensando en su boda con Gina, cuando aquel mismo gesto había representado el primer día de una vida llena de felicidad por delante.

Llegó el momento de que el novio besara a la novia. Tomando el rostro de Sally entre las manos, Damiano la besó, sin pasión, pero con una dulzura que la emocionó.

Alzando la cabeza, la miró sonriente y dijo:

–Ahora somos marido y mujer.

El coro comenzó a cantar. Damiano tomó a Sally por la cintura y,

con una sonrisa luminosa, la llevó hacia la salida. Para los invitados, se trataba de la sonrisa feliz de un hombre que se había unido a la mujer que amaba. Pero Sally pensó que era más la sonrisa triunfal de un hombre que había logrado una victoria. Como de costumbre, Damiano Ferrone había conseguido lo que quería.

El hotel había puesto todos los medios para que aquella fuera la boda del año, y sirvieron un cóctel exquisito. Cuando Sally apareció con el collar, se oyó un murmullo de admiración.

Los discursos se sucedieron. Damiano dijo que era el hombre más afortunado del mundo y los invitados brindaron por la novia.

Finalmente, llegó la hora del baile. Cuando la música comenzó, Damiano acompañó a Sally hasta la pista y bailaron el vals inaugural. Algunos invitados aplaudieron a la aparentemente feliz pareja de estar recién casados.

Al ver que Damiano sonreía a la novia y le decía algo, todos asumieron que le declaraba su amor. Por el contrario Sally, que no esperaba ninguna declaración de ese estilo, descubrió una ternura y un calor en su mirada que le levantó el ánimo.

–Has actuado maravillosamente –dijo Damiano–. Has hecho todo aún mejor de lo que esperaba.

–Me alegro de no haberte decepcionado. Temía cometer algún error –dijo ella.

–Eso es imposible. Conviertes en oro todo lo que tocas.

–Muchas gracias, amable caballero. Justo lo que una novia espera escuchar de su marido.

–No, hablo en serio. Cualquier otra mujer se habría desconcertado al ver a Pietro con Toby. ¿De verdad que no sabías lo que iba a hacer?

–No tenía ni idea.

–Entregarme tu alianza ha sido su manera de darnos su bendición.

–Lo sé.

–Nunca confié en volver a verlo tan feliz. Te lo agradezco con todo mi corazón.

Sally sintió una leve desilusión porque todos los halagos se dirigieran a su comportamiento y ninguno a su aspecto, o a algo más personal. Pero al instante se reprendió. Tenían un acuerdo y Damiano lo estaba cumpliendo a rajatabla.

Llegó el momento de las despedidas. La pareja nupcial, asida por la cintura saludó a los invitados y subió las escaleras.

Pietro se había adelantado y los esperaba en el dormitorio, con Toby.

–¿Ya eres mi mamá? –preguntó.

–Por supuesto. Y también de Toby.

Sally abrazó a Pietro bajo la emocionada mirada de Damiano, y por primera vez sintió una cálida sensación interior. Había sido un día perfecto.

Se despidieron del niño y fueron lentamente hacia el dormitorio que iban a compartir. Una vez dentro, Damiano le retiró el velo delicadamente y posó las manos en sus hombros. Sally lo miró expectante, intentando adivinar lo que iba a decirle.

–Debes estar agotada. Vete a la cama y duerme bien –al ver que Sally lo miraba con un leve desconcierto, añadió precipitadamente–. Te estoy muy agradecido por todo, pero también te prometí que te daría tu tiempo. Cuando estés lista… Bajó las manos y fue hacia la puerta.

–Volveré enseguida –dijo antes de salir.

Sally asumió que le daba intimidad para cambiarse. No podía haberle dejado más claro que si sentía algún deseo lo tenía bajo control.

Una profunda tristeza la invadió. La felicidad del día había hecho que llegara a olvidar la verdadera razón por la que todo aquello estaba sucediendo. Pero no había a su lado un marido cariñoso para desnudarla en su noche de bodas, y esa era la realidad. El sentido común le exigía quitarse el vestido sola y colgarlo en el armario.

Nunca había pensado que el sentido común fuera tan deprimente. Tumbada en la cama, se preguntó si Damiano volvería.

Damiano volvió media hora más tarde y encontró la habitación a oscuras. Sally ocupaba el lado de su cama; estaba quieta y en silencio así que no supo si estaba despierta o dormida.

Él se desvistió y se metió en la cama lentamente para no perturbarla. En ese momento, recordó lo que le había oído decir: «No estoy enamorada de él... No corro peligro». ¿Se lo habría dicho a Imelda para zanjar la discusión o sería verdad que no lo amaba ni lo amaría nunca?

Eso sería lo mejor. Si no lo amaba, su vida en común sería más sencilla, puesto que, de esa manera, él nunca podría hacerle daño. Se repitió varias veces que era la solución más satisfactoria.

Percibió un movimiento en el otro lado de la cama. Se inclinó hacia Sally y posó la mano sobre su hombro con delicadeza.

«No estoy enamorada de él».

Las palabras resonaron en el cerebro de Damiano tan nítidamente que miró a sus alrededor por si había alguien en la habitación con ellos. Retiró la mano. Dar otro paso, después de lo que había oído, sería una temeridad.

Sally esperó en tensión al siguiente movimiento. La mano en su

hombro podía ser el preludio a su noche de bodas. Ella se volvería hacia él, se acercaría, dejándole saber que quería ser su esposa en todos los sentidos. Durante todo el día habían hecho lo que el mundo esperaba de ellos. En aquel momento estaban solos y podían dejarse llevar por los sentidos.

Los recuerdos la saltaron. Los labios de Damiano al besarla tras la boda, el baile, la intensidad de su voz al decirle que había estado maravillosa.

Había mentido a Imelda al decirle que no corría peligro, porque siempre anhelaría sus caricias. Acababa de descubrir por qué ningún otro hombre había conseguido despertar su deseo. En el fondo de su ser había estado esperando a que fuera aquel quien le revelara los secretos de la pasión. ¿Volvería a tocarla?

Cuando se dio cuenta de que no, de que Damiano pensaba cumplir su promesa de mantenerse a una educada distancia, supo también que el siguiente paso debía darlo ella. Lentamente se volvió hacia él.

–¿Estás bien? –preguntó Damiano.

–Sí, perfectamente.

–Entonces duérmete. Ha sido un día muy largo. No me sentía tan cansado desde hace años. Descansa. Buenas noches. Y tras esas palabras Damiano dio media vuelta y pareció dormirse al instante.

–Buenas noches –dijo Sally con tristeza.

Fuera hacía una noche estrellada y la luna brillaba en todo su esplendor. En la oscuridad de la habitación, dos personas permanecían inmóviles, con los ojos abiertos, preguntándose qué les depararía el futuro.

Capítulo Diez

Sally despertó antes que Damiano. Volviéndose lentamente, se aproximó sigilosamente para no despertarlo y poder ver su rostro. Él se dio media vuelta súbitamente hacia ella y Sally se retiró por temor a que la descubriera. Damiano mantenía los ojos cerrados y ella pudo estudiarlo como no lo había podido hacer antes.

Inicialmente lo había conocido en actitud autoritaria, luego había ido descubriendo sus otras facetas: la práctica pero amable; la divertida, la relajada. Pero nunca lo había visto tan vulnerable y desarmado como en la fotografía del día de su boda con Gina. Tuvo la tentación de acariciarle la mejilla, e imaginó que él despertaba y le sonreía.

Pero temía que en lugar de sonreír, le irritaría que invadiera su espacio personal. Pensó entonces en que Charlie siempre la acusaba de estar obsesionada con datos y números.

«Nunca te das por vencida», solía decirle como si fuera un crimen. Y ella le contestaba: «No, porque me gusta ganar y ganaré».

Sally miró el rostro apacible de Damiano y susurró:

–Voy a ganar. Espera y verás.

Y decidió asumir su primer riesgo.

Acercándose a él lentamente, lo besó en la mejilla. Aunque no abrió los ojos, Damiano musitó algo. Sally cruzó los dedos, lo besó de nuevo y salió precipitadamente de la cama. Desde la ventana, se volvió. Quería captar el momento en que abría los ojos y miraba hacia su lado de la cama.

Se desperezó y bostezó sonoramente para captar su atención.

–Buenos días –dijo Damiano.

Ella lo miró como si la tomara por sorpresa.

–Buenos días –contestó–. ¿Has visto que día tan bonito? – bostezó de nuevo, estirándose para que el sol iluminara a contraluz su camisón de seda y dejara ver la delgada silueta de su cuerpo.

–¿Has dormido bien? –preguntó él amablemente.

–Como un tronco. ¿Y tú?

–También.

No era verdad. Damiano había permanecido desvelado, manteniéndose a una prudente distancia de ella, escuchando su respiración, pendiente de cualquier cambio en su ritmo por si intuía una invitación.

Pero estaba seguro de que no la habría. Sally había declarado sin titubear que no lo amaba.

–Supongo que deberíamos levantarnos –dijo.

Durante el desayuno, Pietro hervía con ideas de lo que quería enseñarle a Sally de Venecia, empezando con un viaje en góndola.

–Es muy extraño –comentó ella cuando se deslizaban sobre el agua–. Habiendo solo un remero, lo lógico sería que se moviera en círculos. ¿Cómo es posible que vaya recta?

–Porque un lado es más grande que el otro –explicó Pietro, indicando cómo la góndola era más ancha en el lado del gondolero, lo que ralentizaba el agua para equilibrar la velocidad en ambos lados.

–¡Eres todo un experto! –dijo Sally

–Soy veneciano –dijo Pietro como si eso lo explicara todo.

–Claro –dijo Sally, sonriendo–. Tienes que contarme muchas más cosas.

Pietro, que ya adoraba a Sally, reaccionó entusiasmado ante la disposición de esta de aprender de él, convirtiéndolo en el profesor instruyendo a la alumna.

Pasaron juntos el fin de semana. Cuando llegó el lunes, Pietro volvió al colegio y Damiano a su trabajo, y Sally se encontró por primera vez con el problema de tener que organizar su nueva vida.

–Tengo que aprender italiano –dijo a Damiano.

–Estaba seguro que ibas a decirlo en algún momento. ¿Te resultaría muy mandón si te sugiriera un profesor?

–Si no lo hicieras te daría un puñetazo –dijo ella, amenazándole con un gancho ante la divertida mirada de Pietro.

El profesor resultó excelente. Sally sugirió a Charlie que se uniera a ella.

–¿Lo ves necesario? –preguntó Charlie con desánimo–. En el hotel todo el mundo habla inglés.

–No es suficiente. Tienes que aprender italiano.

–Yo que tú la obedecía o te puedes llevar un puñetazo – bromeó Damiano, frotándose la barbilla como si ya hubiera recibido uno.

Cuando Sally y él se quedaron solos, ella dijo:

–Te has pasado. Ahora va a creer que te he pegado de verdad.

–Y lo has hecho. Ayer por la noche. Dormías inquieta y movías los brazos como si fueran las aspas de un molino. Cuando fui a despertarte, me diste con la mano en la cara y casi me noqueas.

–Lo siento. ¿Por qué no me despertaste?

–¿Bromeas? Hui para ponerme a salvo. Mira.

Damiano ladeo la cabeza para que viera un leve moretón en la línea del pelo.

–¿Te he hecho eso yo? –preguntó, atónita–. Te juro que no fue a propósito.

–Ya lo sé –dijo Damiano, sonriendo–. Hay quien va por la vida golpeando a la gente sin darse cuenta. Pero yo sé sufrir en silencio

–Gracias. Me alegro de que le veas el lado gracioso.

Para Sally fue un alivio que fuera así, pero sabía que había una razón por la que había pasado una noche agitada. Era el resultado de estar junto a Damiano, ansiando tocarlo, temblando de frustración por la distancia que él había establecido. Durante la noche, la tensión, en lugar de abandonarla, se manifestaba en forma de pesadillas.

Pero estaba decidida a soportarlo y confiaba en ello gracias a que cada día se sentía más cómoda en su vida diaria. Damiano no le manifestaba pasión, pero sí una creciente y constante admiración.

Una mañana entró en su despacho y lo encontró leyendo con expresión contrariada unos papeles llenos de cifras.

–Disculpa un momento –dijo él en tensión–. Esto está a punto de causarme un ataque de nervios.

–¿No podrías poner esto aquí? –preguntó ella, señalando una columna–. No sé exactamente a qué se refieren los datos, pero dan un resultado mucho mejor que esos otros.

–A mí me parecen prácticamente iguales –dijo Damiano.

–A primera vista, puede ser. Pero la suma da resultados diferentes. No sé si sirve de algo, pero suman una cantidad considerablemente mayor.

–Desde luego que sí, en el caso de que... –Damiano usó la calculadora. Al acabar, miró a Sally–: Tienes razón. ¿Cómo lo sabías?

–Los he sumado.

–¿En la cabeza?

–Es un truco que siempre he podido hacer. Leo números y mi cerebro los suma automáticamente. ¿Por qué crees que me hice contable? Es lo único que sé hacer bien.

–Yo creía que se me daban bien las cifras, pero lo tuyo es increíble –dijo él con admiración.

–¿Y qué? Lo importante no es sumarlas, sino saber qué hacer con ellas. Eso es lo que te hace un gran hombre de negocios.

–Veo que estás interpretando el papel de esposa considerada para no humillarme por algo que haces mejor que yo –dijo Damiano, sonriendo de oreja a oreja.

–Me ha causado más de un disgusto. Una vez se lo demostré a un novio y no volví a verlo.

–¿Demostrarle que tenías más talento que él acabó con vuestra relación?

–Así es. ¿Va a pasar lo mismo con la nuestra?

–En absoluto. Pienso aprovecharme de esa habilidad –dijo Damiano sonriendo.

Dieron varias cenas porque todo el mundo quería conocer a la esposa de Damiano. Sally pronto se dio cuenta de que estaba forjándose la reputación de ser una mujer a tener en cuenta. Una noche charló con un hombre maduro, que había sido un influyente

profesor de universidad. La conversación giró en torno a las máscaras y a cómo estas permitían a los venecianos adoptar distintas personalidades.

–Eso también pasa en mi país –observó Sally.

–¿En Inglaterra? –preguntó el hombre como si la idea le pareciera absurda.

–Bueno, Inglaterra inspiró a Shakespeare, que escribió: Un hombre interpreta muchos papeles en su vida.

–Supongo que tienes razón –dijo él.

–Aunque siempre es posible que Shakespeare fuera en realidad veneciano –añadió Sally.

–¡Por supuesto! ¡Eso lo explica todo!

El intercambio arrancó una carcajada en la mesa, y los invitados comprendieron por qué Damiano había elegido a una mujer tan aguda e inteligente.

Sally vio que Damiano alzaba la copa hacia ella y le devolvió el gesto, consciente de que los comensales los observaban, envidiando a una pareja que se entendía a la perfección.

«Todavía no», pensó ella. «Pero muy pronto».

Pietro se tomó su papel de guía muy en serio.

–Pronto será el día de Su e Zo per i Ponti –dijo a Sally–. Te va a encantar.

–¿Qué es? –preguntó Sally.

–Una carrera «arriba y abajo de los puentes» –explicó Mario–. Empieza en la plaza de San Marcos. Te dan un mapa que tienes que ir marcando a medida que los visitas. Hay que cruzar unos cincuenta y seis puentes hasta volver a San Marcos. Los beneficios se destinan a una ONG.

–Tiene un elemento de bacarada –dijo Damiano–. La gente va de bar en bar, así que es muy popular. Supongo que no te lo perderás, Mario.

–Desde luego que no.

–Yo tampoco –dijo Charlie.

Al domingo siguiente, quedaron en acudir a la plaza de San Marcos para animarlos en el recorrido. Aunque el Carnaval había pasado, muchos participantes irían disfrazados. Mario se vistió de nuevo de arlequín, y Sally comentó que era muy apropiado para él.

–¿Crees que eso es todo lo que soy? –preguntó él.

–No, estoy segura de que eres mucho más que eso –dijo ella–. Y algún día la mujer apropiada aflorará lo mejor de ti.

–La mujer apropiada. Pero quizás... Bueno, da igual.

–¿Qué significa «bueno, da igual»? Todas las chicas te adoran –

bromeó Sally.

–Todas, no –contestó Mario con una mirada insinuante.

No era la primera vez que Mario parecía flirtear con ella, pero Sally siempre le quitaba importancia, diciéndose que la veía como a una hermana mayor. Nada más.

–Tienes razón –dijo, manteniendo el tono de broma–. A algunas les debe asustar tu naturaleza seria e intelectual.

–Te estás riendo de mí, ¿verdad?

–¿Tú crees? –riendo, Sally fue a marcharse de la habitación.

–Sally –la llamó Mario.

Ella se volvió. Mario la miraba con una inquietud que no había visto nunca en su rostro.

–¿Qué pasa, Mario?

–Nada... Que si las cosas hubieran sido diferentes...

–No habría conocido a Damiano y hubiese sido una verdadera lástima –concluyó Sally por él.

–¿Te hace feliz?

–¿Por qué no le preguntas a él si yo le hago feliz? –dijo Sally–. Eso es lo importante.

–¿Y Charlie? ¿No lo has hecho también por él? –en un tono súbitamente solemne, Mario añadió–: ¿Haces alguna vez algo por ti?

–Todo. Soy la persona más egoísta del mundo. ¡Mira, ahí viene Charlie! –dijo Sally sin poder ocultar su alivio.

Charlie también iba vestido de payaso, y estaba entusiasmado con el plan. Sally, Damiano y Pietro, se despidieron de ellos en San Marcos y pasearon por la ciudad, siguiendo el recorrido en la medida de lo posible. Varias horas después volvieron reunirse. Los jóvenes estaban agotados y tras una animada cena, volvieron a casa caminando.

A su alrededor se disparaban constantemente flashes de cámaras de la gente que tomaba fotografías. Charlie y Mario bailaron, saludando a medida que pasaban. Pietro iba con ellos, y Damiano caminaba con el brazo por encima del hombro de Sally y esta le rodeaba la cintura.

–Ha sido un gran día, ¿verdad? –dijo él.

Ella lo miró sonriente y dijo:

–Maravilloso.

Damiano la estrechó contra sí y por un instante Sally pensó que iba a besarla, pero un flash la cegó y tuvo que taparse los ojos.

–¡Vaya! –exclamó–. ¿De dónde ha salido eso?

–De ahí arriba –dijo Damiano, señalando.

Miraron hacia una ventana abierta, pero no vieron a nadie.

–Da lo mismo. Supongo que intentaban fotografiar a nuestros locos acompañantes –dijo Damiano.

Los chicos estaban pasándolo en grande y Sally, mirándolos, rio

con placer. Era el día más feliz que había pasado en un tiempo, y se preguntó si la noche también lo sería.

Pero cuando llegaron a casa, Damiano dijo:

–Pareces cansada. Vete a la cama. Yo subiré en un rato.

–Muy bien –dijo ella, dándose cuenta de que era cierto que estaba cansada.

Para cuando Damiano llegó, una hora más tarde, dormía profundamente.

Al día siguiente, Damiano tenía que visitar uno de sus hoteles y cuando invitó a Sally a acompañarlo, esta aceptó encantada. Fueron y volvieron animadamente, bajo un sol resplandeciente. A Sally le admiraba la red de canales que formaban un laberinto y, súbitamente poseída de un espíritu juguetón, salió corriendo. Oyó que Damiano la seguía, y tomó la siguiente esquina.

Entonces se dio cuenta de que se había alejado más de lo que pretendía y que estaba perdida.

–¿Te das por vencida?

Era la voz de Damiano, que había tomado un atajo para sorprenderla y que la atrapó entre sus brazos.

–Te estás burlando de mí más de la cuenta –dijo con fingido enojo.

–¿Y cómo te vas a vengar?

–Pronto lo sabrás. Ven por aquí.

Damiano la condujo por una calle en la que había un pequeño café. Sin soltar la mano de Sally, se sentó frente a ella.

–Pensaba que me encontrarías antes –dijo Sally–. Conoces la ciudad como la palma de tu mano.

–Eso quiero creer, pero nadie conoce Venecia tan bien como piensa. Es una ciudad llena de secretos. Tú te sientes aquí como en casa. Lo percibí desde el primer momento.

–No puedo negar que me encanta.

–Es más que eso. Tú eres tan misteriosa como Venecia. Algún día querrás ocultarme un secreto, y sé que lo harás con gran maestría.

–¿Por qué iba a querer ocultarte algo?

–Lo sabrás cuando llegue el momento –Damiano se apoyó en el respaldo de la silla y estudió a Sally–. La naturaleza te ha hecho una veneciana de corazón, y el destino te ha traído a casa.

Fue un hermoso comentario que emocionó a Sally. Solo le faltaba algo que indicara más amor que agradecimiento.

Una pareja se aproximó de la mano, ajena al mundo exterior. El hombre le decía al oído a la mujer:

–Te vojo ben... te vojo ben

El rostro de la mujer se iluminó.

–¿En qué hablan? No suena a italiano –preguntó Sally.

–Es el dialecto veneciano.

–¿Qué quiere decir te vojo ben?
–«Te amo»
–Te amo –musitó Sally.
No miró a Damiano al decirlo. Quizá él vio en sus ojos que no se limitaba a repetirlo, pero solo dijo:
–Así es –como un profesor animando a un alumno aplicado. Pasó el brazo por los hombros de Sally y añadió–: Es hora de volver a casa.
Al llegar, Nora esperaba a Sally con expresión consternada.
–Han pasado esto por debajo de la puerta –dijo, mostrando un sobre en el que se leía Signora Ferrone.
Sally fue al jardín, lo abrió y se quedó perpleja. Se trataba de una fotografía tomada el día anterior, en la que se veía a Damiano y a ella caminando como una pareja feliz. La acompañaba una nota escrita a mano: Crees que estás ganando, ¿verdad? Seguro que no te ha dicho que la semana que viene es el cumpleaños de Gina. Imelda.
Era evidente que quería advertirle que sería un día sagrado para Damiano en el que la olvidaría para dedicárselo a su único amor verdadero.
El corazón se le aceleró como siempre que oía el nombre de Gina, y se sintió aún peor al leer la última frase: PD. Siempre acude a visitar su tumba y pasa el día llorando sobre ella. Me pregunto qué hará este año. Puede que contigo sea diferente. O puede que no.
Sally asumía que no habría ningún cambio. Gina seguía ocupando el corazón de Damiano. Siempre lo había sabido y se había convencido de que lo aceptaba, pero en aquel momento le sorprendió el dolor que le causaba.
Precisamente lo que Imelda había pretendido conseguir.
Recordó el flash que la había cegado y asumió que debía haber sido el momento en el que Imelda tomaba la fotografía. Lo que significaba que los estaba espiando y que estaba decidida a destruirla.
Asustada, Sally pensó que podía lograrlo.
Se sentía en una encrucijada. La decisión que tomara en aquel instante podía condicionar su futuro.
Pero no estaba dispuesta a dejarse amedrentar por Imelda, y Damiano era el aliado más poderoso con el que podía contar. Haciendo acopio de valor, fue a su despacho.
Damiano la miró sorprendido.
–¿Estás disgustada? Espero que no sea por mi culpa.
–Sí, lo estoy, pero no por ti, sino por Imelda. Me ha escrito sobre el cumpleaños de Gina, intentando perturbarme –dijo. Le entregó la nota y vio que palidecía.
–Siento que lo hayas averiguado así. Pensaba decírtelo, pero no sabía cómo y lo he ido postergando.
–¿Así que tiene razón? –preguntó Sally.

–Sí. Lo hago tanto por mí como por Pietro. La visitamos cada año. Significa mucho para él.

–Y para ti –dijo Sally–. En una ocasión me dijiste que seguías hablando con ella.

–¿Te dije eso? Es verdad, ahora me acuerdo.

Sally notó lo sorprendido que Damiano estaba de haberle hecho confidencias desde el principio. ¿Qué más habría olvidado o había intentado olvidar?

–¡Maldita Imelda! –gruñó–. Odiaba que fuéramos al cementerio, especialmente Pietro. Intentó que dejáramos de hacerlo.

–¡Qué horror! Pietro tiene derecho a visitar a su madre.

–Entonces, ¿no te importa que vaya y que Pietro me acompañe?

Sally vaciló un instante y preguntó.

–¿Te importa lo que piense?

–Por supuesto. Eres mi esposa.

Aunque Sally pensó que no lo era plenamente, no lo dijo.

Damiano añadió:

–Temía que sintieras…

–Siempre hemos hablado de Gina abiertamente. Sé que todavía es importante para ti y para Pietro. Por supuesto que debes ir con él.

–¿Recuerdas que cuando apenas nos conocíamos te dije que eras la mejor persona del mundo? Tenía razón. La mejor y la más comprensiva. Hacerte formar parte de esta familia es lo mejor que podía haber hecho por Pietro –Damiano sonrió con dulzura–. Gina sigue siendo parte de él, pero ahora tú también.

–Eso espero. Yo lo adoro. Cuando visitéis a Gina, ¿puedo acompañaros?

–¿Querrías? –Damiano la miró atónito.

–Por supuesto. Si formo parte de la familia, debería participar de esto. Pero si no queréis…

–Claro que quiero –se apresuró a decir Damiano.

–Tendrás que consultarlo con Pietro. A lo mejor no le gusta la idea.

–Estoy seguro de que sí.

Damiano estaba en lo cierto. De hecho, Pietro pareció sorprenderse de que pudieran dudarlo. Para él, Sally era su madre y debía formar parte de una expedición familiar.

Cuando Sally y Damiano volvieron a estar a solas, ella dijo:

–¿Qué habrías hecho si no me hubiera enterado?

–¿Quieres decir si te lo habría ocultado? No. Eso significaría mentirte. Llevaba días intentando reunir el valor para decírtelo, pero se ve que soy un cobarde.

–No necesitas valor para contar conmigo –dijo Sally.

–No, estoy descubriendo que no.

Capítulo Once

Sally se despertó y vio a Damiano mirando por la ventana, ensimismado.

–¿Qué tal tiempo hace? –preguntó ella.

–Bueno, la primavera ya está aquí.

Mientras desayunaban, Nora anunció que había llegado un hombre con un ramo de flores. Luego llegó el conductor para decir que el bote barco estaba preparado. Pietro corrió a la puerta con Toby.

–Toby puede venir –dijo Damiano–, siempre que vaya atado y se porte bien.

El cementerio estaba en la isla de San Michelle. Sally pensó que era uno de los lugares más preciosos que había visto en su vida. Pietro le tomó la mano y la condujo por un sendero.

Tal y como Sally esperaba, la tumba de Gina estaba adornada con una fotografía en la que sonreía.

Sally dejó que Pietro se acercara solo. El niño dejó las flores y comenzó a charlar animadamente, señalando a Sally de manera que era evidente que se la estaba presentando.

–Le habla como si estuviera viva –susurró Sally a Damiano–.

Y supongo que en cierta medida lo está.

–Sí. Yo sentí los mismo la primera vez que vine. Había muerto hacía apenas unas semanas y quise mostrarle a nuestro bebé. Parece una locura, ¿verdad?

–No, porque seguía viva en tu corazón. Si sentiste que seguíais unidos era porque lo estabais. Y todavía lo estáis.

Damiano la miró fijamente y dijo:

–¿Cómo es posible que tú me digas algo así?

–Porque es la verdad. Seguís siendo una pareja, y Pietro lo sabe.

–Pero ahora te tiene a ti.

–Sí, pero no reemplazo a Gina. Me tiene además de a ella. Juntos formamos una familia. Tú, Pietro, yo –Sally rio–. Y Toby.

Damiano la miró como si se sintiera confuso y buscara las palabras adecuadas. Antes de que pudiera hablar, Pietro volvió junto a ellos con gesto de felicidad.

–Le gustas –anunció.

–Y ella a mí. De hecho, le he traído una cosa.

Sally sacó de su bolso un ramillete que había comprado el día anterior y lo dejó junto a la lápida. Sintió el impulso de hablar con ella, pero la distrajo un grito a su espalda. Al volverse, vio que Toby se había escapado y Pietro lo perseguía. Ella se unió a la persecución y consiguió atraparlo.

–Lo siento –dijo Pietro–. Se ha soltado de mi mano.

–No pasa nada –dijo Sally.

Volvieron hacia la tumba, pero cuando ya llegaban, Sally se quedó paralizada. Damiano estaba arrodillado, mirando la fotografía de Gina con una expresión de dolor y desesperación que atravesó el corazón de Sally.

Pudo ver que movía los labios, pero no supo qué decía. Cuando finalmente él alzó la cabeza, seguía susurrando algo y Sally creyó entender. «Lo siento, lo siento mucho».

Sally tuvo ganas de llorar. Se había querido engañar creyendo que Damiano empezaba a ser suyo, pero en ese momento le pedía perdón a Gina por haberse casado con ella, como si fuera una traición.

Pietro no era consciente de la escena porque estaba ocupado reteniendo a Toby, que intentó escaparse de nuevo. Para cuando lo controló y llegaron junto a Damiano, este los esperaba con una sonrisa congelada en los labios.

–¿Nos marchamos? –dijo. Y añadió–: Sally, las flores han sido un detalle conmovedor.

Sally pensó que había cambiado de máscara con gran maestría, pasando del marido torturado a hombre sensato que decía las palabras precisas. Así que decidió imitarlo.

–Ha sido un gesto amistoso. Sabía que le gustaría.

–Estoy seguro.

Decidieron volver dando un paseo, pero cuando ya habían avanzado unos metros Sally tomó una repentina decisión.

–¡Qué mala suerte! –exclamó, haciendo su bolso–. Me he dejado una cosa. Tengo que volver.

Salió corriendo antes de que pudieran retenerla. No había sido más que una excusa para volver sola a la tumba de Gina.

–Sabías que vendría, ¿verdad? Sé que tuvisteis poco tiempo parara disfrutar el uno del otro, pero quiero que sepas que Damiano y Pietro están a salvo conmigo, y que siempre cuidaré de ellos. He visto a Damiano hace unos minutos aquí y sé que todavía te ama y que siempre te amará. Puede que algún día llegue a amarme un poco, pero nunca ocuparé tu lugar.

El viento meció las ramas de los árboles, como si estuvieran agitados, y Sally tuvo la extraña sensación de que algo perturbaba a Gina.

–Tranquilízate –dijo–. Tú siempre serás la primera. Pero que lo acepte no significa que no duela. Y con el tiempo me dolerá aún más, a no ser que... No sé si puedo albergar ninguna esperanza.

Retrocedió sin dejar de contemplar el bello rostro de Gina, y una vez más tuvo la sensación de que quería decirle algo.

–¿Qué sucede? –preguntó angustiada–. Hay algo que no sé,

¿verdad?

Pero el viento cesó y las ramas se calmaron. Y a su alrededor se hizo un profundo silencio.

Sally sintió un súbito y desesperado deseo de huir, y corrió hasta reunirse con Damiano y Pietro.

–¿Has encontrado lo que buscabas? –preguntó Damiano.

–Sí –Sally no pudo contenerse y añadió–. He encontrado más de lo que esperaba.

Damiano la miró con curiosidad, pero no preguntó nada. En cualquier caso, Sally no habría sabido explicar la sensación que la había poseído. Empezaba a ser consciente de algo sobre lo que debía reflexionar, así que se retiró pronto a la cama. Damiano dijo que tenía que trabajar, pero la acompañó al dormitorio.

–Has estado maravillosa una vez más –dijo–. Soy el hombre más afortunado del mundo por tenerte y contar con tu bondad –la estrechó contra sí–. Gracias, gracias con todo mi corazón.

Sally le rodeó la cintura y se deleitó en la deliciosa sensación de estar entre sus brazos.

–No tienes que agradecerme nada –dijo–. Hicimos un acuerdo y lo estoy cumpliendo.

–Me estás dando mucho más de lo que nunca hubiera soñado.

A Sally se le aceleró el corazón. ¿Sospecharía Damiano por qué se comportaba como lo hacía? ¿Podía atreverse a decírselo?

–Damiano…

–Vamos, vete a descansar –Damiano la soltó y abrió la puerta–. Intentaré no hacer ruido cuando venga.

Se marchó y dejó a Sally a solas con sus pensamientos y con la revelación que había tenido aquel día.

Ver el dolor de Damiano en la tumba de Gina había representado un punto de inflexión y le había obligado a comprender algo que hasta entonces había preferido ignorar.

«Estoy enamorada de él», pensó. «Lo estoy desde el principio».

La magia había existido desde el primer momento, pero como temía al amor, había preferido ignorarlo.

¿Cómo era posible que no se hubiera enfrentado antes a la verdad? El deseo físico que Damiano había despertado en ella no se parecía a nada que hubiera sentido con anterioridad. Había intentado no darle importancia porque siempre había evitado cualquier cosa que la hiciera vulnerable. Pero la distancia que él mantenía le había alterado hasta hacerle aceptar que ese deseo era la señal de que estaba enamorada de él.

Sintió de nuevo la presencia de Gina, invisible pero ponderosa, pero en aquella ocasión, Sally reaccionó desafiante: –Las cosas van a cambiar –dijo–. Fue tuyo, pero ahora es mío.

Recordó una conversación que había tenido con Charlie, en la que este, como siempre que lo acusaba de ser un irresponsable, le decía que ella no tenía corazón y que lo calculaba todo.

«Si por calculadora quieres decir que hago planes sensatos, tienes toda la razón». Había dicho ella.

«Y ahora tengo un plan» pensó, «y voy a llevarlo a cabo. Está en juego mi felicidad, así que tengo que apostar fuerte. Hasta ganar».

Pietro le contó a Sally que pronto se celebraría la fiesta de San Marcos.

–Hay una carrera de góndolas –dijo–. Por la noche habrá una fiesta en el hotel de papá. Es muy cursi.

–¿Qué tiene de cursi? –preguntó Sally.

–Se llama también La festa del Boccolo –explicó Mario, que escuchaba la conversación divertido–. Boccolo significa capullo de rosa. Según la leyenda un hombre se enamoró hace siglos de una mujer noble. Como era sirviente, no podía aspirar a casarse con ella, así que se unió al ejército y murió en combate. Antes de morir, arrancó un capullo y se lo envío a su amada. Se supone que llegó manchado de su sangre y por eso hoy en día se usan rosas rojas.

–¡Qué historia tan triste! –comentó Sally.

–Es una cursilada –dijo Pietro, despectivo. Y se fue con Toby.

–¿Por qué le irrita tanto? –preguntó Sally cuando el niño se fue.

–A veces los niños regalan rosas a sus madres –dijo Mario–. Él le dio una a Imelda. Ella pareció recibirla con agrado, pero la tiró, y Pietro la encontró unos días más tarde.

–¡Podría abofetearla! –exclamó Sally, indignada.

–Yo creo que Pietro te va dar una rosa. Se siente más cerca de ti de lo que nunca lo estuvo de Imelda. Y Damiano está feliz con lo buena madre que eres.

–Me alegro de que esté contento –dijo Sally con voz neutra.

Estaba decidida a conseguir que Damiano no solo la considerara una buena madre, sino que la deseara tan apasionadamente como ella a él. Su corazón latiría de amor por ella.

Ese era su plan. Había llegado el momento de ponerse otra máscara, pero todavía no había decidido cuál.

Fue a escondidas a la tienda donde había comprado el disfraz de Carnaval y encontró exactamente lo que quería: un vestido sofisticado con una máscara misteriosa.

Consiguió llevarlo a casa sin que la vieran y esconderlo en el que había sido su dormitorio.

El día de la fiesta comenzó de manera prometedora, cuando Damiano le regaló un ramo de rosas en el desayuno. Pietro le dio una

por su cuenta y Charlie y Mario aplaudieron.

–Daos prisa –dijo Pietro, nervioso–. Tenemos que llegar a la carrera de góndolas.

Se situaron en un edificio con buenas vistas al canal y aplaudieron con entusiasmo a la góndola ganadora. Luego volvieron a casa para prepararse para el baile de máscaras.

–Voy a ponerme lo mismo que en el último baile –dijo Sally– . ¿Tú?

–También –dijo Damiano.

Se vistieron juntos. Sally se puso el traje de satén dorado y Damiano la ayudó a abotonarse. El corazón le latía con fuerza sabiendo que pronto pondría su plan en acción. Súbitamente, se llevó la mano a la cabeza.

–¿Qué te pasa? –preguntó Damiano, preocupado.

–Me duele la cabeza. Pensaba que se me pasaría, pero cada vez me duele más.

–¿Te encuentras lo bastante bien como para ir a la fiesta?

–La verdad es que no ¿Te importaría que no fuera?

–Si no estás bien, prefiero que te quedes.

–Entonces me quedo.

Damiano la ayudó a quitarse el vestido y Sally se acostó.

Damiano le besó la mejilla y se fue.

Era el momento de poner el plan en marcha.

Sally permaneció acostada hasta que Damiano se fue. Luego fue a su dormitorio y se puso el elegante vestido azul y rojo que había comprado. La máscara era preciosa y solo dejaba a la vista sus labios.

Se quitó la alianza y la guardó. Hasta aquel día apenas había significado nada, pero aquella noche también eso iba a cambiar.

Sigilosamente, bajó las escaleras y cruzó la puerta que daba acceso al hotel. Al instante se vio rodeada de gente y pudo llegar al salón de baile sin llamar la atención.

En cuanto entró buscó a Damiano, lo que no fue sencillo porque había una iluminación tenue y misteriosa. Finalmente, lo vio de espaldas, con su traje de terciopelo. Fue hacia él, pero se detuvo en seco. Damiano estrechaba a una mujer contra sí. Con la mano derecha le acariciaba la nuca, luego la deslizó hacia sus senos y metió los dedos por debajo del vestido.

Sally habría querido gritar, arrancarle la máscara, abofetearlo. Pero mientras decidía cómo actuar, el hombre se movió, dejando a la vista su mano izquierda, y todo cambió.

Damiano tenía una cicatriz en la mano izquierda de la que aquel hombre carecía. Solo era alguien con un traje parecido.

Sally sintió que la cabeza le daba vueltas de alivio, pero no tenía tiempo que perder. Debía encontrarlo lo antes posible. Se movió entre

los invitados, buscando frenéticamente. Por fin lo vio. Llevaba una máscara que le cubría casi toda la cara, pero sujetaba una copa lo bastante alta como para que Sally pudiera verle la mano.

Para que su plan tuviera éxito, debían reconocerse pero fingir, al menos inicialmente, que no lo hacían.

Era la hora de entrar en acción.

Damiano miró en su dirección. Ella tomó una copa de la bandeja de un camarero y se acercó a Damiano para brindar, antes de hacer ademán de alejarse.

–Espera –Damiano la sujetó por el brazo–. No pensarás dejarme así.

–Solo he venido a decirte hola –dijo ella con picardía.

–Hola, no adiós.

–Puede que sí, puede que no. Tengo que saludar a más personas –dijo ella, indicando un grupo de hombres.

Él se aproximó y dijo:

–Permite que intente hacerte cambiar de idea –Damiano le quitó la copa, la dejó junto a la suya y tomó a Sally por la cintura–. Hola.

Sally sonrió.

–Hola.

Mientras se deslizaban por la pista, Damiano la estrechó con fuerza. Sally alzó la mirada y encontró sus labios a unos centímetros de los de ella, con una suave y provocadora sonrisa.

¿La habría reconocido? ¿Creía que estaba bailando con una desconocida o sospechaba la verdad e intentaba decidir si estaba en lo cierto?

–¿Quién eres? –musitó él.

Sally rio sensualmente.

–Como buen veneciano, sabes que soy todo el mundo y nadie al mismo tiempo. ¿Tiene alguna importancia?

–Para mí, sí.

Sally rio de nuevo.

–Si no sabes quién soy, es porque te da miedo –dijo, insinuante. Y Damiano aumentó la presión en su cintura.

–¿Qué debo temer?

–Solo tú sabes la respuesta. Hay cosas que uno no sabe porque no quiere saberlas.

–¿Eso me convierte en un cobarde?

–No, en un hombre como otro cualquiera.

–¿Nos desprecias a todos?

–No, pero os observo con cautela.

Damiano guardó silencio unos segundos antes de decir súbitamente.

–Yo conozco a una mujer que hace lo mismo. También hay cosas

que prefiere no saber.

–¿Sobre sí misma o sobre ti?

–Creo que las dos cosas. Y no sé si decírselo.

–¿Acaso conoces sus secretos?

–Conozco algunos que ella ni siquiera sospecha.

–Puede que a ella le pase lo mismo.

–Lo he pensado a menudo.

La música cesó y Sally se separó de Damiano. Necesitaba pensar. Tenía la sensación de estar hablando con él una lengua secreta que solo ellos conocían.

Él la retuvo.

–Sigue bailando conmigo.

–Más tarde, cuando esté lista.

Sally dio media vuelta y se alejó sin darle tiempo a reaccionar. Otros admiradores la reclamaron y ella bailó con ellos, consciente de que Damiano no le quitaba ojo. Finalmente, él se interpuso entre ella y un nuevo candidato.

–Me toca a mí –dijo, tomándola con firmeza. Tras dar un par de vueltas, añadió–: No me has dicho tu nombre.

Pero Sally tuvo la certeza de que la había reconocido, y eso le dio una mayor seguridad. Ante ella se abría una excitante y prometedora oportunidad. Podían hablar abiertamente desde detrás de sus respectivas máscaras.

–Tu nombre –insistió Damiano.

–Tengo más de uno. Hoy soy Mysteria, la mujer de las mil máscaras. ¿No te habías dado cuenta?

–Puede que sí, pero creo que intentas confundirme.

–¿Por qué iba a querer eso?

Damiano la había conducido hacia una esquina.

–Bésame –dijo con determinación.

–¿Con esta máscara? Es imposible.

–¿Te conozco? –preguntó él, susurrante–. ¿Eres…? ¿Es posible que…?

–Puedo ser quien tú quieras.

–Quiero… Quiero que seas tú.

–Pero si no soy nadie, no existo.

–No digas eso.

–Tras esta noche no volveremos a vernos, me desvaneceré en el aire. La otra mujer permanecerá, y tú tendrás que decidir si somos la misma persona. Te preguntarás si nos conocimos de verdad –Sally rio quedamente–. Y puede que prefieras no haberme conocido.

–¿Por qué te ríes de mí? ¿Te divierte mi desconcierto?

–Sí –admitió Sally–. Siempre me hacen gracia los hombres cuando se sienten en desventaja.

–Maldita seas –susurró él.

Antes de que pudiera continuar, alguien lo llamó. Él se volvió enfurecido, pero en su papel de anfitrión, tuvo que charlar con unos invitados. Cuando se giró de nuevo, Sally había desaparecido.

Ella, que lo observaba desde la puerta, vio su gesto de desolación mientras la buscaba con la mirada. Finalmente, se acercó lo bastante como para verla. Ella alzó la mano, llamándolo a la vez que salía. Él se apresuró a darle alcance.

–¿Dónde vas? –preguntó con la respiración agitada.

–Donde quieras llevarme.

–Lo sabes bien. Al lugar al que perteneces, mi dormitorio, mi cama –Damiano pareció perder el aplomo–. A no ser que no quieras acompañarme.

Sally sonrió.

–¿Tú qué crees?

–No sé qué creo. No sé nada de nada.

–¿Y por qué no intentamos averiguarlo? Guíame. Tú llevas las riendas.

–Los dos sabemos que eso no es verdad.

–¿Quién podría dictarte a ti qué hacer?

–Una mujer determinada.

–Guíame.

Sally le tendió la mano. Damiano la tomó, cruzaron la puerta de acceso a la casa y subieron las escaleras.

Ella tuvo la maravillosa sensación de tener al destino de su lado. Su plan estaba saliendo a la perfección. No le cabía duda de que Damiano la había reconocido. Sabía que era Sally, pero ¿qué Sally? El disfraz los había liberado de sus ataduras. Podían hacer el amor con un desconocido sin ser infieles el uno al otro Al entrar en el dormitorio, detuvo a Damiano cuando fue a encender la luz.

–No necesitas verme –dijo, insinuante, acercándose a él–. Sabes de mí todo lo que importa. Si no, no estarías aquí.

–¿Y tú no quieres saber quién soy?

–Ya lo sé. Eres el hombre que ha acudido cuando lo he invocado.

–¿Los hombres acuden siempre a tu llamada?

Sally rio quedamente.

–¿Tú qué crees?

–Que te siguen aunque no quieran.

–¿Qué más dan los demás? Lo único importante es que estamos aquí, ahora y juntos Sally se quitó la máscara y luego le quitó a Damiano la suya. En la penumbra, podía ver lo bastante como para vislumbrar sus facciones, y supo que él también la veía a ella. Pero ninguno de los dos admitió que se reconocían y aprovecharon la ventaja del anonimato.

Sally tocó suavemente los labios de Damiano. Él le tomó la mano y se la besó. Al oír que Sally reía, preguntó:

–¿Por qué te ríes? ¿Me estás haciendo bailar a tu son?

–¿Eso te parece?

–No lo sé.

–¿Te importaría?

Tras un prolongado silencio, Damiano susurró:

–No.

–No mientas. A ningún hombre le gusta dar tanto poder a una mujer.

–Eso depende de cómo use ella ese poder.

–Te equivocas. No debes confiar nunca en una mujer.

–¿Tampoco en ti?

–Eso depende de ti. Si quieres arriesgarte…

–Deja de intentar ponerme en tu contra –dijo Damiano con voz ronca.

–Siempre puedes echarme. ¿No tienes tú el control?

–Sí –dijo él con voz temblorosa.

–Échame. Di que no quieres volver a verme y yo…

Las palabras se ahogaron en la garganta de Sally porque Damiano la besó. Y aunque era lo que había estado esperando, la ferocidad del beso la tomó por sorpresa.

Mientras la besaba, Damiano deslizó las manos por su cuerpo, soltando los lazos de su vestido, bajándoselo por los hombros hasta que cayó al suelo. Ella hizo lo mismo con la casaca de Damiano, y como si le hubiera dado una señal, él la tomó en brazos y fue hacia la cama.

–¿Este es nuestro destino? –susurró ella–. ¿Estás decidido a imponer tu voluntad?

–No estoy imponiendo nada –dijo Damiano en tono levemente airado–. Estoy haciendo lo que querías que hiciera. Los dos lo sabemos.

–Yo no estoy tan segura. Quizá tengas que persuadirme.

–Muy bien –dijo Damiano.

Y la besó de nuevo, con determinación y delicadeza, despertando en ella un violento deseo.

Había soñado con aquel momento y al convertirse en realidad, se sintió poseída por un embriagador sentimiento de victoria. No podía dejar escapar el instante. No supo bien quién abrió la camisa de Damiano rompiéndole los botones. Y dedujo que lo había hecho una de sus personalidades.

Esa otra Sally acarició el pecho de Damiano, deleitándose en sus músculos, en su suave piel, en la tensión que los contraía por el pulsante deseo que lo recorría.

Estaban los dos desnudos. Aunque los rodeaba la oscuridad, Sally podía sentir el cuerpo de Damiano contra el suyo, sentía sus caricias por todo él, hasta que Damiano la poseyó plenamente, y el mundo estalló a su alrededor.

Al sentir el primer embate de su deseo, dejó escapar el aliento bruscamente. Y al instante respondió sin ninguna contención. Por unos segundos la locura se apoderó de ambos. Se aferraron el uno al otro en busca de placer y de plenitud.

Sally se sintió como si hubiera escapado de sí misma. Ya no era ella, sino una mujer nueva, abierta al mundo y a su hombre, a nuevas experiencias y a la felicidad que le depararían. Y Damiano sentía lo mismo. Sally lo supo mientras lo estrechaba contra sí, negándose a dejarlo ir, asiéndose a él con una fuerza renovada.

Había reclamado su amor. Damiano era suyo.

Capítulo Doce

En la pálida luz de la mañana, Damiano miró a la mujer que yacía a su lado y le conmovió comprobar que era el rostro que confiaba encontrar. La noche anterior lo había trasladado a otro universo, y en cualquier momento abriría los ojos y él podría encontrar en ellos la respuesta a la pregunta que lo torturaba.

Sally abrió los ojos y sonrió.

–Hola –dijo.

–Hola.

–Es como si te viera por primera vez.

–Pero no somos desconocidos –se apresuró a decir Damiano–. Sabía quién eras desde el principio. ¿Cómo me reconociste tú?

–Por esto –dijo ella, pasándole el dedo por la cicatriz.

–¿Supiste todo el tiempo que era yo?

–Claro, sino no habría hecho el amor contigo.

–Te deseaba desde hacía mucho tiempo. Anoche me tomaste la delantera.

–Me habías hecho esperar demasiado.

–¿Qué ha cambiado? –preguntó Damiano en tensión.

–Que te he deseado más de lo que podía imaginar. Empezaste a importarme en todos los sentidos.

Sally no habló de amor porque quería que lo hiciera él.

–A mí me ha pasado lo mismo. Quise creer que me casaba contigo por Pietro, pero era por mí. Admitirlo habría sido una forma de ceder el control.

–Es lógico que seas así con los negocios, pero intuyo que en esto hay algo más.

Damiano guardó silencio antes de decir:

–Si te lo digo no me creerás.

–Inténtalo.

Tras otra pausa, Damiano dijo:

–Es por miedo.

–Tienes razón, cuesta creerlo –dijo Sally–. Lo normal es que la gente esté asustada de ti, no al revés.

–No temo a la gente, sino a la vida. Siempre que las cosas van bien pasa algo desagradable.

Sally le acarició la mejilla.

–Estás pensando en Gina, ¿verdad? En lo felices que erais y en su muerte.

Damiano suspiró profundamente.

–Qué afortunado soy. No necesito explicarte nada porque lo

entiendes todo.

–No es difícil. Sé lo que Gina significa para ti.

–No fue solo su pérdida, sino que muriera dando a luz. Por eso estaba decidido a mantener siempre el control. Hasta que apareciste tú y me volviste a hacer creer que el mundo era un buen lugar.

Sally sonrió.

–¿Quieres que lo hagamos aún mejor ahora mismo?

Damiano la abrazó.

–No te das por vencida, ¿verdad?

–No. Por eso siempre gano.

–¿Crees que has ganado? Yo creo que ganamos los dos.

–Sí –susurró ella–. Sí.

Los siguientes minutos fueron maravillosos. Sally habría podido pasar el resto del día en la cama con Damiano, e intuía que él sentía lo mismo.

–Supongo que debemos levantarnos –dijo a regañadientes–. Tenemos mucho que hacer.

–Tienes razón, pero puede esperar a la noche –dijo él insinuante.

Por el momento, debían quitarse las máscaras de amantes y ponerse la de padres. Durante el desayuno, escucharon atentamente las anécdotas del hotel de Charlie y Mario, y prestaron una atención especial a Pietro. Luego lo acompañaron al colegio y por fin se quedaron solos.

–Hay un café aquí cerca –dijo Damiano. Cuando se sentaron a tomar café preguntó–: ¿Por qué nos miraba raro Pietro?

–Nunca le habíamos acompañado juntos al colegio. Quizá intuya que ha pasado algo.

–Y tiene razón –dijo Damiano, mirándola con ternura–. Eres una mujer muy lista. ¿Habías planeado lo de anoche?

–Puede que preparara alguna cosa.

–¿Alguna? Primero dijiste que no podías ir y luego apareciste fingiendo ser otra. ¿Se supone que debía reconocerte?

–Era inevitable que lo hicieras al cabo de un rato, pero no hacía falta que lo admitieras. Quería que nos sintiéramos libres del pasado y libres para el futuro –Sally rio–. Estaba harta de que fueras tan virtuoso.

–¿De verdad te molestaba que no te hiciera el amor?

–Desde luego. Era insultante.

–Pero te oí decir a Imelda que no me amabas.

–Se lo dije a ella para hacerla callar. ¿No te diste cuenta?

–Puede que sí, pero también dijiste que nada de lo que hiciera podría hacerte cambiar de idea. Sonabas tan convincente... Y sabía que no te habías casado conmigo por amor...

–Como yo sabía que tú te casabas conmigo por Pietro.

–En parte sí, pero siempre hubo algo en ti que quise. Me preguntaba qué sentiría si me trataras con tanto amor como a Pietro. Pero siempre actuabas con una fría amabilidad.

–Porque creía que era lo que querías. Y era lo que habíamos acordado.

–Uno dice muchas cosas, pero la realidad puede contradecirlas.

–Lo sé. Como que alguien nunca va a importarte, pero…

–Pero, ¿qué? –preguntó Damiano, expectante.

–Pasan cosas –dijo Sally, esquiva–. Empiezas a ver a la otra persona de otra manera y no sabes si ha cambiado o si solo lleva otra máscara –Entonces tú te pruebas varias para ver cómo reacciona –dijo Damiano–. ¿Y entonces?

–Aprendes más cosas sobre los demás y sobre ti misma.

–¿Y usas ese conocimiento para atrapar a tu marido? – bromeó Damiano.

–No. Para averiguar qué quiere.

–¿Y una vez lo sabes? –preguntó Damiano, mirándola fijamente.

–Tienes que cerciorarte de que estás en lo cierto.

–No juegues conmigo, Sally. Anoche me entregué plenamente a ti y creí que era lo que querías –Damiano adoptó un tono de inquietud y preguntó–: ¿No era así?

–Claro que sí –lo tranquilizó Sally.

Damiano le tomó la mano.

–Debía haber adivinado que tú encontrarías el camino. Me he sentido tan confuso... cuando comencé a...

«Amarte», pensó Sally. Y rezó para que lo dijera.

–A sentir algo por ti, me sentí culpable.

–Por Gina.

–Sí, pensaba que amar a otra persona era una traición.

–No lo sería, porque sigues amándola y espero que siempre la ames.

–¿De verdad?

–Claro. Ahora nos tienes a los dos. No debes sentirte culpable de nada.

–¿Lo dices de verdad?

–Créeme. El futuro es un camino que vamos a recorrer Gina, Pietro, tú y yo.

Damiano le besó la mano.

–Gracias –susurró.

–La gente te está mirando –dijo Sally.

–Me da lo mismo. Que sepan lo que siento por ti.

«Y qué sientes. Di que me amas. Por favor, dilo».

–Será mejor que nos vayamos –dijo Damiano.

Caminaron junto al Gran Canal y los destellos que el sol arrancaba

al agua hicieron pensar a Sally que el mundo era un lugar resplandeciente.

Durante las siguientes semanas, todo pareció ir a la perfección. Charlie se incorporó al hotel con mucha más facilidad de lo que Sally había imaginado.

–Le va muy bien –dijo Mario–. ¡Hay dos camareras que suspiran por él!

–Por eso está tan contento –dijo ella, riendo.

El verano se aproximaba. La ciudad resplandecía y cada día había algo que celebrar. Casi todas las fiestas incluían alguna forma de disfraz.

Un día acudieron como invitados a una boda en el hotel, seguida de un gran baile. Sally se puso el vestido con el que había seducido a Damiano, pero usó una media máscara.

–Mejor, no vaya a ser que me olvide de quién eres –bromeó Damiano.

–Inténtalo y te daré un puñetazo –le amenazó ella, riendo.

–Algún día puede que lo pruebe.

Después de varios bailes, se separaron para saludar a los asistentes. Sally tuvo una agradable charla con la novia antes de tropezar con un hombre disfrazado de arlequín, que no llevaba máscara.

–Lo siento –dijo él, ayudándola a recuperar el equilibrio.

–¿Es inglés?

–Sí. Como usted. Me alegro de conocerla. ¿Cómo consigue entenderse en este país?

–Estoy casada con un italiano que me traduce lo que necesito.

–¿Está aquí esta noche?

–Es ese –Sally señaló a Damiano.

El hombre miró en la dirección que le indicaba y se tensó.

–¿Ese es su marido? ¿Damiano Ferrone? –preguntó el hombre. Y se echó a reír.

–¿Qué sucede? –preguntó Sally, desconcertada.

–Así que usted es la madrastra de Pietro. ¡Vaya, vaya!

–¿Qué quiere decir con eso?

–¿Qué tal se lleva con el niño?

–Muy bien, es un niño encantador.

Por alguna extraña razón, su respuesta pareció hacer aún más gracia al hombre, que riendo, fue hacia el jardín. Sally lo siguió, irritada.

–¿Qué tiene de gracioso que me lleve bien con mi hijastro? Mi marido lo ama y yo también.

–Sí, claro que su marido lo ama. ¿Sabe por qué?

–Porque es su hijo y porque amaba a su primera mujer, la madre del niño.

–¡Qué va! Cayó en la trampa más antigua del mundo. Ella le dijo que era su hijo, pero mentía.

–¿De qué está hablando? –preguntó Sally, incrédula.

–Le estoy diciendo que no es su hijo.

–Claro que Pietro es su hijo.

El hombre acercó su rostro al de ella y en tono áspero dijo: – El padre de Pietro era mi hermano. Él y Gina se acostaron a menudo. Pero él murió dos días después de que ella supiera que estaba embarazada. Y lo siguiente que supimos fue que se casaba con Ferrone. Fue evidente que necesitaba encontrar un padre para su bebé, así que se metió en la cama de Ferrone.

Sally habría querido gritar que mentía. Peor entonces recordó cómo le había contado Damiano que había sido el encuentro entre Gina y él: «se entregó a mí con todo su corazón».

Pero amaba a otro y había utilizado a Damiano. De pronto parecía plausible.

–¿Por qué ha venido? –preguntó, airada.

–Porque ha llegado la hora de decírselo. Ferrone se interpuso en un contrato que estaba a punto de firmar, y quiero que lo lamente.

–No voy a permitirlo.

–No podrá detenerme. Mire.

El hombre le mostró una fotografía y en cuanto la vio, Sally supo que decía la verdad. En ella, Gina estaba en brazos de un hombre cuyo rostro era el vivo retrato de Pietro.

–No necesito más prueba que esta –dijo el hombre–. Estoy deseando enseñársela.

Sally la rompió en mil pedazos.

–No pensará que esa era la única copia, ¿verdad? Además, es demasiado tarde. Mire a su espalda.

Sally lo hizo y vio, espantada a Damiano. Por la expresión de su rostro, dedujo que lo había oído todo.

–Muéstreme la otra copia –dijo con una gélida frialdad.

El hombre se la lanzó con gesto despectivo. Al ver su rostro mientras la estudiaba, supo que estaba intentando asimilar la verdad.

–Mire a mi hermano –dijo el hombre, destilando rabia–. Es la cara de su hijo. ¿Qué va a hacer ahora?

–Nada. Si cree que me ha sorprendido, se equivoca. Ahora, márchese de aquí.

–¿De verdad cree que ha ganado? –dijo el hombre elevando la voz–. No es el padre del niño, y desde ahora tendrá que vivir sabiéndolo.

–Márchese antes de que le haga arrepentirse de haber nacido –dijo

Damiano en tono amenazador.

El hombre se fue y Damiano se dejó caer en un banco con la cabeza entre las manos. Sally se sentó a su lado y lo abrazó.

–Lo siento –susurró–. Ojalá pudiera mitigar tu dolor. Has dicho que no es una sorpresa, pero dudo que lo supieras.

Damiano la miró.

–No lo sabía, pero lo sospechaba. Gina se quedó embarazada tan pronto que era inevitable que me lo planteara.

–¿Todos estos años...?

–No quería admitirlo. Y me parecía una crueldad sospechar de ella cuando no podía defenderse. Ahora lo sé y todo ha cambiado.

Sally pensó que no encontraría la manera de consolarlo. Pero de pronto tuvo una idea y tomó una decisión.

–Sí, todo ha cambiado... –tras una pausa para hacer acopio de valor, continuó–, para mejor.

–¿Qué quieres decir? –preguntó él, desconcertado.

–En una ocasión me dijiste que te culpabas de su muerte, que el hijo que le habías dado había causado su muerte. Pero no fue así.

–Yo…

–Tienes que comprender que no fue culpa tuya. Tú no la mataste. No fue culpa tuya.

Damiano continuó mirándola, aturdido.

–Puede que tardes en asimilarlo, pero cuando lo hagas, las nubes se despejarán.

Él tomó el rostro de Sally entre sus manos.

–El cielo empezó a aclarar el mismo día que te conocí. Hoy he descubierto algo más. Te he oído defenderme ante ese hombre, intentando que destrozara la imagen que tenía de Gina, a pesar de que debe haberte causado mucho dolor.

–Habría hecho cualquier cosa para evitar que ese hombre te hiciera daño.

–¿A cualquier precio?

–Sí, porque te amo con todo mi corazón. Confiaba en que lo supieras sin tener que decírtelo.

–He estado ciego. Por eso no he visto la verdad sobre ti... sobre nosotros. Que me ames… –Damiano se tensó súbitamente–. Porque me amas, ¿verdad? Lo has dicho.

–Te amo y siempre te amaré.

–Y yo a ti. De pronto lo veo todo claro. Comprendo que eso era lo que Gina quería decirme, que Pietro no era mi hijo.

–No, iba a decirte que te amaba. La salvaste del desastre y la hiciste feliz. Al final de su vida, te amaba profundamente.

–Eso no lo puedes saber –dijo Damiano.

–Lo sé porque es imposible conocerte y no amarte. Te amaba y te

lo quiso decir para que, si algún día llegaba este momento, supieras que podías confiar en su amor.

–Pero ahora te tengo a ti. Podrías haber aprovechado para librarte de ella y poseerme plenamente. En cambio…

–No quiero poseerte. Quiero que me entregues tu amor libremente.

–No creo que haya en el mundo una mujer tan generosa como tú – susurró Damiano.

–Es lo que pasa cuando una mujer ama profundamente a un hombre.

Pero Damiano sabía que no era verdad. Que la generosidad de Sally era exclusivamente de ella, y él pensaba aferrarse a ella para sobrevivir. Sin ella no quería vivir. Con ella creía en un futuro glorioso.

–¿Y Pietro? ¿Esto va a afectar lo que sientes por él? – preguntó Sally.

–No, porque siempre he tenido la sospecha de que podía no ser mío. Lo que nos une no tiene nada que ver con la biología.

–¿Se lo vas a contar?

–Algún día, pero no por ahora. Vayamos a darle las buenas noches.

Pero cuando llegaron a su dormitorio, los sorprendió el sonido de su llanto. Damiano abrió la puerta y lo vio en la cama, con la cara hundida en la almohada.

–Pietro –exclamó Damiano y, sentándose a su lado, intentó abrazarlo.

–Vete –gritó el niño–. Tú no eres mi padre.

–Claro que sí. Ven aquí.

Pietro forcejeó.

–¡Lo he oído todo! No eres mi padre y no me quieres.

Damiano miró a Sally, desesperado. Ella tomó aire. Su futuro dependía de aquel instante. Sentándose al otro lado de Pietro, lo tomó en brazos y él no se opuso.

–Te equivocas, mi amor. Papá te quiere, por eso es tu padre. Tampoco yo te tuve y me llamas mamá porque sabes que te amo como una madre. Tu padre te ha amado toda tu vida porque eres un hijo maravilloso.

Pietro la miró, pensativo.

–Lo que pase ahora depende de ti –continuó Sally–. ¿Lo aceptas como padre o lo rechazas y le rompes el corazón?

Damiano miraba a Sally como si su vida estuviera en sus manos. Ella le hizo un gesto, confiando en que la entendiera. Y así fue. Tomó la mano de Pietro y dijo con delicadeza:

–¿Me aceptarás como padre si te suplico que lo hagas?

Pietro asintió lentamente y un segundo más tarde estaba en sus brazos.

–Gracias –dijo Sally–. Papá te quiere más que a nadie en el mundo y siempre te querrá.

–Pero no más que tú –dijo Pietro.

–Mucho más –Sally articuló con los labios para Damiano: «Díselo».

Damiano titubeó, porque en aquel momento dudaba que pudiera amar a nadie más que a Sally, pero ella le urgió a hacerlo.

–Es verdad –dio finalmente–. Siempre serás lo primero para mí.

Sally sonrió con aprobación y Damiano se sintió pletórico. Ni siquiera le importaba haberle cedido las riendas. Estaba en sus manos y por primera vez en su vida, le daba lo mismo sentirse a meced de alguien. Sally era más fuerte que él. Y con ella estaría a salvo.

Los tres permanecieron juntos una hora. Solo cuando Pietro se durmió se dijeron cosas que habían quedado pendientes.

–¿Te gusta la máscara que llevo ahora? –susurró Sally.

Damiano negó con la cabeza.

–Para mí nunca has llevado una máscara. Siempre vi en ti a la mujer que estaba destinado a amar para el resto de mi vida – la atrajo hacia sí y por fin dijo las palabras que Sally tanto ansiaba escuchar–: Te vojo ben. Te vojo ben.

Fin